



PASIÓN ARRIESGADA

DARCY MAGUIRE



PASIÓN ARRIESGADA

Darcy Maguire



La estaba conquistando un hombre al que deseaba pero al que no podía tener…

Para ayudar al negocio de su hermana, Roxanne Gray aceptó un empleo en el que tendría que pasar mucho tiempo con el importante arquitecto Cade Taylor Watson. Lo cual no era precisamente un suplicio porque era alto, guapo e irresistiblemente atractivo. Pero también era terreno prohibido, así que no debía dejarse llevar. El problema era que Cade también sentía algo por Roxanne… y así comenzó una persecución que quizá terminara en el altar…



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pasión arriesgada, n.º 2000 —julio 2017
Título original: The Bridal Chase
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-079-1
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

ROXANNE Gray miró al techo y dejó escapar un largo suspiro. El local estaba lleno y había mucho ruido, pero no podía ser en otro sitio más que en aquel bar.

Tenía que mostrarse disponible y dispuesta a meterse en la cama con él sin esfuerzo alguno por su parte. ¿En qué se estaba metiendo?

Le había llevado mucho tiempo preparar aquello y se había dado cuenta de que no podía hacerse la encontradiza con él en ningún otro sitio. No podía ser en una biblioteca, ya que la tomaría por una mujer demasiado intelectual para irse inmediatamente a la cama con él. Tampoco podía ser en un centro comercial porque, aunque ella se sentiría como en casa, no podía esperar eternamente a que él fuera a uno.

Roxanne jugueteó con el tallo de su copa para tratar de calmar el temblor de sus manos. Tampoco lo encontraría en el transporte público porque estaba segura de que él no lo usaba. Probablemente tendría un bonito coche aparcado en algún lugar y si por alguna casualidad tuviera que tomar el autobús o el tren, ¿habría alguna posibilidad de que se fijara en ella?

Miró a su alrededor y respiró hondo para calmarse. Lo único de lo que tenía que preocuparse en aquel momento era de encontrarse con él.

En un principio, había pensado que el lugar adecuado para provocar el encuentro sería su oficina, pero había desechado la idea ya que allí no conseguiría lo que quería.

Dirigió la mirada hacia la puerta con la idea de escapar de allí. No tenía sentido llegar tan lejos para obtener pruebas, ¿o acaso sí?

Sí, tenía que hacerlo, se dijo. Necesitaba un acercamiento rápido y efectivo y aquel bar era un buen lugar para conseguirlo.

Sonrió al reparar en el prototipo de mujer en el que se había convertido aquella tarde, sentada en un bar con un diminuto vestido negro de gran escote. Tomó un sorbo del daiquiri de fresa como si fuera su único seguro contra la locura. No podía creer lo que estaba haciendo…

Tratando de controlar el pánico que sentía, Roxanne puso

el libro a un lado. Le había dado algunas buenas ideas de cómo hacer todo aquello. Lo había comprado de camino, en una pequeña librería al final de la calle. Dedicaba un capítulo completo al arte de seducir a una mujer. No había encontrado ninguno sobre cómo seducir a un hombre. Quizá fuera porque no era algo tan difícil o porque las mujeres no solían hacerlo. De cualquier manera, el libro le había dado algunos consejos.

Tomó otro sorbo de daiquiri disfrutando del sabor dulce y afrutado. Quizá el ron que contenía le diera el suficiente coraje para llevar a cabo aquello. Confiaba en que se fijara en ella y cayera en su trampa.

Roxanne trató de sonreír al camarero, pero no pudo. A su cabeza acudieron las frases que llevaba preparadas para iniciar una conversación con él, pero le fue imposible articular palabra al recordar su objetivo.

En un intento de ignorar el nudo que sentía en el estómago, giró el taburete. El bar seguía llenándose de hombres trajeados que acudían desde todos los rincones de la ciudad a tomarse una copa antes de regresar a sus casas, junto a sus familias. Algunos habían quedado allí para regresar juntos y otros para reunirse con sus amigos antes de irse a otra parte.

Aquel bar era el lugar de moda entre los hombres de negocios de Sydney. Modernas pinturas colgaban de sus paredes iluminadas por potentes focos mientras que el resto del local permanecía en penumbra, lo que le daba un ambiente de intimidad y privacidad a pesar del escaso espacio con el que contaba.

La barra de mármol negro se extendía de un extremo a otro del local. También había mesas con taburetes cromados que habían sido colocados para aumentar la capacidad del bar más que para relajarse. Y Roxanne estaba lejos de sentirse relajada.

No quería estar allí ni tampoco conocerlo.

Cade Taylor Watson. ¡Vaya un nombre! Miró la foto que tenía guardada entre las páginas del libro. Su fuerte mandíbula y sus atractivos rasgos le daban un aspecto y una presencia imponente.

Tomó la copa entre sus manos y comprobó que seguía temblando. Aquello no iba a ser fácil. Dio un largo trago a su bebida y volvió a recorrer con la mirada el local, temiendo no haber advertido su llegada.

De pronto lo vio, junto a la puerta.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Era fácil distinguirlo. Medía casi dos metros y sobresalía de

los demás hombres que había alrededor. Vestía un elegante traje color azul oscuro. Su pelo era rubio dorado, en perfecta armonía con sus ojos de color avellana, y lo llevaba más corto en los lados. Posó la mirada unos instantes en ella y siguió mirando a su alrededor. Era evidente que estaba buscando a alguien.

Roxanne dejó escapar el aire de sus pulmones y sintió que su pecho se relajaba. Bueno, al parecer no se había producido la atracción inmediata que había esperado que se produjese. Habría preferido que sus ojos se clavasen en ella. Entonces, él se habría acercado a ella para conocerla y así, habría tenido oportunidad de pronunciar aquellas frases que traía preparadas para iniciar una conversación.

Ahora tenía que ser ella la que rompiera el hielo.

Dio otro trago a su bebida. ¿Podía seguir allí sentada y esperar a que él la invitara a tomar una copa, confiando en que su aspecto y el diminuto vestido negro que llevaba puesto dieran su resultado?

No.

Se puso de pie y se alisó lentamente el vestido. Tomó el bolso y se dirigió hacia él. Sentía que las mejillas le ardían.

Caminó despacio, contoneando las caderas y provocando el vaivén de sus pechos, hasta la pequeña mesa junto a la ventana en la que él se había sentado.

Había llegado el momento. Podía hacerlo. Era una profesional o al menos pretendía aparentarlo.

Él estaba inclinado sobre la mesa y garabateaba algo en una servilleta. ¿La lista de la compra? ¿Una carta?

Lo tocó en el hombro y a través de la chaqueta sintió calor bajo su mano. De pronto reparó en lo mucho que hacía que no estaba tan cerca de un hombre y tragó saliva.

—Disculpe —dijo Roxanne en tono amable. No podía mostrarse dubitativa. Debía ser fuerte, independiente y atrevida.

Él se giró con el bolígrafo en la mano.

—¿Sí?

Al oír su voz grave y profunda, se estremeció. Abrió la boca para decir algo, pero no le salían las palabras. ¡Cade Taylor Watson era impresionante!

Sus ojos se encontraron y Roxanne comprobó cómo él dirigía una rápida mirada al atuendo que llevaba y, con un poco de suerte, advertiría las curvas de su cuerpo que aquel vestido resaltaba. ¿Se habría percatado de lo buena pareja que hacían? ¿Qué sentiría al recorrer con sus manos aquel fantástico cuerpo

masculino?

Roxanne abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Era más guapo de lo que había imaginado. Irradiaba una energía que sólo se percibía teniéndolo allí, frente a ella. Y en aquel momento la estaba sintiendo.

—¿Puedo ayudarla? —se ofreció dirigiéndole una cálida y amable sonrisa.

¿Ayudarla? ¿Qué tal si la invitaba a retozar bajo sus sábanas?

Ella se humedeció los labios. Se sentía confusa y no sabía qué hacer o de qué hablar. ¿Del tiempo? ¿De política?

—Yo…

Él arqueó una ceja sin dejar de juguetear con el bolígrafo entre sus dedos.

—Yo… —balbuceó Roxanne de nuevo, desviando la atención de los sensuales labios de aquel hombre hacia sus ojos. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Había ensayado y estaba preparada—. ¿Tienes las piernas cansadas? —preguntó tratando de sonreír, tal y como aconsejaba el libro—. Porque no he dejado de perseguirte en mis sueños.

—Vaya —murmuró él y una sonrisa se dibujó en sus labios —. Creo que nunca había oído eso antes.

—No me digas que tampoco habías usado esa frase para conocer a alguna mujer —comentó Roxanne.

—No, pero conozco muchas otras para conseguir lo mismo.

Roxanne no pudo más que sonreír. Había roto el hielo. No estaba mal. Aunque habría preferido que lo hubiera hecho él. Todo hubiera sido más fácil.

—Debería haber empezado por el tiempo —comentó.

Él se rascó la barbilla como si tratara de ocultar la sonrisa.

—No hubiera sido tan memorable ni tan gracioso.

Estaban iniciando una conversación. No estaba mal.

—Gracias. No sabes lo difícil que es romper el hielo.

Cade asintió, arqueó una ceja y se guardó el bolígrafo junto a la servilleta en el bolsillo de su camisa.

—Lo sé. Yo mismo lo he hecho muchas veces, pero he de reconocer que nunca he estado al otro lado.

—¿De veras? —dijo Roxanne. ¿Estaba sonriendo demasiado? Al parecer, sí. Sentía que las mejillas le dolían. Tenía que calmarse.

—Eres la primera que lo hace.

—Así que… —recorrió con la mirada el local. Estaba

entrando en la segunda fase. Había logrado llamar su atención y ahora todo lo que tenía que hacer era conseguir una señal de que estaba dispuesto a hacer algo más que charlar con ella—.. ¿Puedo…?

Alguien la tocó en el hombro. Se giró obligándose a desviar la mirada de Cade hacia el motivo de la interrupción.

—Se ha dejado su libro en la barra, señorita —le dijo el camarero, entregándoselo.

¡Oh, no! Rápidamente, le arrancó el libro de las manos al muchacho antes de que todo el mundo, incluido Cade, lo vieran. *El perfecto seductor* no la iba ayudar en absoluto en su objetivo.

Metió el libro en el bolso y luchó con la cremallera para cerrarla. Aquellos segundos se le hicieron eternos.

Roxanne se giró y forzó una sonrisa. Pero el taburete estaba vacío.

Una sensación de vacío la embargó. Trató de reír ante su fracaso, pero no pudo. ¿Qué había pasado?

¿Se habría ido a pedir una copa, al baño, a hablar con un amigo? Roxanne miró a su alrededor, pero no vio a aquel rubio tan guapo.

Lo había perdido.

¿Qué iba a decirle su hermana cuando se enterara? Se suponía que estaba ayudándola, pero al parecer lo había echado todo a perder.

De pronto, divisó un traje azul a través de la ventana. Cade Taylor Watson estaba fuera rodeando con su brazo a una mujer.

Se acercó a la ventana.

Roxanne la reconoció inmediatamente. Al pensar en los motivos por los que estaba haciendo aquello, en su hermana y en su fracaso, sintió un nudo en la boca del estómago.

Apoyó la cabeza en la ventana. Su primer caso como detective había fracasado. Aunque lo cierto era que no había contado con el tiempo suficiente. Él había llegado tarde y aquella mujer demasiado pronto. Y ahora, allí estaba ella y se había quedado sin nada.

Capítulo 2

CADE dirigió la mirada hacia el bar y tuvo una extraña sensación.

Si las circunstancias hubieran sido otras, como hasta unos meses antes, hubiera hecho falta un huracán para separarlo de una mujer tan única y original. Ahora, era suficiente con Heather.

No tenía otra opción. Heather había llegado justo a tiempo. Quería haberse despedido de la aquella alta y curvilínea belleza de sonrisa increíble, pero no había podido. Era mejor no haberlo hecho, ya que Heather no lo habría entendido.

Heather era bonita, tenía éxito y clase, pero no era comprensiva. Conocerla en la inauguración de una galería justo después de haber decidido que había llegado el momento de sentar la cabeza y casarse, había sido cosa del destino. Parecía la mujer perfecta.

Se dirigió con Heather hacia el aparcamiento, tratando de pensar tan sólo en su prometida y no en la mujer que acababa de conocer. Debería haberle dicho algo antes de irse, haberse mostrado agradecido por la atención que le había dedicado. El pensar que la había abandonado siendo tan segura y agradable lo hacía sentirse culpable.

—¿Qué tal tu día? —preguntó a Heather mientras le abría la puerta de su Lexus negro.

—Lo habitual, cariño. ¿Qué tal el tuyo? —dijo ella esbozando una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Bien.

Ella se giró hacia él y le dirigió una mirada penetrante.

—Me ha parecido verte hablando con una mujer en el bar, ¿me equivoco?

La pregunta ya estaba hecha y Cade sintió como si hubiera recibido un disparo en el pecho. Por el tono de su voz, era evidente que había sacado sus propias conclusiones.

Él se encogió de hombros con gesto inocente.

—¿La que me ha preguntado la hora? —dijo, y rodeó el coche.

Aquella mujer había iniciado una conversación con él, pero no hacia falta que Heather lo supiera. Eso sólo la disgustaría y por nada del mundo quería hacerlo. Además, no había pasado nada.

—¿Adónde vamos esta noche? —preguntó ella como si ya hubiera olvidado todo el asunto.

Se alegraba. No quería entrar en ese tema. No estaba seguro de que debiera sentir lo que sentía por alguien que no fuera Heather.

El caso era que últimamente no le parecía sentirse tan próximo a su prometida como en un principio. Claro que ella estaba muy ocupada con su carrera, sus compromisos con amigos y familiares, además de con los planes de la boda.

Los preparativos de boda parecían estar consumiendo todo el tiempo libre del que ella disponía, a pesar de haber contratado los servicios de un organizador de bodas y contar con la ayuda de las madres de ambos. Apenas quedaban dos semanas para el gran evento.

Respiró hondo. Todo volvería a ser como antes de la boda. Además, todo el mundo quería a Heather. No había de qué preocuparse. Tan sólo deseaba que los preparativos no le ocuparan tanto tiempo y poder estar juntos para conocerse mejor. Aunque para eso ya tendrían el resto de sus vidas.

—¿Qué te parece si cenamos en The Palace? —preguntó él mientras se acomodaba frente al volante.

A Heather le gustaba cenar en los mejores restaurantes y que la sorprendieran con atenciones y regalos y él disfrutaba haciéndola feliz. De pronto recordó algo. Alargó el brazo al asiento trasero y tomó un pequeño paquete.

—Esto es para ti.

—¡Oh, gracias! Ya sabes lo que me gustan las sorpresas.

Encendió el motor, apartando la imagen de aquella misteriosa belleza. Ahora que lo tenía todo, no estaba dispuesto a arriesgarlo por nada.

Miró hacia la mujer que pronto se convertiría en su esposa y sintió cómo la tensión de sus hombros desaparecía. Iba impecablemente vestida, como siempre e incluso después de un día de trabajo, estaba perfecta. Aunque tenía que reconocer que su belleza no era tan natural como la de la desconocida del bar. Todavía recordaba la dulce fragancia a vainilla de aquella mujer.

Pero todo eso no importaba. A Heather le gustaban los perfumes caros, la ropa de marca, su familia y por supuesto, él. Eso era lo único importante. Juntos, iban a tener una vida perfecta. Ella representaba todo lo que él siempre había deseado.

Roxanne dejó caer la cabeza sobre el escritorio una y otra

vez. ¿Por qué? ¿Qué había de malo en ella? ¿Por qué había tratado de abordarlo justo minutos antes de que llegara su prometida? De todas formas, nada habría pasado: él apenas se había fijado en ella. Ningún hombre pondría en riesgo lo que él tenía.

No podía dejar de pensar en ello.

Se frotó la frente. Quizá se habría fijado más en ella si su vestido hubiera sido más corto, más sexy y más rojo.

Suspiró y dejó caer la cabeza sobre la mesa una vez más, permaneciendo así con el rostro oculto. No tenía esperanza.

¿Qué clase de detective era? Ni siquiera había mirado su reloj para comprobar de cuánto tiempo disponía. No había reparado en ello hasta que lo vio salir por la puerta, como si fuera un dios vestido con su impecable traje azul, rodeado de mortales.

Había pensado que sería más fácil después de las novelas de detectives que había leído y de los programas que había visto en la televisión.

Miró a su alrededor en la oficina desde la que su hermana Nadine llevaba su propio negocio. No era el típico despacho de un detective. Era una pequeña oficina, con sitio suficiente para dos escritorios, un par de papeleras y armarios en tres de las paredes que Rory, la hija de Nadine, había decorado con sus dibujos.

Un puñado de juguetes descansaba en un rincón sobre una pequeña mesa que ocupaba Rory los días en que no iba a la guardería.

La ventana del lado oeste daba al edificio de al lado y tenía unas cortinas de flores. La otra ventana daba a la calle y la persiana estaba estropeada y no bajaba.

La sala de espera estaba pintada de color melocotón con la pintura que le había sobrado a su hermana después de decorar la habitación de su hija, con un sofá que había conocido mejores tiempos y una pila de revistas prehistóricas.

A pesar de las apariencias, Nadine pensaba que el negocio iba bastante bien. Eso sin tener en cuenta el desastre de aquel día y de que Roxanne se había quedado al frente sin tener ninguna experiencia como detective.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer en el caso de Cade. En parte, quería guardar el expediente y olvidarlo. Pero por otro lado, deseaba volver a ver a aquel hombre o al menos intentarlo. ¿Sería posible?

No. Sería demasiado evidente, por no olvidar que sus relaciones con los hombres siempre acababan convertidas en un desastre.

La puerta se abrió. Nadine entró veloz en la habitación, cargando con un puñado de expedientes entre sus manos.

—¿Qué sigues haciendo aquí? —preguntó mirando su reloj —. Es tarde.

Roxanne miró el reloj de la pared.

—Ya lo sé —respondió. No quería irse a casa y encontrarse con su hermana antes de decidir qué hacer.

—No pensarás que voy a creerme que has trabajado horas extra —dijo su hermana, y le dedicó una sonrisa muy parecida a la suya, como su pelo y sus ojos. Si no hubiera tres años de diferencia entre ellas, podían haber sido gemelas. Nadine se echó hacia atrás un mechón de su pelo teñido de color castaño—. ¿Todo bien? Espero que estés apuntando todas las llamadas —añadió dejando los expedientes sobre la mesa—. ¿Puedes guardarlos antes de irte?

Roxanne se frotó la frente dolorida y se sentó derecha.

—De acuerdo. ¿No deberías estar en casa con Rory? Vete, ya me ocupo de todo esto.

Su hermana recogió unos papeles de la bandeja de su mesa.

—He conseguido que alguien se quede con ella una hora más, así que no tengo mucho tiempo. Quiero revisar todos estos documentos. ¿Estás segura de que puedes ocuparte de todo? Sé que te he metido en esto, pero ya que estabas sin trabajo…

Roxanne se puso de pie.

—Estoy bien. Todo está bien, puedo arreglármelas. Sé cómo funciona una oficina.

Nadine sacudió la cabeza camino a la puerta.

—Pero ésta no es una oficina como otra cualquiera —dijo y Roxanne recordó la escena del bar—. Una cosa más: si hay alguien que no puede esperar hasta la semana que viene, dale el nombre del detective que está en el cuaderno de citas.

Roxanne recorrió con la mirada la portada del cuaderno y vio unos números garabateados. ¡A buenas horas se lo decía! Aquella elegante mujer había ido a primera hora de la mañana y había insistido en que se cumpliese su encargo cuanto antes bajo amenaza de acudir a otro detective si no se lo garantizaba.

—Y llámame si surge cualquier problema —dijo Nadine—. Puedo conseguir que alguien se ocupe de Rory durante un rato mientras esté dormida. Puedo ejercer de madre y resolver problemas a la vez.

Roxanne se quedó helada. Ya podía escuchar los comentarios de Nadine en aquel tono que empleaba cada vez que metía la pata y su hermana acudía a su rescate.

Desde que su madre muriera, Nadine había jugado ese papel con cierta venganza. Ella ya no era una adolescente y Nadine no tenía por qué saber que había tratado de ocuparse de un caso ella sola y no le había salido bien. No estaba dispuesta a acudir a su hermana al menor problema que se presentara y mucho menos a que pareciera que no estaba preparada para arreglárselas en el mundo real.

Podría volver a enfrentarse a Cade Taylor Watson otra vez. Podía hacerlo, pero necesitaba preparación. No volvería a salirle mal.

Tomó los papeles de la mesa con movimientos seguros y decididos, evitando encontrarse con la mirada de su hermana. Haberle dicho que no a aquella clienta no habría sido bueno para el negocio de Nadine ya que era lo único que le quedaba a su hermana después de que el estúpido de su marido se marchara con su secretaria.

Nadine se había hecho cargo de la empresa de detectives que su marido había dejado. A diferencia de su marido, que investigaba cualquier tipo de caso, ella tan sólo se dedicaba a los asuntos matrimoniales. Ésa era su especialidad.

Roxanne era de la idea de que había que demostrar la fidelidad de un hombre al doscientos por cien. Le habría gustado saberlo años antes. De haber sido así, su vida habría sido diferente.

Nadine abrió la puerta y se detuvo antes de salir.

—Llámame si tienes algún problema. De momento, limítate a concertar citas y contestar las llamadas.

Roxanne asintió con la cabeza, conteniendo la necesidad que sentía de confesar el error que había cometido ese mismo día.

—Estoy aquí para ayudar —dijo dibujando una sonrisa en su rostro.

Habría acudido antes a ayudar a su hermana, pero había estado ocupada con sus propios asuntos, su trabajo, su apartamento y su amante.

No, no era cierto. Debería haber acudido tan pronto como supo que Nadine estaba llevando su propio negocio. Así, ella también se habría ahorrado unos cuantos problemas de haber dejado Melbourne antes.

—¿Cómo está Rory? —preguntó Roxanne. Si su hija no se hubiera puesto enferma, Nadine habría estado allí y habría atendido a aquella elegante clienta. Habría sabido exactamente qué hacer desde el primer momento—. ¿Está mejor?

—No del todo —contestó su hermana con el ceño fruncido

—. Tengo que volver antes de que se despierte y me necesite. No te quedes aquí escondida toda la noche. Tú también tienes una vida con la que continuar.

Se quedó en silencio mientras su hermana salía y cerraba la puerta tras de sí. No había nada malo en quedarse trabajando hasta tarde. Eso no quería decir nada. Ya había superado lo de Aaron.

Sintió un nudo en el estómago al recordarlo y pensar en lo que él estaría haciendo en aquel momento. Quizá aún pensara en ella.

Levantó la barbilla. Tenía un caso del que ocuparse y no quería distraer la atención de Nadine de su hija. Su sobrina necesitaba a su madre y Roxanne no estaba dispuesta a permitir que el trabajo las apartara.

De momento, iba a ocuparse de la oficina hasta que Nadine regresara costara lo que costase, incluso si se trataba de desenmascarar a hombres guapos.

Además, si a la vez lograba demostrar a su hermana que no era tan inútil como creía, lograría matar dos pájaros de un tiro. Claro que ciertamente era incapaz de mantener una relación con un hombre, llevar una casa y mantener limpia la nevera, pero aquello sí que lo podría hacer.

Si alguien quería demostrar que Cade Taylor era un mujeriego, un hombre dispuesto a traicionar a su novia, aquel era un trabajo para ella.

Ella no se daba por vencida fácilmente. Iría tras aquel hombre. No pudo evitar sonreír al recordar el rostro de Cade Taylor Watson. ¿Quién podía calificarlo como un asunto de trabajo?

Todo lo que tenía que hacer era demostrar cómo era en realidad. ¿Tan difícil podía ser? Al fin y al cabo era sólo un hombre.

Capítulo 3

EL RESTAURANTE era perfecto. La luz era suave, las velas centelleaban en las mesas y las suaves notas de un laúd flotaban en el salón. El ambiente era relajado y romántico, invitando a la intimidad, al amor, al sexo. No podía haber elegido mejor.

Roxanne giró sobre el taburete observando a las parejas que se hablaban en susurros.

Tenía mucho tiempo por delante, siempre y cuando Cade llegara a una hora razonable. Entonces, él recibiría una llamada con el mensaje de que su prometida no podría acudir a la cita. Eso le daría la oportunidad de flirtear con Roxanne, seguro de que su novia no acudiría a la cita y así quedaría en evidencia su infidelidad. Estaba segura de que él no dejaría escapar la oportunidad.

Llevaba un vestido rojo ajustado. Había pensado ponerse otro más corto que dejara sus piernas al descubierto, pero al final se había decidido por uno clásico y elegante, más apropiado para la ocasión.

Roxanne trató de calmarse. Un par de frases y una sonrisa no significaban nada. Había estudiado toda la información de la que disponía sobre él. Sabía que sus padres seguían juntos y enamorados después de treinta y cinco años, que tenía una hermana más joven dedicada al arte, que vivía en un apartamento al norte con vistas a la bahía y que era un reputado arquitecto, socio de una de las más importantes compañías de Sydney. Aquéllos eran tan sólo detalles. También sabía que le gustaba ir de camping, pescar e ir al teatro. No es que toda esa información significara algo y mucho menos que ella estuviera interesada.

No se trataba de concertar una cita. Tan sólo necesitaba una prueba de la fidelidad de aquel hombre para saber si era digno de casarse con la señorita Heather Moreton o no. Era un servicio que su hermana ofrecía a sus clientes para evitar que sufrieran en un futuro.

Los hombres no eran de fiar, por muy agradables y guapos que fueran. Todos eran iguales, unos mentirosos capaces de traicionar cuando menos se esperaba de ellos.

No pudo evitar pensar en su madre, en su hermana y en

tantas otras amigas.

Roxanne detuvo el movimiento del taburete. Cade Taylor Watson acababa de entrar por la puerta, con su traje negro, camisa blanca en contraste con la corbata morada, llamando poderosamente su atención.

Por el aspecto del traje bien podía tratarse de un esmoquin. Desprendía un potente magnetismo caminando hacia ella o, más exactamente, hacia la barra.

Roxanne giró rápidamente el taburete y se quedó mirando el daiquiri, con la mente en blanco.

¿Qué era lo que había pensado decirle cuando se encontrara con él? ¿Que era cosa del destino? Ahora le parecía un comentario estúpido. Quizá ni siquiera la reconociera. Seguramente ni siquiera se habría acordado de ella durante el fin de semana, al contrario que Roxanne, que no había podido dejar de pensar en lo que le había dicho.

La única diferencia entre aquel trabajo y una cita real era que iban a pagarle. O al menos iban a pagar a Nadine.

Él se sentó en un taburete próximo.

—Un whisky solo —dijo al camarero, sacando un bolígrafo del bolsillo de su camisa.

Ella puso toda su atención en la copa que tenía delante. ¿Acaso iba a pedirle su número de teléfono tan pronto?

La sombrilla de su copa era rosa y sobresalía de extraña manera entre los pedazos de fruta. Esta vez había evitado el alcohol. No quería arriesgarse a cometer otro error. Era su última oportunidad. Por muy estúpido que fuera un hombre, era imposible que se creyera un tercer encuentro.

Colocó el bolso que tenía sobre su regazo y apretó el botón de la grabadora. Probablemente habría sido mejor colocar una cámara oculta en cualquier otra parte, pero no tenía ni idea de cómo funcionaba la que había en la oficina y, por lo que Nadine había dicho, le había costado una fortuna.

Roxanne jugueteó con la sombrilla, tomó un trozo de fresa y lo saboreó. ¿No le iba a decir nada? ¿Se acordaría de ella?

El silencio entre ellos se alargó. Se sentía defraudada. ¿Por qué no podía ser más fácil?

Deslizó su copa, haciendo que la servilleta se cayera al suelo.

—¡Oh! —susurró, girándose mientras miraba cómo caía al suelo.

Cade levantó la vista de la servilleta en la que estaba

dibujando algo, la miró y se agachó para recogerla con sus largos dedos.

—Se le ha caído esto…

Sus miradas se cruzaron y ella sonrió al ver la expresión de sorpresa en sus ojos. Él le entregó la servilleta mientras la observaba.

—¿No eres tú la mujer que hizo el comentario tan divertido el viernes por la noche en Harry's? —preguntó, y Roxanne sacudió la cabeza—. ¿Qué me dices? —añadió, mirándola con los ojos entrecerrados y señalándola con el bolígrafo.

Ella levantó la mano.

—¡Oh, no! No… —lo último que quería era volver a pasar vergüenza.

—¿Sigues soñando conmigo? —dijo él, mirándola fijamente a la cara.

Ella negó con la cabeza y trató de sonreír.

—Está bien, ahora suena más estúpido que el otro día.

Cade dejó la servilleta sobre la barra y giró su taburete hacia ella.

—¡Qué curioso encontrarte aquí!

—Sí.

¿Qué otra cosa podía decir? Desde luego que no la estúpida frase que había preparado sobre el destino.

Cade se rascó la barbilla, pensativo.

—Siento haberte dejado tan precipitadamente.

Ella agitó las manos para evitar que se disculpara. No quería que la grabadora recogiera un nuevo desastre.

—¿Qué bebes? ¿Puedo invitarte a tomar algo? —preguntó Roxanne.

En aquel momento, apareció el camarero con su whisky.

—¿Señor Taylor Watson?

Cade lo miró.

—Sí, soy yo.

—Hay un mensaje para usted —dijo el camarero entregándole una nota.

Cade la leyó.

Ya estaba. Aquél era el mensaje de su novia, diciéndole que tenía que cancelar la cita, dejándolo libre para ella…

Cruzó los dedos sobre su regazo. Aquel plan tenía que funcionar.

—¿Puedo invitarte a algo? —repitió Roxanne.

Cade se quedó mirando su vaso de whisky.

—Gracias, pero mira, estoy comprometido…

Roxanne sintió presión en el pecho. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Era ésa la prueba definitiva de que era digno de casarse con Heather Moreton?

No estaba acostumbrada a eso. Ella no era así. Nunca había invitado a una cita a un hombre. Ella prefería esperar hasta que mostraran algún interés en ella para estar en la posición de decir que sí o que no. No llevaba bien las negativas.

—He oído que el restaurante de aquí es bueno —ofreció Roxanne, tomando su copa y dando un sorbo. Sería mejor insistir para comprobar cuál era su reacción. Tenía que asegurarse de que todo quedara perfectamente grabado para su clienta.

—Sí, es uno de los mejores —dijo él—. Los canelones de espinacas y queso son deliciosos. Es mi plato favorito.

Se giró hacia él, deseando mirarlo otra vez. ¡Qué demonios! Si no se atrevía a ir a por todas esa noche y poner a prueba a aquel hombre, no lo haría nunca.

—Me encanta la comida italiana.

—A mí también.

Se hizo el silencio entre ellos. Él parecía a gusto allí sentado con su bebida, pero Roxanne no podía dejar de pensar en qué hacer para acabar con aquel caso.

—Hace un buen día —dijo, y sintió que sus mejillas ardían. Levantó lentamente la mirada tal y como decía el libro y se encontró con sus ojos.

—Sí —respondió él sonriente—. Con un poco de suerte, lloverá los días de trabajo y brillará el sol para el fin de semana.

—¿Tienes algo que hacer el fin de semana? —preguntó Roxanne y volvió a concentrarse en su copa, de la que sacó otro trozo de fruta—. No es que quiera ir al mismo sitio que tú para iniciar otra absurda conversación.

Él rió.

—Mentiría si te dijera que no se me había pasado por la cabeza. Hay una exposición de fotografías de la arquitectura del siglo XX.

Roxanne asintió, aliviada por el curso que estaban tomando las cosas.

—Parece interesante. Personalmente, me gusta mucho el barroco, aunque sea de una época anterior.

Él arqueó las cejas.

—Hay algunas influencias del barroco en la arquitectura del siglo XX. Hay un edificio en el centro… —comenzó, pero se detuvo, agitando su vaso.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Y?

Él levantó la mirada y volvió a encontrarse con los ojos de Roxanne.

—Lo siento, me dejo llevar.

De pronto la necesidad de tocar su brazo se hizo irresistible. Se imaginó que Nadine lo habría hecho sin dudarlo, para ponerlo a prueba. Pero ella se había quedado de piedra en su asiento.

—¿Te gusta la arquitectura?

—Soy arquitecto —respondió alargando su mano a Roxanne—. Por cierto, me llamo Cade.

—Roxanne —dijo ella y estrechó su mano, sintiendo un extraño hormigueo.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él, sujetando su mano.

Roxanne se humedeció los labios y trató de mantener la calma.

—Suelo trabajar en pequeñas compañías, como en inmobiliarias, pero en este momento… —Roxanne se detuvo. ¿Cómo podía ser tan idiota y olvidar por qué estaba allí?

Miró su mano, que seguía unida a la de él, y sintió calor subiéndole por el brazo como si de un rayo de sol en un día de invierno se tratara.

Aunque se mostrara amable y atento, seguía siendo un hombre.

—En este momento estoy mejorando mis dotes para provocar silencios embarazosos, utilizando frases estúpidas y coleccionando patéticas negativas de hombres que ya están comprometidos.

—¿Qué puedo decir? —murmuró Cade soltando la mano de Roxanne—. Me siento muy halagado de que te hayas fijado en mí y que te hayas atrevido a iniciar una conversación conmigo. Hace falta coraje para hablar con un desconocido, ¿sabes?

Ella asintió y dio un largo trago a su bebida.

—Sí, lo sé.

—No he advertido esos silencios embarazosos de los que hablas. Los momentos que hemos pasado en silencio durante nuestra conversación me han dado la oportunidad de admirar lo bonita que eres y de advertir que muchos hombres se caerían de espaldas si te fijaras en ellos como lo has hecho conmigo —dijo y se aproximó a ella—. ¿Por qué sientes la necesidad de dar el primer paso? No creo que te falten proposiciones.

Roxanne se quedó mirándolo fijamente, sintiendo que se derretía. ¿Pensaba que era bonita? ¿Por qué era tan agradable?

—Es muy amable por tu parte y no, no me faltan proposiciones —dijo Roxanne ignorando el caos de su interior—. Pero nunca vienen del hombre adecuado —añadió y cerró los ojos recordando su desastrosa vida amorosa.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Cade Taylor Watson, que la observaba con ternura. ¿Tenía sentido quedarse con aquel hombre si Heather no lo hacía?

Parpadeó y tomó otro largo trago de su bebida

—¿Y estás comprometido con alguien en especial o sólo por esta noche y estás buscando una cita con la que ir a ver esa exposición de fotos? —preguntó Roxanne poniéndolo a prueba una vez más.

—Tengo una cita.

—Pero… —se sentía rechazada otra vez. No quería dar por finalizada la conversación con Cade y reconocer que era agradable y que la señorita Moreton podía casarse con él—. Me gustas.

Cade miró su reloj y se puso de pie, mirándola con rostro serio.

—Tú también me gustas —dijo él. Allí acababa todo. Cruzó mentalmente los dedos deseando conseguir lo que quería—. Eres una persona encantadora y siempre podría presentarte a un amigo —ofreció.

—Es la historia de mi vida —murmuró Roxanne.

Era el perfecto caballero. Cerró los ojos, pensando en lo contenta que se pondría su clienta cuando supiera las noticias. A la vez, una extraña sensación la invadía. Habría preferido que la eligiera a ella. Si así hubiera sido, todo habría sido como hasta ahora y habría seguido pensando que no era posible confiar en los hombres. Ahora estaba confusa excepto en una cosa: Heather Moreton era una mujer afortunada.

Roxanne se dio cuenta de que él se agitaba a su lado y levantó la cabeza. Acababa de llegar su prometida, la mujer que tenía su lealtad y que era dueña de su corazón.

—Buena suerte —dijo Cade, dedicándole una sonrisa de consuelo—. Con todo.

—Lo mismo te digo —susurró.

¿Cuándo daría ella con un hombre como aquél, que la amara con tanta entrega y lealtad?

Roxanne observó cómo Cade Taylor Watson se dirigía hacia el amor de su vida, que lo estaba mirando con los ojos

entrecerrados. Tomó aire lentamente y le hizo a Heather un gesto con el pulgar hacia arriba para indicarle que todo había salido bien. Era una mujer con suerte por casarse con un hombre como aquél.

Roxanne apuró lo que le quedaba de bebida y se puso de pie. El caso había terminado. Se estaba involucrando en aquella farsa más de lo debido. No entendía cómo Heather había podido dudar de Cade.

Miró al techo. Necesitaba un poco de felicidad en su vida. Su única esperanza era que en algún sitio hubiera un hombre como aquél para ella.

Capítulo 4

ROXANNE estaba sentada en el escritorio del despacho de Nadine, con la espalda recta, la barbilla alta y la vista al frente, contando los minutos que faltaban para que llegara su clienta.

Oía los tacones en la escalera e imaginaba lo que estaría pensando acerca del estado de aquel lugar, de la luz y de la falta de pintura en las paredes.

Roxanne se atusó el cabello, se colocó el cuello de la camisa y puso las manos sobre la mesa. Era hora de acabar con aquello y no tenía ningún interés en volver a pasar por una situación como aquélla otra vez. Nadine podía ocuparse de poner a prueba a los hombres, pero no ella. Prefería quedarse en la oficina, donde se sentía segura.

La puerta se abrió. Roxanne forzó una amable sonrisa.

—Buenos días, señorita Moreton.

—Vayamos al grano: ¿ha conseguido averiguar algo? —demandó.

Roxanne se quedó mirando fijamente a la elegante prometida de Cade. Su traje pantalón de tres piezas era tan suave como su piel, tan vaporoso como su pelo y tan caro como las joyas que lucía en cuello, orejas y muñecas, incluyendo el increíble diamante del anillo de su dedo: el anillo de Cade.

Roxanne se cruzó de brazos.

—¿Acaso ha considerado por un momento que pueda ser el hombre fiel, considerado y atento que parece ser?

—No le he pagado para que averigüe eso —dijo la recién llegada caminando por la habitación hasta una butaca forrada de terciopelo, en la que se sentó—. Le he pagado para que lo tiente y he de decirle que ese vestido rojo que llevaba puesto fue una buena idea. Nunca ha podido evitar la tentación.

—Usted está sugiriendo que no le es fiel —dijo Roxanne mientras colocaba los bolígrafos en su sitio, sorprendida por la actitud de la mujer. Era como si quisiera oír que la engañaba—. Le hice una señal para indicarle que todo iba bien.

¿Acaso había entendido lo contrario?

—Sí, lo vi. Pensé que había sacado una conclusión.

—Y así fue —dijo Roxanne—. Parece que no está segura de

que Cade la ama.

Roxanne contuvo la respiración mientras la mujer consideraba lo que acababa de decir con el ceño fruncido. Quizá no estaba segura. Aparte de vestir impecablemente y tener el estilo y el aspecto de una modelo, probablemente pensaba que no tenía nada más. Obviamente, Cade no pensaba lo mismo.

Heather agitó la mano impaciente.

—No la he contratado como consejera sino para poner a prueba a mi prometido y descubrir si me merece.

Roxanne se quedó de piedra al oír el tono áspero de aquella mujer y la conclusión a la que había llegado.

—Parece que ya ha sacado sus propias conclusiones respecto a él. ¿Puedo preguntarle por qué? ¿Tiene sospechas? ¿Alguna razón para no confiar en él?

La mujer se encendió un cigarrillo.

—Es un hombre, ¿no?

—No todos los hombres son iguales —repuso Roxanne. Pero ¿cómo podía decir eso? Después de lo que le había pasado con Aaron, David y Steve…

La mujer arqueó una de sus finas cejas.

—Mire, si es cuestión de dinero, estoy dispuesta a pagar más si necesita más tiempo para completar su trabajo. Está bien, pagaré por ello. Sólo tiene que decirme que es infiel.

Roxanne se quedó pensativa mirando los papeles que había frente a ella. La única prueba que tenía era que aquel hombre era agradable, atento y maravilloso, incluso demasiado amable con las desconocidas de los bares.

La señorita Moreton se puso de pie y la miró.

—La boda se celebrará en menos de dos semanas. ¡Dos semanas! ¿Tiene idea de la organización que requiere una boda, de lo que cuesta, de la tensión que genera? Tiene que darme algo, lo que sea.

—Si tiene dudas, quizá lo mejor sería que hablara con su prometido y no seguir en esta dirección —sugirió Roxanne. Parecía que aquella mujer sólo quería una conclusión y eso era lo único que quería oír.

La señorita Moreton le dirigió una fría mirada.

—No es asunto suyo, sólo dígame lo que quiero saber.

—Está bien —Roxanne tomó el expediente y sacó la grabación—. Como sabe, he tenido dos encuentros con su prometido y no creo que consiga algo diferente en otro —dijo jugueteando con la cinta—. Tengo la conversación grabada para

que pueda comprobarlo.

Heather le arrancó la cinta de las manos y la guardó en su bolso. Se quedó quieta unos instantes, levantó la mirada y sonrió.

—Al fin y al cabo, estoy pagando por esto.

Roxanne se quedó de piedra. Aquélla era la prueba de que no había pasado nada.

—Su prometido parece ser un perfecto caballero por todo lo que hace y dice —dijo cautelosamente. Cade parecía tener todo lo que una mujer querría en un hombre.

—Pero… —dijo la señorita Moreton apoyando las manos en la mesa e inclinándose hacia Roxanne con un extraño destello en los ojos—. Ayúdeme, dígame que hay algo. Me quedan trece días para la boda. Déme una sola razón para no casarme con él.

Roxanne se quedó sorprendida, mirándola.

—Está bien.

Roxanne se puso de pie y sintió cómo le hervía la sangre ante lo absurdo de aquella situación. Aquella mujer tenía un hombre encantador y no lo quería. Había multitud de mujeres buscando lo que ella tenía. No quería la verdad, lo único que quería oír es que Cade la engañaba.

¿Qué había visto él en ella? ¿Sería Cade masoquista o era aquélla la cara oculta de su prometida que él no conocía? No podía imaginar a Cade con alguien que no fuera especial.

Roxanne levantó la barbilla. Le daría a aquella mujer lo que quería.

Le deslizó el expediente sobre la mesa junto con una factura por sus servicios.

—Ese hombre tenía una mirada llena de deseo —comenzó a decir, encontrándose con los ojos fríos de la clienta, a sabiendas de que no lo descubriría por la grabación—. Y una boca muy seductora de la que sabía sacar provecho.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Le estaba dando a Heather Moreton lo que quería y cumpliendo el sueño de cualquier mujer soltera de Sydney: que un hombre estupendo como aquél se quedara libre de nuevo.

—Se sentó tan cerca de mí que pude percibir el fresco aroma de su jabón y de su colonia —continuó Roxanne. Hizo una pausa y tomó aire con los ojos cerrados—. Parecía un hombre excitado en busca de la mujer perfecta para saciar su deseo.

La señorita Moreton se enderezó.

—Así que le hizo una proposición, ¿no? —preguntó relajando la expresión de su rostro.

Roxanne se humedeció los labios, imaginando lo que habría pasado con él si Heather no hubiera sido su prometida.

Miró a su clienta, que sacudía la cabeza con una amplia sonrisa en los labios al oír aquello. ¿Oiría la señorita Moreton la grabación para comprobar si era verdad? Probablemente no, dados los prejuicios que parecía tener.

—Me invitó a ir con él a una exposición —dijo Roxanne. A la vista de lo que la clienta quería oír, era fácil disfrazar la verdad.

Heather parecía estar entusiasmada ante las noticias.

—¿Qué más?

¿Todavía quería más?

—Y por supuesto, en ningún momento mencionó que estuviera comprometido —añadió Roxanne—. Tengo que decir que hubo química entre nosotros y si usted no hubiera aparecido en aquel momento, seguramente habríamos acabado pasando la noche juntos.

Desvió la mirada, avergonzada por lo que acababa de decir. Claro que podían haber pasado la noche juntos, pero hablando, aunque ese detalle no tenía por qué aclarárselo a Heather Moreton.

—Bien, bien —dijo la señorita Moreton esbozando una sonrisa. Miró la factura, se inclinó y extendió un cheque—. Debería haber confiado en que era una auténtica profesional. Estaba algo preocupada la semana pasada, pero ha hecho bien su trabajo.

—Estamos aquí para ayudar —dijo Roxanne.

Aquello era una locura. El hombre era un santo, pero si aquella mujer no lo veía así, no lo quería ver así, entonces no se lo merecía. Cade se merecía amor y felicidad y no acabar casándose con una bruja que ni siquiera lo quería.

Se reclinó en su asiento y contempló cómo la mujer se enderezaba con una amplia sonrisa en los labios y se marchaba.

Roxanne miró el cheque que descansaba en la mesa mordiéndose el labio. Le había hecho un favor al mundo. Había salvado a un hombre estupendo de un destino peor que la muerte dejándolo en libertad para que cualquier otra mujer lo atrapara.

No sabía cuál era el problema de Heather, pero parecía que lo había resuelto. Para bien o para mal, Cade era libre.

Cade se apoyó en su coche mientras esperaba a Heather. No era habitual en ella cambiar los planes y menos aún seguir adelante con ellos. Prefería cancelarlos. Era lo que había hecho con cierta frecuencia en las últimas semanas y siempre a última hora.

Se rascó la barbilla. Probablemente quería hablar de la boda y de los preparativos de última hora incluyendo la luna de miel, de la que se ocupaba él. No tenía de qué preocuparse, lo tenía todo arreglado.

Quizá quisiera hablar de Roxanne. Aunque no habían comentado nada la noche anterior mientras cenaba, había podido sentir que algo extraño pasaba. No parecía normal que Heather ignorara lo que había pasado. Había tenido la ocasión de cuestionar su amor por ella después de verlo en el bar con Roxanne, la misma mujer con la que lo había visto el otro día. ¿Acaso confiaba tanto en él? ¿Lo amaba a ciegas?

Era un estúpido. ¿Cómo podía pensar eso? ¿Cómo podía dudar de su amor por su prometida ahora, cuando estaban a punto de casarse y era evidente que ella estaba tan enamorada de él?

Ella lo amaba. Estaba claro en todo lo que hacía. El tiempo que le dedicaba a él y a sus amigos, a visitar a su familia a pesar de lo ocupada que estaba y a hacer que cada día fuera especial e inolvidable. ¿Cómo podía perder el tiempo pensando en la mujer de rojo del bar?

Suspiró. No podía creer lo mal que se habían entendido Heather y él ese día. Estaba seguro de que la nota con el mensaje que le había dado el camarero decía que le era imposible llegar. Pero de repente, ella había aparecido como de la nada.

Debía de quererlo mucho si había abandonado una reunión para estar con él. Ahora, él se estaba comportando como un idiota pensando aquellas cosas. Quizá fueran tan sólo los nervios, las dudas de un hombre a menos de quince días de su boda.

Respiró hondo y trató de contener aquellos pensamientos. Tenía que concentrarse en pasar el mayor tiempo posible con Heather, ayudarla con los preparativos de la boda y ser su apoyo.

Ella estaba haciendo mucho por los dos y el tiempo que pasaban separados el uno del otro era tan difícil para ella como lo era para él. Necesitaban pasar tiempo juntos y confirmar su relación.

Se cruzó de brazos y se reclinó hacia atrás, observando el garaje del edificio en el que Heather vivía. Seguramente, ella también se habría dado cuenta y por eso quería verlo esa noche, para que la abrazara y le dijera cuánto la quería y lo mucho que deseaba casarse con ella.

Cade suspiró. Tenía que evitar tener dudas y distracciones hasta la boda, pero sabía que las cosas no eran tan fáciles.

Había sido interesante encontrarse de nuevo con aquella

mujer tan atractiva. Había estado pensando en ella durante todo el fin de semana preguntándose por los motivos que tendría para haber dado ella el primer paso. No había razón para que una mujer tan bella tuviera problemas para encontrar hombres. ¿Acaso estaban ciegos? Volver a encontrarse con aquella mujer misteriosa había sido una sorprendente coincidencia. Era muy distinta e intrigante. Por no hablar de lo difícil que le era olvidarla.

—Cade —dijo Heather en tono hostil, mientras se acercaba a él con un bonito traje blanco y el pelo recogido en un moño.

Cade frunció el ceño. Nunca la había oído hablar en un tono de voz tan frío. Seguramente había tenido un mal día y lo necesitaba más que nunca.

—Heather —dijo ofreciéndole sus brazos. Ella se detuvo a escasos pasos de él, con el rostro serio y los ojos entrecerrados—. ¿Qué ocurre?

Se quitó el anillo de compromiso y se lo ofreció en la palma de la mano.

—El compromiso queda anulado.

—¿Anulado? —repitió Cade. Se separó del coche y se irguió, mirando fijamente el anillo en su mano y midiendo el significado de sus palabras.

¿Hablaba en serio?

—Anulado —repitió Heather introduciendo rápidamente el anillo en el bolsillo de la chaqueta de él, como si la quemara en la mano—. Ya no quiero casarme contigo.

—¿Por qué? —dijo Cade acariciando el anillo en su bolsillo. Todo el mundo decía que hacían la pareja perfecta: sus padres, sus amigos,…

¿Acaso ya no lo quería?

Heather se cruzó de brazos y suspiró.

—Porque no confío en ti.

—¿Cómo? —aquello no le cabía en la cabeza—. Nunca te he dado motivos para…

Ella arqueó una ceja.

—¿Qué me dices de la mujer del vestido rojo de anoche?

—¿Qué pasa con ella? —dijo Cade con voz entrecortada. ¿A qué conclusión había llegado al verlo con ella de nuevo en un bar? ¿Se habría dado cuenta de la atracción que sentía por ella? ¿Acaso era tan evidente?

—Lo sé todo sobre ella —dijo enfadada—. Sé lo mucho que deseabas arrancarle la ropa y hacerle el amor apasionadamente en tu apartamento.

¿Hacer el amor apasionadamente a la mujer de rojo? ¡Qué idea tan absurda! Retirar del hombro su suave melena, acariciar con los labios su delicada piel, recorrer con las manos sus curvas… Cade sacudió la cabeza tratando de ignorar sus pensamientos.

Aquello no podía estar pasando. ¿Cómo era posible? Nada había ocurrido. Era cierto que esa mujer lo había impresionado, pero se iba a casar con Heather. Tenía derecho a tener alguna fantasía, ¿no?

—No ocurrió nada.

—Eso no es lo que he oído.

Cade frunció el ceño.

—¿Dónde, qué te han contado?

Estaba orgulloso de sí mismo por haber actuado correctamente. ¿Cómo podría alguien acusarlo de lo contrario? Nunca haría nada que la hiriera.

Heather dio un paso atrás, alejándose de él.

—Tengo un testigo que sabe exactamente lo que pasó antes de que os viera hablando tan íntimamente.

—¿Quién?

—Mi familia me quiere —dijo mirándolo fijamente—. No quieren que me case con un mujeriego.

—¿Es alguien de tu familia? —preguntó Cade pasándose la mano por el pelo—. No debes creerlo. No es lo que parece.

—Se acabó —dijo ella tajante—. Ha sido un error. No quiero volver a verte.

Cade miró fijamente a la mujer con la que había estado seguro que iba a casarse.

—¿Y qué pasa con la boda?

—Espero que te hagas cargo de todos los gastos —afirmó evitando encontrarse con su mirada—. Contaré a todos lo que ha pasado.

Él se quedó mirándola fijamente, incapaz de encontrar las palabras para expresar la ira que lo invadía.

—Pero… —murmuró Cade, tratando de borrar a Roxanne de su memoria y de olvidar lo que sentía por aquella desconocida —. No ha pasado nada. Todo esto es ridículo. Si hay alguna razón por la que no quieres casarte conmigo…

Ella levantó la barbilla. Sus ojos brillaban.

—¿Cómo te atreves a decirme eso cuando has sido tú el que me ha traicionado con otra mujer? ¿Acaso necesito otra razón que la de que no eres el hombre que pensaba que eras? —dijo y se dio media vuelta—. Adiós, Cade.

Él se quedó contemplando cómo ella entraba en el edificio. ¿Cómo hablar con una mujer, por muy atractiva que fuera, podía constituir una traición? Su familia estaba equivocada. Aquel testigo estaba equivocado. Pretendían hacer daño a la mujer con la que estaba comprometido, arruinar su boda y su vida.

Él era inocente. Iba a encontrar a la mujer de rojo y demostrarlo costara lo que costara.

Capítulo 5

VA A CENAR sola?

Roxanne asintió sin poder mirar al camarero. La situación era extraña, pero si había podido hablar con un desconocido en un bar y descubrir lo decente que era, entonces también podía ir a un restaurante sola.

No necesitaba que un hombre la invitase a cenar. Decidió que iba a ser fuerte, independiente, continuar hacia delante y olvidarse del pasado.

Había tenido unas cuantas relaciones que habían fracasado, pero de eso trataba el amor. Tenía que seguir intentándolo. Cuando encontrase al hombre de su vida, no dudaría de él.

Recorrió con la mirada el restaurante y la barra donde había estado con Cade la segunda vez que se habían encontrado.

No había ido a ese restaurante por ningún motivo en especial. Tenía que cenar y esa noche quería comida italiana. ¿Por qué no ir al mejor sitio de comida italiana?

Cade Taylor Watson seguiría adelante con su vida. Probablemente ya habría resuelto los problemas que hicieron que Heather necesitase los servicios de su hermana. O quizá se separaran durante un tiempo. ¿Aprovecharía él esa oportunidad para irse con otra? Probablemente.

Se colocó la servilleta sobre sus pantalones negros. Se sentía extraña al haber pedido mesa para uno, ya que nunca había ido a un restaurante sola. Había pedido comida para uno de encargo, había comido perritos calientes o pizza para uno, pero esto era nuevo para ella.

Colocó los cubiertos que tenía delante con la sensación de que todo el mundo en el restaurante la observaba, sintiendo lástima por ella.

Se irguió y alisó su camisa blanca. Estaba declarando su independencia y siendo fuerte por todas aquellas mujeres que habían tenido mala suerte con los hombres.

Tomó el menú y lo leyó. Había muchos platos italianos, con muchas especias, queso y ajo.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Tenía algo que ver con los remordimientos que sentía cada vez que pensaba en Cade y en lo

que había hecho?

Se mordió la uña de su dedo índice, recordando las razones por las que lo había hecho. Su último encuentro con Heather le había servido para convencerse de que había sido lo correcto. Su única intención había sido decirle lo agradable que su futuro esposo era, pero la señorita Moreton había insistido en oír lo contrario.

Quizá no había hecho lo correcto, pero era lo más conveniente para los dos. Aquella mujer quería una excusa para dejar a Cade. Él podría estar con alguien mucho mejor, incluso soltero estaría mejor que con ella.

Roxanne jugueteó con la servilleta y miró a su alrededor, observando cómo las parejas enamoradas que ocupaban otras mesas se susurraban.

Miró la servilleta que estaba en su regazo y la alisó cuidadosamente. Nunca más podría volver a mirar una servilleta sin pensar en Cade, en sus dibujos y en lo que ella había hecho.

¿Quién le había dado derecho a interponerse entre ellos? Era ridículo pensar que ella sabía lo que le convenía, especialmente cuando ni siquiera podía solucionar sus propios problemas.

No quería pensar más en ello y tampoco tenía por qué hacerlo. Ese capítulo de su vida había acabado. Ahora tenía que pasar más tiempo con su familia y con Nadine en el trabajo. No necesitaba ningún hombre en su vida.

Empezó a sonreír dejando el menú sobre la mesa. Dejar de preocuparse por los hombres… ¡Qué buena idea! Miró al camarero que esperaba junto a la mesa.

—Quiero los canelones, una ensalada campera y una copa de vino de la casa.

Miró alrededor del restaurante una vez más, fijándose en el movimiento de las llamas de las velas y escuchando las suaves notas del laúd.

Todo era exactamente igual que la otra noche, sólo que no estaba en la barra. Miró a los clientes habituales sentados allí, a los hombres trajeados, y en especial a uno que por sus anchos hombros le recordaba a Cade Taylor Watson.

Volvió a mirar los cubiertos de su mesa. Estaba viéndolo en todas partes. Creía haberlo visto en cientos de sitios en los últimos tres días, pero nunca era él.

No era que estuviera buscándolo. Era la clase de hombre que se tomaría las cosas con calma y seguiría adelante con su vida hasta que encontrara una mujer que lo amara y que deseara pasar todo el tiempo posible con él.

No le importaría que un hombre como él entrara en su vida. Un hombre guapo y amable, un profesional que sabía comprar la ropa que más le favorecía. Pero ahora no era un buen momento. Necesitaba olvidarse de los hombres una temporada.

Una cosa era segura: Cade Taylor Watson no iba a estar en su lista de hombres. Un hombre muy parecido a él sí, pero no él. No había manera de volver a encontrarlo.

El camarero se paró delante de la mesa con un delicioso daiquiri en la mano.

—Un caballero de la barra la invita a una bebida.

Roxanne respiró hondo. ¡Qué irónico! El mismo gesto que ella había usado para conquistar a Cade. El sentimiento de vergüenza se reflejaba en sus mejillas.

—Perdone, le podría decir al caballero…

—Se lo puedes decir tú misma —dijo una voz grave cerca de ella.

El tono de aquella voz familiar recorrió todo su cuerpo. No podía ser…

Roxanne se giró y miró hacia arriba para encontrarse con los ojos de color avellana de Cade Taylor Watson.

—Yo… —dijo Roxanne.

Se quedó en blanco.

No pudo más que mirarlo fijamente.

Estaba muy guapo. Llevaba un traje oscuro que le marcaba sus fuertes hombros y una corbata de seda azul anudada perfectamente sobre una camisa blanca. Parecía como si acabase de salir de la oficina.

El camarero colocó la bebida delante de ella.

—¿El caballero va a cenar con la señorita?

—Eso es decisión de la señorita —dijo Cade, con la mano en la silla que estaba frente a ella, preparado para echarla hacia atrás y sentarse.

Ella posó su mirada en él. Lo único que podía hacer era mirarlo fijamente, su boca estaba cerrada y su cabeza daba vueltas. ¿Qué estaba haciendo él allí? ¿Acaso Heather Moreton ya lo había dejado por su supuesta infidelidad? ¿O es que él había estado esperándola y esa noche iba a ocurrir algo?

Ella miró hacia la puerta, quitando los trozos de fruta que había en la bebida, y tomó un largo trago esperando notar el efecto.

—Yo…

Roxanne dejó la copa en la mesa. Intentó hablar mientras observaba cómo él retiraba la silla y se sentaba.

—Estoy muy contento de haberte encontrado por fin —dijo él mientras el camarero colocaba los cubiertos como si ella ya hubiese aceptado cenar con él—. Sabía que iba a ser difícil encontrarte porque aunque los dos camareros se acordaban de ti, he de decirte que eres difícil de olvidar, ambos me dijeron que no te habían visto antes y no sabían quién eras ni dónde encontrarte. He estado yendo al bar de Harry todas las tardes a ver si te veía y todas las noches venía aquí con la esperanza de encontrarte.

La mente de Roxanne se detuvo. ¿Por qué? La sangre se le subió a la cabeza, rugiendo en sus oídos y calentando sus mejillas.

¿Por qué estaba él allí? ¿Acaso Heather Moreton le había contado todo y él había venido a estrangularla por meterse en su vida?

Cade colocó un brazo en la mesa.

—Necesito pedirte un favor.

Ella lo miró fijamente intentando entender sus palabras, su tono gentil, su amable y cálida mirada, como si no tuviese nada en contra de ella.

—Sé que puedes hacer que mi prometida se calme —dijo Cade con suavidad.

—¿Por qué? —preguntó ella cuidadosamente, dejando abiertas las posibilidades. ¿Qué le habría contado Heather?

Cade recostó su espalda en la silla.

—Porque Heather ha decidido cancelar la boda después de verme hablando contigo —dijo desabrochando un botón de su chaqueta y pasándose una mano por el pelo.

—Ella esta convencida de que yo intenté…

—Sí, entiendo —dijo Roxanne tomando otro trago. Se podía imaginar a Heather hablándole sobre ese asunto.

El camarero le ofreció un menú a Cade.

—No es necesario, tomaré lo mismo que la señorita —dijo Cade.

Roxanne removía su bebida con el palito de plástico, pensando en lo que había pedido de cena. ¿Se percataría Cade de que había pedido lo que él recomendó la otra vez? ¿De que había estado pensando en él? ¿De que se sentía atraída por él?

—¿Está bien la bebida? —preguntó él, inclinándose hacia delante y colocando los codos en la mesa.

—Perfecta, es mi favorita… —dijo ella pausando—. ¿Cómo sabías lo que bebo?

—Yo me acordaba y el camarero también —dijo Cade sonriendo—. Causas impacto en la gente.

Roxanne desvió la mirada. Si él supiera…

Ella se concentró en su bebida, percatándose de que él la observaba. Deseaba alisarse el pelo y retocarse el maquillaje. Ojalá su camisa estuviera igual de blanca que cuando se la puso esa mañana y su traje no fuera tan corriente.

—¿Fui tu primero? —dijo Cade arrimándose.

Ella levantó la mirada. Sentía un cosquilleo que le recorría el estómago y la espalda. ¿Acaso él se había dado cuenta de que ella le había tendido una trampa, de que era una detective sin experiencia, una novata?

—¿Cómo lo has sabido? —balbuceó ella.

—Era obvio —dijo él con una sonrisa, divertido por haberla sorprendido—. El libro fue una gran pista.

Ella miraba fijamente sin decir nada.

—Me imaginé que seguirías yendo a los mismos sitios para practicar tus frases de conquista, aunque tenía miedo de que alguien hubiese aceptado y se hubiera ido contigo —continuó Cade.

Sus palabras desenredaban nudos, haciendo que el miedo se fuera. Era evidente que él no sabía la verdad.

—A veces ocurre —dijo Roxanne intentando sonreír.

El camarero trajo dos copas de vino tinto y una cesta con pan. A su olfato llegaba el aroma a ajo.

—Espero no haber hecho que dejes de dar el primer paso —dijo Cade tomando un trozo de pan de la canastilla y examinándolo—. Creo que deberían hacerlo todas las mujeres, en lugar de quedarse sentadas a la espera.

Ella lo miró brevemente, sin palabras, sintiendo cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo hasta la punta de los dedos de los pies. ¿De verdad creía que ella era atractiva?

—Tengo que reconocer que me sentí halagado —continuó él. Roxanne lo miró fijamente. Dar el primer paso y romper el hielo había sido una pesadilla. Ahora entendía por lo que los hombres tenían que pasar. El miedo a ser rechazados era aterrador. Tenía que aprender algo de todo esto—. Por cierto, me ha llamado la atención que hayas rechazado la copa a la que te estaba invitando sin comprobar siquiera quién te la enviaba. Creo que hubiera sido más apropiado que me hubieras mirado antes de rechazar la bebida —dijo él en un tono acusador, señalando el daiquiri.

Roxanne miró fijamente el pan de ajo. Era demasiado difícil comprender los sentimientos de los hombres.

—No estaba de humor. He tenido un día duro en el trabajo —dijo ella.

—¿Qué es lo que haces exactamente? —preguntó él tomando un poco de vino y tomando otro trozo de pan—. ¿Para quién trabajas?

—Yo… —empezó a decir ella sintiendo presión en el pecho. ¿Qué podía decir? No podía contarle la verdad porque no quería que él tuviese una mala opinión sobre ella.

—No es una pregunta tan difícil —insistió Cade ansiosamente, tomando un poco de vino sin quitar la mirada de sus ojos.

La mente de Roxanne daba vueltas. Ella había deseado un hombre como él para conversar toda la noche. De nuevo necesitaba un hombre en su vida. Y allí estaba delante de ella. ¿Pero que demonios iba a hacer? ¿Qué podía decir?

Tenía que librarse de él o escapar antes de que él descubriese quién era ella, o peor, lo que había hecho.

Capítulo 6

CADE había tenido suerte de encontrarla. Miró a su plato y desenrolló los cubiertos mientras miraba de reojo a la mujer que seguía sorprendida por su aparición.

¿Había sido casualidad encontrarla en el mismo sitio una semana después? Era cosa del destino, como la última vez que se vieron.

Él no podía parar de pensar en lo mal que le había salido todo. Era consciente de que no había ocurrido nada entre ellos aunque era cierto que Roxanne y él conectaban bien. Podían haberse convertido en buenos amigos si la situación hubiese sido distinta. Pero no era así.

Él no era culpable de nada. Quien fuera que lo había visto hablar con aquella mujer bonita había sacado una conclusión equivocada y se lo había dicho a Heather.

No había nada malo en hablar con una mujer joven y agradable, y Roxanne era cálida, encantadora y graciosa, sin mencionar lo atractiva que estaba con aquel vestido. Cade se había reído mucho con ella, algo que llevaba tiempo sin hacer.

Tomó un bocado de pasta sin dejar de mirar a Roxanne. Ella no parecía muy contenta de verlo. ¿Habría herido sus sentimientos la otra noche? Probablemente. Después de todo el esfuerzo que ella había puesto en conocerlo, él la había ignorado al ver llegar a Heather. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

Heather era su prometida y lo afectaba mucho el hecho de que ella se hubiera creído esa acusación y que estuviese herida. No entendía cómo ella se había creído tan fácilmente la mentira.

Cade dejó de mirar cómo Roxanne comía los canelones tan delicadamente, y se concentró en su propio plato y en sus propios problemas.

Debería haberle dicho a Heather que sólo hablaba con Roxanne de manera amistosa, que no había significado nada, y que no quería herir sus sentimientos por nada del mundo.

Nunca había visto a Heather hablar en ese tono tan áspero y fuerte. Claro que debió de pasarlo mal al escuchar aquellas desagradables acusaciones de alguien cercano a ella.

Aunque, de todas maneras, ¿cómo podía haber creído a

alguien antes que a él? ¿Por qué cancelar la boda cuando todo el mundo había preparado tantas cosas? Todo porque alguien lo había visto hablar con una mujer bonita. Heather debía de estar realmente dolida.

Tenía que solucionarlo.

Partió los canelones. Iba a recuperar a su futura esposa, iba a quitarle los temores, sanar sus heridas, salvar la relación y llevarla al altar.

No entendía cómo ella podía abandonar tan fácilmente la relación cuando eran tan perfectos el uno para el otro. Todo el mundo lo decía. La madre de Cade la adoraba. Su padre decía que era dulce, y al resto de la familia le encantaba. Ella era entrañable.

Cade suspiró. El futuro de su relación estaba en peligro.

Volvió su atención a Roxanne, a la delicada manera en que colocaba cada trozo de canelones en su tenedor, mojándolo en la salsa de tomate espeso y metiéndoselo en la boca, haciendo un pequeño ruido con los labios, un suspiro que recorría sus venas.

Verla comer era como un baile, toda su atención estaba en el plato.

Cade tomó un trago de vino. Roxanne parecía vulnerable, pero a lo mejor se debía a que toda su atención estaba en el plato. No podía culparla, los canelones estaban tan buenos como de costumbre.

Cade pensó que quizá ella había pedido los canelones porque él se los había recomendado el otro día, y sintió alegría. No sabía por qué. Heather nunca había querido probar lo que él le sugería.

Volvió a dejar la copa en la mesa y miró a Roxanne.

De una manera u otra él le había causado una impresión y esperaba que fuese buena. Pero sospechaba que no era así. Estaba convencido de que lo del lunes por la noche había significado algo especial para ella, algo más que estar con alguien agradable. Ella necesitaba compañía, alguien con quien hablar y recuperar la confianza en sí misma, probablemente después de haber tenido una difícil ruptura.

Cade se rascó la mandíbula. Ella era hermosa, ¿quién podía romper con alguien como ella? De pronto, reparó en el anillo que llevaba en el dedo. ¿Habría tenido una relación seria? ¿Un novio, un marido?

—Siento no haberme quedado a hablar contigo la otra noche —dijo él intentando buscar la manera de preguntarle por lo que de verdad le interesaba saber.

Ella agitó la mano para evitar que se disculpara.

—Estos canelones están muy buenos. Ricos de sabor y muy suaves —dijo ella mirando a su alrededor con sus ojos de color verde esmeralda—. No entiendo por qué no hay más gente en el restaurante.

Cade no pudo evitar sonreír al ver el entusiasmo que ella mostraba.

—Creo que la mayoría de la gente no se apasiona tanto con la comida italiana —dijo Cade.

Roxanne tomó el último bocado de sus canelones.

—Pues yo sí.

—Sí, ya me he dado cuenta —contestó Cade.

—¿Y a ti? ¿A ti qué te apasiona aparte de tu trabajo? —preguntó ella.

—Yo voy mucho a la playa, me gusta hacer surf —dijo Cade con el codo en la mesa.

—¿Así que te gusta el surf? —preguntó ella.

—Sí, me enamore de la playa cuando era un niño. Todos los fines de semana en verano mis padres nos llevaban a mi hermana y a mí a la playa —Cade no pudo evitar sonreír al acordarse de cuando tiraba algas a su hermana y jugaban a enterrar a su padre en la arena.

—¿Y a ti te gusta? —preguntó Cade.

—Sí —contestó ella en un tono suave—. Me encanta la playa, a veces íbamos toda la familia —dijo ella sonriendo.

Cade se acercó para ver su sonrisa.

—Ya te he dicho que me gusta la arquitectura y creo que sé algo de arte —comentó él orgulloso. Era un placer observar a aquella mujer.

—¿Ah sí? ¿Y lo sabes todo sobre impresionistas, cubistas y sexistas? —preguntó ella.

—¿Sexistas? —repitió Cade sorprendido.

—Es una nueva forma de arte en la que estoy trabajando, en la que los amantes entierran a sus ex dentro de una gran caja de cristal, rodeados de sus pecados —respondió ella.

Cade no pudo evitar echarse a reír. Era evidente que aquella mujer había sufrido, pero lo llevaba con humor.

—Parece muy interesante. ¿A tu familia le parece bien? —preguntó Cade.

—¿Eso importa? —dijo Roxanne tomando un trozo de tomate con su tenedor.

—No me gusta decepcionar a mis padres —respondió él—.

Podría ser un éxito si no fuera por la ilegalidad de los secuestros —dijo Cade.

—¿Te ha dicho alguien lo encantador que eres? —preguntó ella con una gran sonrisa.

—¿Me estás diciendo que te parezco encantador? —dijo él.

—No, si se te van a subir los humos a la cabeza —contestó ella.

—Prometo no hacerlo —dijo Cade.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—No creo que las mujeres tengan tantos problemas con su ego como los hombres.

—No estoy tan seguro de eso —comentó él pensando en Heather.

—¿Estas insinuando que yo tengo mucho ego? —dijo ella sonriendo con sus labios rojos.

—No, pero tienes mucha influencia en la gente.

—Lo sé —contestó ella y su expresión se entristeció.

Él colocó sus cubiertos en la mesa. Quería tomar el último trozo de pan para apurar la salsa de tomate que quedaba en su plato, pero se resistió.

—Mira, quiero disculparme por la otra noche, imagino que necesitabas un hombro donde apoyarte. ¿Quieres hablar sobre ello? —dijo Cade.

—¿Sobre qué? —contestó ella.

—Tu última relación —dijo él tranquilamente.

—¡Ah! —exclamó Roxanne.

—Creo que la otra noche buscabas algo más que invitarme a una copa —dijo Cade intentando comprender cómo una mujer tan guapa había dado el primer paso.

—¿Siempre eres tan amable? —preguntó ella limpiándose los dedos en la servilleta y colocándola encima de la mesa.

—A veces sí y a veces no —dijo él encogiéndose de hombros.

—Pues tienes que dejar de ser así, ¿de acuerdo? Tienes que ser fuerte, dejarte de preocupar por todo el mundo y pensar en ti —dijo ella evitando encontrarse con su mirada. De pronto, sintió que se estaba sonrojando.

—No creo que haya nada malo en ser una persona amable —continuó él.

—Los hombres amables siempre acaban los últimos —dijo ella.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó él colocando su mano

encima de la de ella, calculando la situación e ignorando sus sentimientos—. ¿Te ha molestado algo que he dicho? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

¿Podría pedirle que viera a Heather para explicarle todo lo que había ocurrido? ¿O sería pedirle demasiado?

Lo último que quería era pedirle algo que la hiciera sufrir más. Y hablar con su prometida podría suponerle una tortura.

Él conocía la obsesión que sentían las mujeres por las bodas. Su hermana era una de ellas. Soñaba con seda blanca, flores, regalos y atraer la atención de todos. Deseaba encontrar un novio que pudiese convertir todo en realidad.

—Mira, agradezco tu interés, tu lástima por mí y haberte quedado conmigo para disculparte, pero… —dijo ella levantándose y mirando su reloj—, me tengo que ir.

Él se levantó de su asiento. ¿Se iba así, tan rápido? No podía dejarla ir. No sólo no había obtenido respuesta alguna, si no que ahora tenía más preguntas que al principio.

—Roxanne, no he estado tres días buscándote para pedirte perdón solamente… —dijo él dubitativamente metiendo las manos en los bolsillos—. Bueno, a lo mejor sí, pero necesito que le cuentes a mi prometida lo que ocurrió la otra noche —añadió.

Ella miró hacia la puerta para evitar encontrarse con su mirada.

—Lo siento, pero todos tenemos problemas, no puedo ayudarte… no tengo nada por lo que… No puedo y punto —dijo Roxanne. Cade dejó caer las manos y cerró los puños fuertemente. Era obvio que alguien había herido a aquella mujer más de lo que imaginaba—. Me equivoqué, ¿de acuerdo? Lo siento, siento todo lo que ocurrió, la primera vez y la última. Lo siento. Me tengo que ir.

Él la miró. ¿A qué se refería?

Ella sacó unos billetes de su bolso y los dejó encima de la mesa. Era más que suficiente para pagar la cena de ambos.

Cade se quedo mirando cómo se alejaba, observando el sensual contoneo de sus caderas, intentando contener el fuego que crecía en su interior.

Suspiró. Le había vuelto a molestar y eso lo disgustaba.

Quería ir tras ella y arreglarlo todo, pero era incapaz de moverse. Tendría que volver a intentarlo, pero ¿cuándo?

De pronto, reaccionó. Tenía que detenerla, conocer su apellido, dónde vivía, dónde trabajaba. Tenía que encontrar la manera de hacerla hablar con Heather, aunque iba a ser complicado ya que ella ni siquiera contestaba a las preguntas más simples.

Cade pagó la cena y salió fuera. La encontró en la esquina, tratando de encontrar taxi.

—Roxanne —dijo él devolviéndole el dinero.

—Por favor, ¿por qué no haces como el resto de la gente y aceptas lo inevitable? Deja de intentarlo. Sigue adelante con tu vida ¿de acuerdo? —dijo ella con los brazos cruzados. Él sacudió la cabeza. ¿Dónde estaba la mujer que había conocido la otra noche? Aquélla tan optimista, independiente, contenta de haberlo conocido, de haberle hablado e invitado a una bebida, tan feliz de vivir la vida. ¿Quién era ahora?—. Tienes trabajo, salud, familia y mucho de lo que preocuparte —añadió apretando los labios y tomando el dinero que él le ofrecía—. Trabaja, vete a correr, visita a tus padres y ve a obras de teatro, exhibiciones y galerías.

—Pero no tengo acompañante —dijo él despacio observándola fijamente.

—¿Cómo dices?

—No me puedes rechazar.

—¿Me estas pidiendo que vaya contigo? —preguntó ella sorprendida.

—Pensaba que ya lo había hecho antes, pero creo que lo hice mal. Me encantaría que vinieras conmigo a una galería mañana por la tarde. ¿Me harías el honor de venir conmigo para no sentirme como un fracasado?

—Aprecio tu honestidad —contestó ella sonriendo.

—Siempre soy honesto —dijo mirando sus ojos de color esmeralda.

—No puedo —repuso Roxanne negando con la cabeza. Fijó la mirada en el suelo, sintiendo cómo sus mejillas ardían.

Él frunció el ceño, no podía perderla ahora que la había empezado a conocer a fondo.

—¿Y si vamos como amigos, sin ataduras?

Ella se quedó quieta. ¿Acaso le tenía miedo? Quizá la mujer que tenía frente a él sintiera miedo de todos los hombres. ¡A saber lo que habría pasado con el último hombre de su vida! Tenía que averiguarlo.

Cade se encogió de hombros al ver que un taxi se acercaba.

—Te prometo que no te pediré nada más, vamos al museo a disfrutar de la arquitectura como amigos, nada más —dijo él lo más calmadamente que pudo, la presión que sentía en el pecho estaba a punto de explotar—. Los dos estamos solos.

—No gracias —dijo ella susurrando.

—Me gustaría que fuéramos amigos —dijo él mientras

abría la puerta del taxi, imaginándose que ella también necesitaba a alguien. Ella suspiró y se metió en el taxi—. ¿No te gustaría tener un amigo más? Por favor, es lo menos que puedes hacer por haberme incitado a ver la parte barroca de la exposición. Me encantaría que compartieras esa experiencia conmigo. Si te sientes más cómoda podemos quedar allí directamente —dijo él encogiéndose de hombros para relajarse.

—Está bien, de acuerdo —aceptó Roxanne por fin.

Cade miró cómo el taxi se alejaba de la curva y anotó el número por si acaso pasaba algo y la tenía que rescatar.

Tenía que conseguir estar con ella, Roxanne era la única que podía ayudarlo a solucionar el asunto. Él la ayudaría a solucionar sus problemas, para que luego ella lo ayudara a él.

Capítulo 7

EL EDIFICIO parecía una gran caja cuadrada con muchas ventanas, sin inspiración, ni imaginación alguna. Era algo contradictorio que una galería fuese así, quizá era para que el público se fijase en el arte de dentro y no se distrajera con el exterior.

Roxanne estaba enfrente de la entraba, esperando. Debería haberse quedado en casa, donde estaba a salvo, en vez de escuchar cómo retumbaban sus adentros con tanta intensidad.

Podría haber rechazado su invitación, pero el sentimiento de culpa la habría invadido. Tenía el deber de hacerle saber que Heather no era la mujer de su vida, y ayudarlo para que siguiera adelante con su vida. Le debía eso.

Roxanne arregló sus pantalones blancos, alisó la camisa rosa y levantó la barbilla. Iba elegante y sencilla, con poco maquillaje y el pelo recogido en la nuca, igual que cuando iba a trabajar.

Al fin y al cabo, aquello era como un trabajo, ya que iba a tener que justificarse por su mentira y ayudar a Cade a elegir el camino correcto en la vida, alejado de Heather y de sus intenciones malvadas. Ella guardaría las distancias, destacaría sus virtudes y se marcharía.

El plan era mantenerlo ocupado con preguntas que ya tenía preparadas sobre algunos edificios de Sydney. Siempre había querido saber por qué las velas de la Ópera tenían forma de venera, por qué la tensión de los cables del puente que hay en el puerto de Sydney y por qué había tantas calles de un solo sentido en la ciudad.

Se acercó a la entrada sintiendo un nudo en el estómago al pensar en volver a verlo.

¿Qué pasaría si Cade se enteraba de quién era ella y de lo que estaba haciendo en el bar? ¿Que había sido ella la que había mentido a su prometida diciéndole que él no era el caballero que parecía y que había ayudado a Heather a decidir que él no era el hombre de su vida?

Al recordar la mentira, sintió cómo se helaba su sangre y siguió caminado.

Roxanne miró fijamente el edificio. Iba a estar con Cade,

pero no era una cita. Él había dicho que iban allí como amigos. Él sólo quería ser su amigo y ella quería solucionarlo todo y demostrarle que la fría y calculadora Heather no era la mujer de su vida.

Se quedó quieta en la entrada mordiéndose las uñas.

—¿Te esperabas que fuera más impresionante, verdad? —dijo una voz cálida y grave a su espalda.

Cerró los ojos y disfrutó de la sensación. Era agradable sentir un hombre a su espalda, oler su perfume y esperar que en cualquier momento la rodeara con sus brazos. Deseaba volver a sentir los brazos de un hombre abrazándola y sólo la idea le causaba excitación.

Roxanne se giró. Allí estaba Cade Taylor Watson, tan apuesto y sexy como recordaba, toda una tentación. Llevaba unos pantalones beige y un polo. Estaba muy guapo. Ella no pudo evitarle fijarse en él, desde sus bien definidos pectorales hasta su barbilla, su boca tan sexy y esos ojos, esos ojos dorados que desprendían destellos al mirarla.

—Hola, Roxanne, me alegro de que hayas venido.

—Hola —dijo ella respirando hondo para aliviar la traición que le causaban sus sentimientos—. Estás muy guapo.

—Gracias —dijo él colocando una mano en su espalda y guiándola hacía la entrada de la galería—. Deberías darme tu número de teléfono por si la próxima vez surge algún inconveniente.

—¿La próxima vez? —repitió ella.

—No quiero nada de ti, sólo que sepas que eres maravillosa y que en algún lugar habrá alguien que te hará muy feliz

Ella le echó una mirada. ¿Acaso habría leído su mente?

—Te iba a decir lo mismo —dijo ella intentando sonreír sin lograrlo. ¿Sentiría él lástima por su soledad, por verla comer sola, por intentar desesperadamente conquistar hombres en un bar? No quería que nadie sintiera lástima por ella, y menos él—. Deberías saber que hay muchas mujeres buscando hombres como tú.

—Gracias, pero ya tengo a Heather, mi prometida.

—Pero habéis roto.

—Lo sé, pero con tu ayuda…

Así que había sido ella la causa de que hubieran roto. Parecía como si él, con su amabilidad, la estuviese torturando para que contara la verdad.

—¡Qué foto más interesante! —exclamó ella al entrar en la galería y señalando un marco que colgaba de la pared con la

imagen de un original edificio.

—Mi sueño es diseñar un edificio tan impresionante como ése. ¿Cuál es tu sueño? —suspiró Cade detrás de ella.

Roxanne sacudió la cabeza. Estaba segura de que Cade sería capaz de construir un edificio increíble que sorprendiera a todos. ¿Sería ése el motivo por el que no paraba de garabatear en las servilletas?

—Castillos en el aire.

—No creo que sean edificios muy seguros —susurró Cade en su oído.

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Estaba tan cerca de su espalda que su pelo casi lo rozaba. Ella lo miró a los ojos y luego bajó la vista hasta su sensual boca.

—A veces, sólo nos queda soñar —dijo ella.

—Y a veces tienes que esforzarte un poco en que se conviertan en realidad —comentó Cade arrugando la frente.

—Me gustaría tener una familia y un negocio exitoso y, por supuesto, que hubiera paz en el mundo —dijo ella dándose la vuelta para volver a mirar el grabado.

—Creo que todo eso es posible y lo de la paz en el mundo suena muy bien.

¡Si todo fuera tan fácil! Estar con Cade lo hacía todo más complicado y Roxanne estaba cada vez más confusa.

—¿A Heather le gustan estas exhibiciones? —preguntó ella.

—Ella dice que sí —murmuró él por detrás. Sus suaves palabras le rozaban la oreja y la piel de su espalda se erizó—. Pero no viene a menudo. Siempre está muy ocupada. Además, ella prefiere el arte abstracto, no le gusta el realismo —añadió colocándose a su lado—. A ella la atraen más las esculturas y los cuadros.

Roxanne se acercó al grabado siguiente. Era un edificio visto desde el suelo. Parecía como si la parte de arriba del edificio se uniera con el cielo.

Su cabeza daba vueltas. Tenía que lograr que él se diera cuenta de que Heather no le convenía.

—Debe de ser difícil no compartir intereses con tu pareja. Estoy segura que hay muchas mujeres a las que les encantaría ir a galerías, a cenas íntimas, a ver a tu familia,… En definitiva, disfrutar la vida contigo. Imagino que Heather y tú manteníais conversaciones largas paseando en el parque, en la playa y en la montaña —dijo ella mirando al techo. Cerró los ojos imaginándose a la introvertida mujer a la que había conocido. Ella se tropezaría

con los tacones y no disfrutaría de la arena en sus zapatos ni del barro entre sus manos—. Ya sabes, esas conversaciones que duran toda la noche, en las que quieres descubrir todo sobre la otra persona.

Eran la clase de conversaciones que se veían en películas y se leían en libros.

—¿Así fue la relación que tuviste con tu último novio? —preguntó él con voz profunda y suave como el terciopelo y con la vista puesta en la siguiente fotografía.

—¿Mi último novio? —respondió ella mirándolo.

—Él que rompió tu…

Ella se llevó la mano al pecho.

—¿Cómo has…? —preguntó ella.

Era imposible que supiera lo que había pasado con Aaron.

Ella miró hacía otro lado, evitando sus ojos cálidos. Nunca le contaría nada sobre Aaron, o David o Steve. Era demasiado doloroso recordar lo que ocurrió con los tres. Él nunca la volvería a mirar de la misma manera.

—¿Qué ocurrió? No pudo engañarte con otra, tú eres demasiado inteligente, simpática y hermosa como para fijarse en otra. No pudo ignorarte porque eso es imposible. Y tampoco pudo ser porque él quisiera estar más tiempo con sus amigos cuando te tenía a ti esperándolo —dijo Cade. Ella lo miró fijamente a los ojos. ¿Acaso estaba intentando conquistarla o era el hombre más agradable del mundo? Ojalá la estuviera conquistando. Se estremeció, sus ojos se nublaron y otra vez tuvo que desviar la mirada. Él era demasiado bueno para ella—. Lo siento, no pretendía entrometerme —murmuró intentando encontrar la mirada de ella.

—No, no pasa nada —balbuceó ella entrecortada, y respiró hondo.

No iba a llorar, él no había hecho nada. Qué estúpida había sido Heather Moreton al haber tenido un hombre así y haberlo abandonado. Sentía lástima porque él no se daba cuenta de que estaría mejor sin esa mujer en su vida.

—Deberían dispararle por haberte hecho tanto daño —dijo Cade mirando a su alrededor y ofreciéndole un impecable pañuelo —. Dime su nombre para que le dé lo que se merece.

—No es lo que piensas —dijo ella sacudiendo la cabeza e intentando sonreír.

—¿Cómo que no?

—Él no rompió la relación —susurró ella. No importaba si se lo contaba a él, no lo volvería a ver en su vida.

—Yo rompí la relación.

—¿Cómo?

Roxanne observó que Cade se quedaba pensativo, intentando dar con las razones, pero sabía que nunca lo adivinaría. Ni siquiera se lo podía explicar ella misma.

—No pude decir el «sí quiero».

—¿Pensabas casarte con él? —dijo él mirándola fijamente, apretando los labios.

Ella asintió con la cabeza y recordó la última vez que lo había visto, junto al altar. Ella llevaba su traje de novia y él parecía nervioso. Le había parecido el hombre ideal con el que formar una familia, pero en el último segundo sintió miedo al recordar lo que había sucedido entre sus padres y el daño que habían causado a los de su alrededor. El matrimonio no era para ella, no podía confiar en los hombres.

Tomó aire antes de continuar.

—Cuando llegamos a la iglesia no pude… no pude casarme con él.

Después de su relación con Aaron, decidió que no había esperanza para ella. Nadie debería pasar por lo mismo tres veces. Había dejado que tres hombres increíbles salieran de su vida porque no tenía suficiente confianza en ellos para dar el gran paso. Jamás sería capaz de pasar por eso otra vez, merecía quedarse sola. Un sentimiento de remordimiento la invadió. Había ayudado a Heather a hacer lo mismo, a anular su matrimonio de una manera poco honesta y directa.

¿Por qué Heather no hablaba claramente con él y le contaba la verdad, que estaba aterrorizada de cometer el error que arruinaría sus vidas?

Ella lo miró tristemente. Al menos ahora podría ayudarlo a seguir adelante en vez de sentirse culpable e impotente. Ojalá él escuchara sus consejos, ¿acaso no estaba siendo suficientemente clara?

Cade arqueó la ceja mirándola con tristeza.

Seguramente, ahora pensaría que era como Heather y que tampoco ella estaba dispuesta a asumir el compromiso del matrimonio.

—Yo no me preocuparía —dijo él acercándose—. Cuando encuentres al hombre de tu vida, no tendrás ninguna duda de que es él.

Ella no pudo evitar mirarlo, admirando su optimismo.

—¿Tú crees?

Él se acercó más y la besó suavemente en la frente.

—Estoy seguro.

¡Él la había besado! Sus sensuales labios habían tocado su piel. Y el sentimiento era muy agradable, demasiado bueno. No debería sentirse de aquella manera.

Cade se alejó unos pasos para tomar dos copas de champán de la bandeja de un camarero.

—Hagamos un brindis: por llegar a comprender alguna vez al sexo opuesto y a nosotros mismos —propuso él ofreciéndole una copa a ella.

—¿A comprender? —dijo ella recreando el placer del beso que le acababa de dar—. Lo único que has de entender de las mujeres es que el romanticismo acaba cuando ellas así los sienten, aunque para ti no sea lógico ni racional.

—Eso lo entiendo.

—No, no lo entiendes. Ella lo ha pensado bien y no va a casarse contigo, no va a asumir ese riesgo. Tienes que seguir adelante con tu vida y olvidarla.

Cade la miró arqueando una ceja y sacudiendo la cabeza.

—Ella está confundida, eso es todo —comentó. Roxanne lo miró fijamente. ¿Cómo no se daba cuenta de lo que sucedía?—. Mira, quiero que conozcas a alguien —añadió él mirando hacia el otro lado de la galería.

El corazón de Roxanne comenzó a latir con fuerza. No podría ser Heather Moreton, no ahora. ¿Aunque por qué no? Para eso se había molestado en buscarla, para que le contara a Heather que él era un tesoro al que debía aferrarse.

Pero ¿cómo iba a contarle la verdad? Además, ¿qué diría Heather cuando la viera con él? Ella sospecharía que había exagerado la información para quedarse con su prometido.

Agarró con fuerza la copa. Una mujer como Heather podía denunciarla provocando que el negocio de Nadine se hundiera.

Heather destruiría la poca esperanza que tenía Nadine, y todo sería por culpa de Roxanne.

Cade cruzó al otro lado de la galería y ella lo siguió arrastrando los pies como si pesasen. No podía seguir. Había mucho en juego.

Ella se detuvo sintiendo cómo el corazón se le escapaba del pecho. Giró y corrió hacia la puerta abandonando la oportunidad de ayudar al hombre al que había causado tanto sufrimiento.

Llegó a la esquina y llamó a un taxi. Encontraría otra manera de aliviar su pasado. Para eso, no necesitaba a Cade.

Además, no quedaba mucho más que decir. Había hecho lo que estaba en su mano y esperaba que fuese suficiente.

Capítulo 8

CADE tiró las llaves del coche en la encimera. Aquella mujer lo volvía loco. Un minuto estaba abriendo su alma y su corazón, intentado hacerle entender lo que le había ocurrido con su último novio, y al siguiente se había marchado.

Era obvio que seguía afectada por ello y que necesitaba a alguien para hablar y desahogarse, y él había estado más que dispuesto a escucharla. Parecía estar tan confundida como Heather.

Tenía que acabar con las dudas de Heather y eso lo conseguiría cuando Roxanne le explicara que no había ocurrido nada entre ellos.

¿Todavía quería solucionarlo? Roxanne tenía razón: su relación con Heather no era como la que Roxanne describía, con largas conversaciones nocturnas y paseos en el parque y la playa.

¿Estaba engañándose a sí mismo? ¿Y a Heather?

Se quitó la chaqueta y la colocó en la silla

Lástima que Roxanne se marchara tan bruscamente. ¿Acaso se había sentido culpable por contarle tantas cosas a él, a un desconocido, o simplemente es que se había avergonzado por haberse desahogado?

Quizá era el modo estúpido en que se había comportado lo que la había asustado. ¿Qué demonios había pretendido besando a una mujer a la que no conocía? Lo había hecho sin pensarlo. Había sido un impulso, un impulso que lo había hecho sentirse increíblemente bien. Nunca se había imaginado que se sentiría tan bien después de darle un platónico beso en la frente.

A Roxanne le hubiera gustado Petra, si se hubiese quedado a conocerla. Su hermana menor estaba muy orgullosa de su pequeña galería y de los muchos clientes que atraían sus exposiciones.

Llevar una galería con éxito había cambiado por completo a su hermana. Ponía tanto interés en las exposiciones que no prestaba atención a su vida personal. Eso fue lo que la cambió tanto. Ya no parecía estar desesperada por encontrar un hombre, y transmitía mucha calma y confianza en sí misma. Eso había sido lo que había hecho que John se enamorara profundamente de ella. En junio iban a casarse.

Cade agitó la cabeza. Tenía que lograr que Roxanne dejara de pensar en lo que le faltaba y se concentrara en lo que tenía: un trabajo, una familia, aficiones y sueños. No pudo evitar sentir deseos de conocer todo sobre Roxanne.

Se quitó los zapatos. Fue a la cocina y tomó una cerveza de la nevera. Roxanne lo había impresionado. Era una mujer impresionante tanto en lo físico como en su forma de ser. Además, había acariciado su cálida y suave piel al besarla en la frente.

La sencilla elegancia de Roxanne le gustaba. No había ido vestida de modelo, pero aun así estaba muy guapa. Era como si lo más importante fuera estar con él y no presumir de traje nuevo, zapatos, peinado, uñas…

Heather no era así de natural, pero era cálida y muy dulce con todo el mundo. Nunca la había oído hablar con rudeza hasta la otra noche. ¿Sería eso normal? Esa noche todo había sido un desastre. Lástima que no hubiera sospechado lo que iba a ocurrir. Podía haber estado preparado para defenderse de las acusaciones, podía haber consolado a Heather, haberle asegurado que todo saldría bien, que la información que había recibido era errónea y que podía confiar en él.

Todo lo había pillado por sorpresa. Como con Roxanne, que siempre lo sorprendía con algo.

Sostuvo la cerveza entre las manos recordando el estremecimiento que sentía cada vez que Roxanne lo elogiaba. Había destacado sus virtudes, las oportunidades que tenía y lo atractivo que las mujeres lo encontraban.

Cade se llevó la mano a la barbilla. ¿Por qué le habría dicho todo aquello? ¿Por qué no había dejado de referirse a lo que otras mujeres pensaban de él? Él tenía a Heather, o mejor dicho, la tendría cuando solucionara todo aquel malentendido.

No podía sacarse a Roxanne de la cabeza, pensó mientras se tragaba de un sorbo media botella de cerveza. Era curioso que nunca se incluyera entre el resto de las mujeres ni que le dijera si lo encontraba atractivo.

Cade cerró los ojos mientras se rascaba la barbilla. Aquella mujer lo confundía.

¿Por qué era tan difícil para todos hacer lo correcto?

Estaba muy afectado por el sufrimiento de Heather. Tres meses antes, estaba tan emocionada sobre la boda, tan ilusionada por el compromiso… Había publicado la noticia de su enlace en el periódico, había dado una fiesta de compromiso y había hecho muchos planes para su boda.

Disfrutaba viendo el entusiasmo con el que ella asumía la idea de estar juntos para siempre, lo bien que se llevaba con su familia y las ganas que demostraba siempre de estar con él. ¿Estaban destinados a pasar el resto de su vida juntos?

El destino había hecho que Heather se cruzara en su camino justo cuando había decidido que había llegado el momento de sentar la cabeza y encontrar una pareja con la que tener una relación a largo plazo. Acababa de cumplir treinta y dos años, la edad perfecta para casarse. Había pasado demasiado tiempo soltero, conquistando mujeres sin mayores preocupaciones. Era hora de tomarse la vida en serio y Heather era la mujer perfecta.

Lástima que ella estuviera tan ocupada con el trabajo. De no haber sido así, habrían pasado más tiempo juntos y se habrían conocido más a fondo, tal y como sentía que le estaba pasando con Roxanne.

Cade fue hasta el sofá y se tumbó. Cerró los ojos y jugueteó con la botella de cerveza.

Después de todo lo que había hecho Heather por la boda, era una lástima que todo se estropeara por un malentendido. Era su deber arreglarlo todo, convencer a Heather de que él siempre le sería fiel. Tenía que hacerle recuperar su confianza en sí misma.

Era lo mismo que intentaba hacer ver a Roxanne para demostrarle que todavía había esperanza. ¡Pobre mujer! Necesitaba que alguien le asegurara que todo iba a salir bien. Tampoco era tan malo dejar a un hombre plantado en el altar. Era peor casarse con él y luego tener que dejarlo.

Cade se estremeció al pensar en el divorcio. Era lo último que deseaba que le ocurriese. Él quería una relación como la que tenían sus padres, que continuaban amándose después de treinta y cinco años juntos.

Se aflojó la corbata. Las posibilidades de tener una relación así eran escasas por el momento. Pero una vez convenciera a Heather de que él era el hombre perfecto para compartir su vida, el mismo con el que disfrutaba de obras de teatro y óperas, y al que una vez confesó que era el hombre de su vida, entonces todo volvería a su cauce.

¿De verdad quería que todo volviera a ser como antes?

El teléfono sonó y se incorporó para descolgarlo.

—Cade Taylor Watson.

—¡Hola, cariño! Llamaba para ver cómo te encuentras —dijo su madre. Hubo un silencio—. ¿Por qué no nos has contado nada? Nos acabamos de enterar por la hermana de Heather de que

ya no hay boda. Está llamando a todo el mundo para contárselo.

Cade se llevó la mano a la cabeza. Seguramente, la hermana de Heather estaba dando todo lujo de detalles para explicar el porqué de la cancelación de la boda. Su supuesta infidelidad era un chisme muy jugoso. Y a diferencia de Heather, su hermana disfrutaba de las desgracias ajenas.

—Nos llamaron de la iglesia para confirmar que la boda estaba cancelada y no supimos qué decir. ¿Está todo bien? Heather y tú hacéis una pareja estupenda, ¿qué ha pasado?

Maldición. Cade apretó los puños. Lástima no haber podido solucionar todo antes de que las cosas se le fueran de las manos. Habría preferido que sus padres no se enteraran.

—Ella nos contó que la relación se rompió por tu culpa —continuó su madre—. Porque tú…

—Yo no hice nada —la interrumpió Cade, imaginándose cómo la hermana de Heather habría exagerado todo, ella, la reina de los chismes, los cotilleos y los malentendidos. Seguro que había disfrutado de todo aquello.

—Tu padre y yo te apoyamos completamente, hijo —dijo su madre preocupada—. Pase lo que pase.

Cade sintió un nudo en el estómago. ¡Qué infierno! Su padre era abogado y su madre profesora. Lo último que querrían oír era que después de años de esfuerzo para educar a su único hijo y enseñarle a ser honesto y honrado, todo se había esfumado por el deseo de irse a la cama con la mujer de rojo.

Tomó un trago rápido de cerveza.

—Gracias, mamá. Pero no hay ningún problema. Todo es mentira, pero Heather está confundida.

—Sé lo mucho que esta boda significa para los dos. También has de preocuparte por tu reputación, tu padre y yo no queremos que la gente piense que eres un…

—Yo tampoco quiero eso.

—Imagino que Heather y tú ya habréis aclarado todo, ¿verdad? —preguntó su madre.

La mente de Cade se detuvo. No se le había ocurrido hacerlo. ¿Por qué no lo había pensado antes? Cualquier hombre que amase a su prometida habría estado detrás de ella día y noche hasta que ella volviera a aceptarlo. ¿Y él qué había hecho?

Sólo pensaba en encontrar a Roxanne. Sus prioridades habían cambiado. A lo mejor necesitaba un tiempo para reflexionar sobre su compromiso, sus sentimientos hacia Heather y qué era lo que él quería. Tenía que analizar las cosas con cierta perspectiva.

Una cosa era segura: no podía permitir que ni la familia de Heather ni la suya pensaran que era un traidor.

Tenía que encontrar a la mujer de rojo de nuevo. Y esta vez arreglar los problemas de ella primero. Los de él podían esperar.

El plan era ayudar a Roxanne con sus problemas y después pedirle que hablara con Heather y le contara la verdad y así, limpiar su reputación. Pero ¿cómo diablos iba a encontrarla?

Roxanne tomó la taza entre sus manos. Estaba sentada en el columpio y mientras se balanceaba acariciaba el estómago de su perro con el pie.

Pumpkin daba golpes sobre el suelo con el rabo. Rory le había puesto ese nombre a aquel perro travieso por su cuento favorito, a ver si así, con ayuda de magia y un hada madrina, se transformaba en un perro bueno.

La casa era antigua y estaba situada cerca del centro de la ciudad. Era tan estrecha como la oficina, pero parecía más amplia de lo que era al tener los techos altos. Tenía un largo pasillo que conducía a todas las estancias. Primero estaba el salón, a continuación dos habitaciones, la cocina y el comedor, y por último el baño.

Era una casa pequeña, acogedora y un poco saturada. Nadine la había pintado y decorado con muebles coloniales. El desorden de Rory la hacía parecer un hogar.

En el sofá de flores había cojines y juguetes dispersos, y enfrente una encimera con una montaña de revistas, libros de colorear y álbumes de fotos distribuidos por doquier. Las cortinas eran de color rosa y las ventanas estrechas. Había un camino que llevaba desde el frente de la casa hasta el jardín de atrás, en el cual apenas había espacio suficiente para jugar con un osito de peluche.

Roxanne dirigió la mirada hacia su hermana Rory, que estaba sentada en el comedor, y sintió el peso de su secreto presionándole el estómago.

Se lo tenía que contar. Ya habían transcurrido dos semanas desde el último encuentro con Cade y las posibilidades de que Heather Moreton entrara en la oficina de Nadine gritando y lanzando acusaciones por su poca profesionalidad eran escasas. Pero quería quitarse el peso de encima. Se sentía en el fondo de un pozo y necesitaba recuperar la calma.

Se frotó la frente. No podía sacarse a Cade de la cabeza. Quizá si le contara a su hermana lo que había pasado mientras había estado al frente de la agencia, dejaría de pensar en él, en su

voz profunda, sus ojos cálidos y su gran amabilidad.

Se quitaría aquel peso de encima y podría pensar en otros asuntos. Así, podría volver a dormir tranquila. Además, Nadine debía conocer la verdad. Tenía que asegurarse de que su hermana supiera lo que había pasado, por si algo ocurría. Tenía que saber que Roxanne había metido la pata otra vez, y así la ayudaría a calmar su sentimiento de culpabilidad.

Su hermana se acercó a su hija, que tenía mejor aspecto después de recuperarse del catarro. Roxanne se parecía a ellas, con su pelo castaño y sus reflejos cobrizos, sus ojos verdes y su piel morena.

Rory cumpliría cinco años en breve. Acababa de salir del baño vestida con un pijama de conejos y el pelo mojado. Roxanne miró a su sobrina y sintió el tic tac de su reloj biológico.

Le aseguraría a Nadine que todo estaba bien; seguramente, así era. El riesgo de que su negocio se hundiera era cada vez más remoto. Además, hablar la ayudaría a aliviar su obsesión por Cade.

Roxanne colocó un paño de cocina en la puerta del horno y se secó las manos en sus pantalones vaqueros.

—Nadine —dijo decidida.

Nadine terminó de hacerle la coleta a Rory.

—Vete a la cama, ahora voy para allá.

Roxanne se acercó a su hermana, que estaba recogiendo la mesa. Respiró hondo y despacio e intentó hacerse con el suficiente coraje para llevar a cabo aquello.

—Necesito que me des tu consejo.

—Si se trata de un hombre, olvídalo —dijo Nadine—. Ya sabes lo que pasó entre nuestros padres. E incluso lo que nos ha pasado a nosotras.

Roxanne se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tenemos remedio. Yo soy una romántica frustrada, nuestros padres vivieron y murieron solos, y tú, querida, vives engañándote.

—¿Engañándome sobre qué? —preguntó. Debería haber leído el horóscopo de Nadine para ese día antes de preguntarle algo sobre lo que le daría un largo sermón. Lástima tener como hermana a una pesimista escorpio a la cual le encantaba dar charlas.

Roxanne agitó las manos para tratar de detener el sermón que se avecinaba. Desde la muerte de su madre, Nadine había asumido su papel de hermana mayor con demasiada insistencia. Siempre le estaba diciendo lo que debía hacer y lo que no.

—Yo estoy perfectamente —suplicó Roxanne cruzando los dedos tras la espalda—. No me incluyas en tu grupo.

—Vamos a ver —dijo Nadine con el dedo índice levantado —. Está Kevin, que te dejó porque no le hablabas.

—Kevin era un inmaduro.

—También está David, que te dejó porque no le dabas una respuesta ante su proposición.

—Me lo tenía que pensar.

Nadine levantó las cejas.

—No olvidemos a Steve, al cual dejaste un mes después de aceptar su proposición.

—Me equivoqué al aceptar su propuesta.

—Y por último está Aaron, al cual dejaste plantado en el altar porque no fuiste capaz de darle el «sí, quiero» —dijo Nadine y dobló el mantel.

Roxanne se mordió el labio.

—Hay una explicación perfecta para todo eso.

—Sí —dijo su hermana guardando las piezas y el tablero en la caja—. Te asusta el compromiso.

—No es verdad.

No tenía ningún problema para comprometerse. Había tenido muchas relaciones, pero ninguno de aquellos hombres había resultado el adecuado.

—Lo que tú digas —suspiró Nadine—. ¿De qué querías hablar?

—Es sobre el trabajo —dijo Roxanne sentándose y mirando a su hermana.

—No me apetece hablar de trabajo ahora. Las cosas están difíciles y las facturas no dejan de llegar. No debería haberme tomado la semana libre, debería haber intentado sacar algo de tiempo para trabajar.

—Es cierto —dijo Roxanne lentamente.

No debía contarle nada a su hermana, al menos no en aquel momento. Nadine tenía demasiadas preocupaciones y además, ya había acabado todo. No volvería a ver a Cade. Evitaría ir a aquel restaurante o aquel bar. Claro que siempre cabía la posibilidad de que Heather apareciese un día en la agencia completamente enfadada, pero no quería pensar en eso.

—Voy a buscar otro trabajo ahora que he conseguido poner en orden tu oficina.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Nadine.

—¿De veras quieres buscar otro empleo?

—No ganas lo suficiente como para tener que ocuparte de mí también. Además, me gustan los retos —dijo Roxanne ocultando su secreto.

—A mí también. Y ahora mismo mi meta es leerle un cuento a mi hija para que se duerma, a no ser que tú quieras hacerlo.

—¿Es uno de ésos en los que la princesa y el príncipe viven felices y comen perdices? —preguntó sintiendo un nudo en la boca del estómago.

—Sí, ya sabes, las cosas que sólo ocurren en los cuentos —dijo Nadine con la mirada perdida.

¿Acaso estaba pensando en que ella y su príncipe tuvieron juntos? ¿O en lo que había perdido por haberse casado tan joven? Quizá tuviera esperanzas en lo que el futuro le deparaba.

—De acuerdo —dijo dirigiéndose al cuarto de Rory.

Era mejor que Nadine no supiera el error que había cometido. No quería escuchar que había puesto en peligro el negocio sólo por salvar a un hombre de su destino, un destino llamado Heather.

Nadine estaba equivocada. Ella no tenía ningún problema con los hombres, salvo con uno que quería algo que ella no podía darle. Sacudió la cabeza. Ya nada importaba. Nunca más vería a ese hombre. Se aseguraría de que no la encontrara jamás.

Nunca volvería a ver a Cade. Una sensación de vacío la embargó. Qué estupidez, apenas lo conocía.

Era hora de olvidarse del pasado y seguir con su vida. Nunca más pensaría en Cade.

Capítulo 9

ESTÁS esperando algún paquete?

Roxanne se alisó la chaqueta gris que llevaba, dejando la cremallera abierta. Le gustaba la combinación de aquella camiseta de tirantes naranja con el chándal gris que acababa de comprarse en rebajas. Aquella prenda resaltaba las curvas de su cuerpo lo suficiente para demostrar que era una mujer. Se puso las zapatillas y se ató los cordones.

Le encantaba recibir correo, probablemente porque no era lo habitual. Cuando era pequeña le gustaba mirar el buzón todos los días, esperando correo de su padre, que nunca llegaba.

¿Un paquete? Era demasiado pronto para recibir la compra que había hecho el día anterior por Internet.

Le encantaba navegar en la red desde un rincón en su habitación. Antes era la habitación de Nadine, pero se la había dejado para poder dormir ella con Rory. Estaba encantada con el cambio. El ordenador era perfecto para pasar el rato y para olvidar a Cade.

Sacudió la cabeza. Tenía que seguir adelante, irse de la casa de su hermana, encontrar un trabajo y buscar una nueva vida. Y sabía que la única manera de no volver a estropear su vida era quedarse sola.

Se puso en pie y se colocó un gorro en la cabeza. Una sensación de vacío la embargó.

—Sí, imagino que será para mí —respondió a su hermana desde su habitación—. Enseguida voy. ¿Quién lo envía?

—Tendrás que venir a firmar el recibo. Parece que es de una galería.

Era el grabado que había comprado, el del edificio que parecía tocar el cielo y que los dos habían admirado aquella tarde en la galería. Al verlo, ella lo había imaginado diseñando un edificio así, mientras él no había dejado de soñar con un futuro junto a Heather.

Se quedó mirando fijamente la puerta de su dormitorio. No debería haber vuelto a la galería. Había corrido un gran riesgo, pero necesitaba algo que le recordase a él, algo más que una foto de él abrazado a Heather Moreton.

Dirigió la mirada hacía el libro que estaba en la cabecera de su cama. Ya no guardaba allí la fotografía de él, pero ya no le importaba.

Desvió la mirada de *El perfecto seductor* y abrió bruscamente la puerta saliendo al pasillo. Adelantó a Nadine, que iba a la cocina en camisón y zapatillas, con el pelo revuelto.

La televisión estaba encendida en el salón y se oían los sonidos típicos de los dibujos animados.

Roxanne llegó a la puerta y se quedó mirando al cartero.

Sintió una presión aguda en el pecho. Observó el paquete que aquel hombre sujetaba entre las manos, envuelto en papel marrón. Intentó disimular la excitación que sentía; al fin y al cabo, era tan sólo una fotografía.

La mujer de la galería no le había dejado llevarse la grabación hasta que la exposición finalizase. Sólo habían sido dos semanas, pero le había parecido una eternidad.

Roxanne abrió la puerta y allí estaba él, vestido con unos vaqueros, una camiseta de manga larga y un gorro que le cubría el rostro, un rostro que ella había pensado que nunca más volvería a ver.

—¿Cade? —dijo respirando hondo.

—Hola.

Una sensación maravillosa recorrió su cuerpo al oír aquella voz tan grave y profunda.

—¿Qué haces aquí?

Él se apoyó en la puerta. La camiseta marcaba sus perfectos hombros y su musculoso pecho.

—Trabajo en la galería como chico de los recados —bromeó—. Los sábados por la mañana hago repartos a las mujeres que salen corriendo sin ni siquiera dejar un zapato de cristal para que sus príncipes azules las encuentren.

La visión de Roxanne se nubló. Había dado con ella una vez más.

—Toma tu grabado. Por cierto, has hecho muy buena elección.

Ella asintió con la cabeza, su cerebro estaba a punto de estallar. Sujetó el grabado con fuerza. No sabía qué decir. ¿Qué podía hacer? Respiró profundamente.

—¿Cómo dices?

—Si el reloj no hubiera dado las doce para Cenicienta, hubieras conocido a la dueña de la galería, mi hermana —repuso Cade. Roxanne se estremeció al cruzarse la mirada con sus ojos

cálidos.

—¿Hermana? —repitió ella sintiendo cómo se esfumaba el poco control que le quedaba. ¡Qué tonta había sido! No había querido presentarle a Heather, sino a su hermana.

Podría haberse quedado en la galería más tiempo, a su lado, saboreando el sueño que nunca se haría realidad.

No. Había hecho lo correcto, era mejor haber escapado y haber terminado todo. Ya había dicho todo lo que quería decir, no había nada más que hacer.

Él sacó un bolígrafo de su bolsillo y le dio vueltas con su mano.

—Bueno, Cenicienta, ya que no me dejaste un zapato de cristal no puedo ofrecerte nada salvo…

—No es Cenicienta —dijo Rory asomando la cabeza desde el salón.

Cade posó la mirada sobre Rory. Después miró a Roxanne con los ojos abiertos en sorpresa.

Roxanne sabía perfectamente lo que se estaba preguntando, pero todavía no sabía qué decir. Sería muy fácil hacer que se fuera si le decía que tenía una hija, si creyera que Rory era de ella. Así no tendría que decirle adiós de nuevo.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te llamas? —dijo Cade dirigiéndose a Rory.

—Soy Rory.

Rory llevaba el pijama, tenía el pelo muy revuelto, cara de acabarse de despertar y ojos brillantes.

—¿Y quién es tu madre, Cenicienta o la Bella Durmiente? —dijo mirando a Roxanne.

Rory se rió a carcajadas.

—Mi mamá no está durmiendo —dijo señalando al pasillo —. Está en la cocina.

—¿Entonces quién es esta mujer tan hermosa?

—Es mi tía Rox —dijo Rory tocándose los labios y mirando fijamente a Cade—. Puedes quedarte con ella si quieres.

—¿De veras? —dijo Cade mirando a Rory con una sonrisa de oreja a oreja.

Roxanne abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Sentía mariposas en el estómago y le era imposible respirar, hablar e incluso pensar.

¡Qué vergüenza! Parecía como si su sobrina la estuviera echando. ¿Qué pensaría él del comentario que acababa de hacer Rory?

Pero ¿qué importaba ya eso? Todo había acabado. ¿Por qué estaba Cade allí? ¿Para torturarla aún más?

Roxanne posó la mirada en el cuerpo de Cade, que seguía en el umbral de la puerta. Tenía los nervios a flor de piel por la presencia imponente de él. Esta vez, no podía escapar.

—Sus zapatillas están arriba. Si quieres puedo traerte una —se ofreció Rory acercándose a la puerta.

—¿Una zapatilla? —repitió Cade irguiéndose nerviosa.

—Para que se lo pongas en el pie y así sepas si es la mujer de tu vida —respondió Rory con gran emoción.

Roxanne miró al techo en busca de ayuda. La situación estaba empeorando por segundos.

Cade revolvió el pelo de Rory, que se quedó prendada de su cálida mirada y su dulce sonrisa.

—No te preocupes, creo que me las puedo arreglar sin zapatillas.

—Bueno, pues continuad —dijo Rory, cruzándose de brazos.

Cade volvió a mirar a Roxanne y se arrodilló delante de ella.

Roxanne no podía creer lo que veía. No podía ser verdad. A lo mejor Cade había cambiado de idea sobre Heather y ya no pretendía volver junto a su prometida, sino conseguirla a ella.

Un sentimiento cálido recorrió su cuerpo. Aquel hombre tan especial había ido a verla. ¿Lo habría impresionado tanto como para que él no pudiera dejar de pensar en ella?

Cade miró a Rory y después a Roxanne. Recorrió con la mirada sus deportivas, sus pantalones grises y su camiseta naranja, que marcaba sus pechos.

—Normalmente está más guapa —dijo Rory tocando el hombro de Cade.

—Tomaré nota de eso —dijo él asintiendo con la cabeza.

Roxanne miró cómo él seguía arrodillado. Sentía cómo sus orejas se calentaban y sus mejillas ardían. Su mente intentaba pensar en otra cosa.

¿Qué estaba haciendo Cade?

—Muy bien, sigue así. Puedes hacerlo —dijo Rory con una sonrisa amplia.

Roxanne posó la mirada en Cade, en sus ojos cálidos y en su boca, que tantas cosas prometía. Estaba lista para aceptar lo que tuviera que decirle. Pero antes tenía que saber qué pretendía y tener garantías.

—Roxanne —dijo él con una voz profunda—, ¿quieres hacerme el honor de ir a dar un paseo conmigo?

Ella dejó escapar el aire de sus pulmones sintiendo cómo disminuía su confianza en sí misma. ¿Eso era todo? El papel de Romeo era parte de una actuación para entretener a Rory, nada más.

—¿Eso es todo? ¿No le vas a pedir que se case contigo? —preguntó Rory dando un paso hacia delante.

En aquel momento, Roxanne deseó que la tierra se la tragara.

—Pero eso sería ir demasiado deprisa. ¿No debería conocerla mejor primero? —dijo Cade acercándose a Rory—. A lo mejor luego no me gusta tanto.

—Tienes razón —dijo Rory poniéndose en su lugar—. Pero te gustará.

—¿Me gustará? —repitió él riéndose.

Rory asintió con emoción.

Roxanne contuvo la respiración mientras agarraba el picaporte de la puerta como si de ello dependiera su vida. Rezaba porque Rory dejara de avergonzarla tanto. Ya había tenido suficiente. No quería seguir en la puerta, no quería ir a dar un paseo, no quería tener nada que ver con todo aquello.

Había sufrido bastante en las últimas semanas, a pesar de que no se había encontrado con él, ni había dejado que los pensamientos traicioneros la dominaran.

Pero el tiempo transcurrido no había cambiado las cosas.

—Si, ella es encantadora —dijo Rory sonriendo a Roxanne—. Me ayuda a pintar, me lee cuentos y juega a las muñecas. Pero en verdad está loca.

—¿Cómo? —dijo Cade levantando una ceja y mirando a Roxanne con una sonrisa pícara.

Roxanne resopló. Rory había oído algunos comentarios últimamente, pero no sabía exactamente a lo que se referían. Roxanne colocó una mano en la boca de Rory para impedir que continuara hablando.

—¡Rory!

—No será tu princesa —dijo Rory tristemente, apoyando la mano en el hombro de Cade—. Aunque se enamore de ti, no se casará contigo. Ella no es tan valiente ni fuerte como mi mamá.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —murmuró Cade con voz ronca.

—Ella piensa que su príncipe la abandonará y que, cuando eso ocurra, su corazón se romperá en mil pedazos y morirá —dijo

Rory—. Lo mismo que le pasó a su mamá.

Capítulo 10

CADE caminaba tenso junto a Roxanne. Deseaba rodearla con su brazo, estrecharla entre sus brazos y asegurarle que todo iba a salir bien. ¿Acaso sería cierto?

¿Tendría razón Rory? ¿Acaso Roxanne alejaba de ella a los hombres para que no le rompieran el corazón?

Él miró a su alrededor. La calle estaba demasiado vacía para ser un sábado por la mañana. La calle estaba llena de coches aparcados. Probablemente todo el mundo estaba durmiendo mientras sus hijos veían dibujos animados en la televisión.

Igual que Rory. Nada más verla, había pensado que era hija de Roxanne. Los mismos ojos, el mismo color de pelo, y el mismo tono de piel. Si no hubiera visto a su madre primero, la hermana de Roxanne, habría quedado como un idiota halagando a Roxanne por tener una hija tan guapa.

Cuando Roxanne tuviera hijos probablemente serían igual que aquel angelito. Ella sería una gran madre. Era evidente que Rory la adoraba.

Cade se estremeció. No debería pensar en Roxanne de esa manera, ¿o quizá sí? No debería haberse arrodillado delante de ella. Pero había sido una sensación increíble, como la fantasía que Rory recreaba en su mente. Nada comparado a cuando le propuso matrimonio a Heather. Y eso que sólo lo había hecho para proponerle dar un paseo.

¿Qué le estaba pasando? Echó los hombros hacia atrás y sacó pecho. Lo que sentía por Roxanne era algo que no podía controlar y, por eso, le costaba reconocerlo.

No era así como lo habían educado. Si podía ver algo, analizarlo y asignarle una categoría, entonces es que era real. Ese principio le había servido en los negocios, con las mujeres y, por supuesto, con Heather.

Roxanne mantenía su ritmo al caminar. Aquel chándal disimulaba sus curvas. Aun así, Cade podía hacerse una idea de su cuerpo, de sus voluptuosas caderas, de la longitud de sus piernas, y, a través de la chaqueta entreabierta, de la forma tan exquisita de su pecho. Aquella mujer haría a cualquier hombre muy feliz.

Las palabras de Rory daban vueltas en su cabeza,

torturándolo. ¿Serían ciertos los comentarios que había hecho o sólo una consecuencia de lo que escuchaba en la televisión, en los cuentos o en las conversaciones de los adultos? De ser ciertos, sería muy difícil que pudiera solucionar sus problemas. No sólo tendría que ayudarla a tener más seguridad y confianza en sí misma, sino a vencer su miedo a los hombres. Era un trabajo hecho para él.

¿Acaso Roxanne y su hermana estaban condenadas a fracasar en sus relaciones por culpa del fracaso de sus padres?

—¿Dónde está el padre de Rory? —preguntó Cade a Roxanne, percatándose al instante de que era demasiado pronto para hacer ese tipo de preguntas tan personales.

—Sigue por aquí —dijo ella agobiadamente—. Se divorciaron hace seis meses y ahora se llevan muy mal.

Cade se metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Qué ocurrió? ¿Diferencias irreconciliables?

—La irresistible Deidre —dijo ella amargamente—. De profesión: secretaria y rompehogares.

—¿Y no pudieron solucionarlo? —preguntó él dándose media vuelta y parándose.

—Mi hermana sintió que tres personas en un matrimonio eran multitud —dijo Roxanne mordiéndose el labio inferior.

—¿Y él no dejó a Deidre? —preguntó él con curiosidad.

—No, aún siguen juntos —contestó Roxanne tristemente.

—Lo siento mucho.

Debía de ser horrible haber sido desplazada de esa manera.

—Yo también —ella lo miró con sus brillantes ojos verdes destellando—. Mi hermana es muy buena persona, aunque a veces un poco mandona, y Rory es un encanto.

—Es una niña entrañable, pero parece tener una idea equivocada del matrimonio y del amor —dijo él tragando saliva.

—Creo que tienes razón —dijo ella encogiéndose de hombros y dando un paso.

Rory debía de estar equivocada sobre su madre y su tía.

Él la siguió y la tomó de la mano. No se sentía así desde el instituto. No sabía qué decir para hacerla sentirse mejor y darle ánimos sobre su futuro. Los dedos finos de Roxanne presionaron su mano. Sus dedos se entrelazaban con los suyos. Mientras caminaban de la mano, él sentía su pulso.

El silencio se hizo entre ellos. Cuánto más la conocía, más deseos sentía de ayudarla. Era un día de primavera en los que el sol brillaba con fuerza. Se aproximaron a un parque lleno de niños, rodeado de casas preciosas. Pero todo eso era secundario. Lo

principal era sentir la mano de ella, el roce de sus pieles.

Cade la imaginó con el vestido rojo, el mismo que llevaba el día en que se la había encontrado por sorpresa. Recordó la conversación sobre los canelones, la voz suave y dulce de ella, el aroma a vainilla, sus preciosos ojos verdes, sus labios sensuales, su tersa piel cuando la besó en la frente… Aquella mujer era un tesoro, pero no para él.

Giraron la esquina, ya estaban de vuelta en la calle de ella.

Se le acababa el tiempo. Tenía que decir algo, lo que fuera.

—Me gusta lo que llevas —dijo él arrepintiéndose al instante; debería haber dicho algo sobre los alrededores, la arquitectura, el tiempo…

Volvió a recrear la noche en la que se habían conocido. Inolvidable.

—¿Te refieres a esto? —dijo ella soltando su mano y abriendo los brazos—. No es precisamente el vestido que lleva Cenicienta —comentó sonriente.

—¿Tú crees en los cuentos?

—No, por supuesto que no —dijo ella mirándolo y cruzándose de brazos.

—¿Por qué no? ¿No te mereces un príncipe azul y un final feliz?

—Por supuesto que merezco uno —dijo ella—. Pero no me creo todo lo que pasa en los cuentos.

Cade carraspeó. Aquello no se lo podía discutir.

—Puede que no existan los príncipes, pero habrá un hombre que te querrá tanto como te mereces.

—Encontrar a alguien con el que pasar el resto de tu vida es una casualidad, cuestión de suerte.

—¿Tú tienes suerte?

—No exactamente —dijo ella sonriendo.

Cade sintió un nudo en el estómago al pensar que ella parecía haberse dado por vencida en el amor. Se acordó de lo optimista que le había parecido la noche en que la conoció en el bar. ¿Era culpa de él? Esperaba que no.

¿Acaso la niña tenía razón? ¿Había dejado de intentar ser feliz? ¿De verdad pensaba que estaba condenada al fracaso?

—Cuéntame algo sobre tu madre —dijo él sin pensárselo dos veces.

—No hay mucho que contar —respondió ella desviando la mirada—. Mi padre nos abandonó cuando yo era una niña. Ella se quedó muy triste, se pasaba el día llorando y después enfermó.

—Y murió.

—Sí.

—¿Porque se le partió el corazón? —preguntó él cuidadosamente mientras miraba como ella abría la puerta de fuera.

Roxanne se giró hacia él mirándolo fijamente con sus preciosos ojos verdes.

—De eso trata el amor ¿no?

—No, el amor trata de… —dijo él sacudiendo la cabeza.

—¿De qué? ¿De tener almas gemelas? ¿Paseos largos, compartir sueños y ambiciones? —preguntó ella apretándose los labios—. ¿De disfrutar de un sexo estupendo? ¿De querer a alguien más que a uno mismo? ¿De tener a alguien con quien compartir tu vida y tener hijos?

—Todo eso —dijo él lentamente.

¿Tenía él algo de eso con Heather? Salían a cenar a restaurantes buenos y tenían una gran amistad. Ella era cálida y dulce con todo el mundo, y a todos les gustaba mucho. Pero nunca habían tenido algo profundo.

Cade tragó saliva, llegando a una conclusión: Heather y él no tenían nada especial.

Había observado la relación de sus padres y la de sus amigos, y había tratado de hacer las mismas cosas que ellos en su relación con Heather.

Pero ¿qué pasaba con el resto de las cosas? Las cosas de las que Roxanne estaba hablando, el tipo de detalles ocultos para los que ven la relación desde fuera. Él no tenía esas cosas con Heather. ¿Vendrían más tarde? ¿O deberían estar desde el principio, en cada cosa que hacían y decían?

No tenía nada de eso con Heather, tan sólo había procurado hacer las cosas que veía que hacían otros enamorados.

¿Pero era eso el amor? ¿Sabía lo que era el amor?

Se pasó la mano por el pelo. Había estado muy cerca de cometer el mayor error de su vida. Suspiró profundamente. Heather. Ella sentiría que algo faltaba, que no se complementaban. Probablemente ése sería el motivo por el que había sacado sus propias conclusiones cuando lo informaron de su supuesto engaño. Ella se habría dado cuenta antes que él de que algo no funcionaba bien en su relación. En vez de vivir pretendiendo que todo iba bien como hacía él, ella había decidido que era mejor acabar con las dudas de otra manera, sin importarle si lo que le habían dicho era verdad o no.

Sintió un nudo en el estómago. Tenía que arreglar las cosas

con Heather. No podía dejar que creyera que no era maravillosa o que él le había sido infiel. O peor aún, que pensara como Roxanne, que confiar y amar a un hombre sólo la iba a hacer sufrir. De ninguna manera.

Dirigió una mirada penetrante a los brillantes ojos verdes de Roxanne. Deseaba poder poner fin a su sufrimiento tanto como estrecharla entre sus brazos.

Cade dio un paso hacia atrás. Acaba de darse cuenta de que el deseo que sentía de estar con Roxanne no era para arreglar las cosas con Heather, sino porque se sentía bien junto a ella.

¿A eso se le llamaba ser honesto? ¿Era amor lo que sentía?

Se acercó a Roxanne, tratando de controlar sus sentimientos y de ignorar el fuego que ardía en su pecho por la bella mujer que tenía frente a él.

—El amor es desear madurar junto a la persona elegida, alguien que esté dispuesto a quererte hasta la muerte —dijo él lentamente.

—Cade —susurró ella.

Al oír su nombre pronunciado por aquellos labios, Cade se estremeció.

¿Amor?

Se acercó aún más a ella y acarició con un dedo su mejilla. Después, acarició su cuello y sus sedosos cabellos, consciente del deseo que ardía en su interior.

—¿Sabes qué es lo que quiero? —preguntó Cade. Quería descubrir si ella deseaba lo mismo que él.

—Creo que sí —dijo ella mordiéndose el labio y mirando el suelo nerviosa—. Pero creo que no es una buena idea.

Cade la tomó por la barbilla y levantó su cara. Se imaginaba un futuro con ella, compartiendo la cama, paseando de la mano, disfrutando de cenas íntimas y teniendo unos hijos que serían preciosos, como Rory.

—Haré lo que sea para conseguirlo.

Se le había presentado la oportunidad de ser feliz en la vida y casi la había dejado pasar por estar ciego.

—Ya me he dado cuenta —dijo ella mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Eso está bien.

Cade acarició la mejilla de Roxanne, siguiendo con el dedo el dibujo de su cara. Su piel era suave como la seda. Era evidente que había química entre ellos y sintió cómo le hervía la sangre. La rodeó con el brazo para atraerla hacia él, con la mirada fija en sus

labios, que tanto deseaba besar.

Era una mujer impresionante. Había sentido curiosidad por saborear sus labios desde el primer momento en que la había visto. Pero en aquel momento no era un hombre libre y había apartado de su cabeza el deseo y la atracción que sentía por ella.

Pero ahora todo era distinto.

No había sido del todo honesto ni con Heather ni consigo mismo. Y ya era hora de ser honesto, porque no podía negar lo que sentía.

Roxanne estaba muy nerviosa. ¿Qué estaba haciendo Cade?

No pudo por más que mirar su boca y cómo se estaba acercando a la suya. Sus ojos brillaban llenos de deseo. Roxanne contuvo la respiración y cerró los ojos. Aquello no podía ser real. No cuando él acaba de decir que haría lo que fuera para que ella hablara con Heather. ¿O acaso se había referido a otra cosa?

¿Le haría daño dejarse llevar por la tentación?

Sus bocas se fundieron. Él besaba con gran destreza y Roxanne se dejó llevar por la sensación del roce de sus labios, saboreándolos. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Cade la rodeó con sus brazos, estrechándola contra su pecho. Roxanne cedió a las pocas reservas que le quedaban.

Lo deseaba, quería que Cade continuara abrazándola y besándola.

Roxanne se aproximó a él, rodeándolo por la cintura, ofreciendo sus labios y rindiéndose ante él y ante los ardientes deseos que recorrían sus venas.

Cade la besó apasionadamente, haciéndole sentir una pasión que nunca antes había conocido, una pasión primitiva. Bajó las manos hasta las caderas de Roxanne y cuidadosamente recorrió sus curvas, como memorizándolas, acariciando con los dedos sus pechos, haciéndole desear su cuerpo desnudo contra el suyo, sus labios contra su piel, piel contra piel…

Ella dejó su mano sobre el pecho de él, sintiendo el latido tan acelerado de su corazón.

De pronto, ella se separó, sintiéndose culpable.

—Cade —susurró mirándolo a los ojos.

Tenía que contarle la verdad. Merecía saberlo todo. Era injusto jugar con sus sentimientos. Todo estaba basado en una mentira y ella sabía que ésa no era la forma de iniciar una relación. No si querías que durase, y ella quería que así fuera.

Ella quería tenerlo para siempre.

¿Por quién latía su corazón, por ella o por otra? ¿Acaso estaba confundido, con el ego dolido y ella era su alivio?

¡Qué típico! Siempre le ocurría lo mismo con los hombres, siempre acababa todo en desastre.

¿Cómo podía olvidarse de que estaba condenada a ello? No importaba lo que ocurriese, lo que ella hiciera o dijera, siempre ocurría lo mismo.

No podía hacer nada para cambiar la cruda realidad. El corazón de Cade nunca la pertenecería.

Capítulo 11

QUÉ DEMONIOS ocurre? —aquella voz puso fin al tenso silencio.

Roxanne respiró hondo quitando la mano del pecho de Cade.

Nadine y Rory estaban en la puerta.

—¿Quién demonios eres tú?

—Él es el príncipe azul y ella es Cenicienta —dijo Rory señalándolos—. Ella no llevaba un vestido largo, pero él dijo que no importaba.

—¿Cómo? —dijo Nadine frunciendo el ceño.

Rory avanzó unos pasos tocando a Roxanne con sus finos dedos.

—Mami —dijo la pequeña señalando a Cade—, él es el príncipe que la va a rescatar.

—¿Rescatar de qué? —dijo Nadine levantando la voz.

—No lo sé —dijo Rory encogiéndose de hombros.

Roxanne se acercó a ellas, ruborizada. Se sentía como si hubiera sido descubierta por su madre.

—Nadine, él es Cade Taylor Watson. Cade, ella es mi hermana.

—Es el hombre que te trajo el paquete —dijo Nadine atropelladamente, mirándolo como si fuera un alienígena.

—Sí, así es —repuso Roxanne suspirando. Él era mucho más que eso, pero no sabía por dónde empezar para explicárselo.

No sabía muy bien lo que había ocurrido, ni qué hacer al respeto.

—¿Tan desesperada estás? —dijo Nadine en voz baja agarrando a Roxanne de la camiseta y acercándola.

—¡Nadine! —exclamó Roxanne sintiéndose avergonzada. Ahora su hermana lo empeoraría todo.

—Aunque he de reconocer que es muy guapo —dijo Nadine empujando suavemente a Rory hacia el interior de la casa. Pero la niña no dejaba de observar al hombre.

—Te meterás en problemas.

—Encantado de conocerte Nadine —dijo Cade ofreciendo su mano—. Sé que quieres lo mejor para tu hermana. Yo también quiero lo mismo para ella.

¿Ah, sí? Roxanne lo miró fijamente. Su cabeza daba vueltas. Probablemente era cierto. Él había intentado ayudarla desde el momento en que se habían conocido, pero ¿cómo podía ayudarla a través de aquellos besos?

—Pero si la acabas de conocer —dijo su hermana enojada, cerrando la puerta para que Rory no los oyera.

—La verdad es que nos conocimos hace unas cuantas semanas —explicó Roxanne haciendo gestos a su hermana para que se callara. Pero eso era más difícil que pedirle a una mosca que dejase de volar.

—¿Os conocisteis cuando Rory estaba enferma? —preguntó Nadine mirando severa a Roxanne—. Yo pensaba que no hacías más que trabajar.

—No ocurrió en el trabajo —dijo Cade encogiéndose de hombros—. ¿En qué trabajas?

Roxanne sintió cómo su corazón latía con fuerza.

—Eso no tiene importancia. Lo que importa ahora es que le demos un poco de leche y galletas a Rory —repuso Nadine, abriendo la puerta—. Luego seguiremos hablando.

Roxanne sintió que el corazón le latía con fuerza. Su hermana acababa de entrar en casa y confiaba en que no dijera una palabra más. No podía dejar que Cade se enterase de lo que hacían, de su trabajo, de lo que Heather le había hecho.

Sujetó la puerta y siguió los pasos de su hermana, dejando atrás a aquel apuesto hombre sorprendido, con los ojos abiertos como platos. Se sentía confusa por el beso y por aquella estúpida conversación en la que había participado su hermana y que casi la había llevado al tema que había estado evitando.

—¿Puedo verte esta noche? —preguntó Cade dando un paso hacia ella.

—Yo… —balbuceó.

Su mente daba vueltas. Aquello era muy difícil. Se tocó los labios, todavía ardientes. Él se arrepentiría de haberla besado. O aún peor, él necesitaba una chica para recuperar su ego y olvidarse de la bruja de Heather, y ella era esa chica.

No. No era el estilo de Cade.

—Te haré la cena, algo rico —dijo él con aquella mirada tan sexy—. Así podremos hablar.

Necesitaban hablar tanto como ella necesitaba que la tomara en sus brazos de nuevo para volver a sentir por última vez esa química que había entre ellos, antes de que lo más preciado que le había pasado en la vida se terminase.

Ella agarró fuertemente la puerta de madera intentando resistir la tentación.

—Bien —suspiró ella sin saber lo que decía.

Él le dirigió una sonrisa cálida ofreciéndole su tarjeta de visita.

—Mi dirección está en el dorso. ¿Te parece bien a las ocho?

—De acuerdo.

Roxanne se metió en casa cerrándole la puerta al hombre más guapo y amable que jamás había conocido y besado. Era lo más parecido a un príncipe azul.

Se apoyó contra la puerta pensando en cómo se habían complicado las cosas hasta el punto de que él llegara a su puerta. ¿Aún querría que ella le dijese a Heather que nada había ocurrido? ¿O querría otra cosa?

Se tocó los labios. Aquellas sensaciones significaban algo, pero ¿podría confiar en sí misma esta vez? ¿Podía confiar en él?

Roxanne cerró los ojos recreando los maravillosos minutos que había pasado entre sus fuertes brazos, acariciada por sus cálidas manos y besada por sus sensuales labios.

Tenía que resolver sus problemas con los hombres. No podía dejar escapar esta oportunidad con Cade.

Se mordió el labio. ¿Cuánto duraría aquella relación si ella le contase la verdad?

De pronto, alguien le quitó la tarjeta de sus manos.

—¿Es ésta la dirección de su palacio? —dijo Rory mirando la tarjeta.

—¿Cómo? —dijo Nadine con los brazos cruzados. Su silueta, sus pantalones desteñidos y su jersey de deporte no acompañaban su presencia. Estaba lejos de ser una mujer feliz.

—Tía Rox va a ir al baile, ¿verdad? ¿Voy por tus zapatos? —dijo Rory soltando la tarjeta en el aire y aplaudiendo.

—Por el momento, no —dijo Roxanne suspirando al ver cómo la tarjeta tocaba el suelo—. Ve a jugar con las muñecas un rato, Rory. Tu mamá y yo necesitamos hablar.

—De acuerdo —respondió Rory corriendo por el pasillo.

Roxanne dirigió la mirada a su hermana mayor. No le cabía duda del interrogatorio que la esperaba. Desde que Nadine fue engañada por su marido siempre estaba pendiente de la vida amorosa de Roxanne, o más bien, de su carencia.

—¿Qué esta ocurriendo? —preguntó Nadine con los brazos en jarras y el ceño fruncido—. ¿Cómo tuviste tiempo para conocerlo

si estabas trabajando? ¿O acaso lo conociste trabajando? ¿En nuestro trabajo? ¿En mi trabajo?

Roxanne entró en el salón y retiró dos libros y un peluche del sofá para sentarse.

—Sí, así fue —respondió mirándose las manos.

—¡Dispara! —dijo Nadine moviendo la mano en círculos.

Roxanne respiró hondo, intentando disimular el miedo que sentía.

—Su prometida me pagó para ver si él le era infiel.

—Pues es obvio que estaba en lo cierto —dijo su hermana haciendo una mueca.

—Bueno, sí y no —dijo Roxanne evitando encontrarse con la mirada de Nadine.

—¿Sí y no? ¿Qué quiere decir eso? ¿Era o no era infiel? ¿Acaso intentó algo contigo? —preguntó Nadine cruzándose de brazos.

—Esa mujer era una bruja —afirmó Roxanne colocando las revistas y libros de la mesa.

—¿Grabaste las insinuaciones de él en vídeo y se las enseñaste a su prometida para que viera que él era capaz de serle infiel? —preguntó Nadine.

—No quería estropear la cámara —contestó Roxanne encogiéndose de hombros.

—Dime que conseguiste alguna prueba —dijo Nadine acercándose con gesto de preocupación.

Roxanne sentía seca la garganta. Podía ver cómo el negocio de su hermana se hundía por su culpa.

—Yo tenía una grabadora —dijo Roxanne levantándose—. Y aunque él no intentó nada, su prometida quería oír que le había sido infiel y que había pasado algo entre nosotros.

—¿Cómo?

—Y ahora él quiere que yo hable con su prometida y le diga que él es inocente —continuó Roxanne acercándose a la ventana.

No sabía si todavía quería que lo hiciera o si la quería a ella.

—Pero él no es inocente, ¿verdad? —preguntó su hermana con firmeza.

—Bueno… —Roxanne no podía mirar a Nadine.

Las exageraciones que le había contando a Heather torturaban su cabeza más que nunca.

—Pero él intentó algo contigo, ¿verdad? —dijo Nadine casi

gritando—. Por favor dime que él intentó algo y que ahora quiere que mientas para seguir adelante con la boda.

Roxanne miró al techo. Necesitaba ayuda, algo que la distrajera. Deseaba que la tierra se la tragara para no tener que soportar la mirada enojada de su hermana.

Había llegado la hora de contarlo todo. Se giró hacia su hermana.

—No, él no intentó nada.

La cara de Nadine estaba desencajada, sus mejillas encendidas.

—Pero… él está contigo. He visto lo que estaba haciendo contigo ahí fuera y eso no es precisamente ser fiel.

—No, pero es por culpa mía. Él cree que necesito la atención y el apoyo de un hombre —dijo Roxanne sacudiendo la cabeza.

—¡Y es cierto!

—No —dijo Roxanne agitando las manos en el aire—. Él quiere que recupere mi confianza y tenga citas porque cree que estoy sufriendo mucho debido a mi última relación.

—¿Que estás sufriendo? —dijo Nadine con tono de disgusto—. ¡Pero si acabas de aceptar una cita con él!

Roxanne volvió al sofá y se dejó caer sobre él.

—Él sólo quiere ser amable.

—Estás ciega y eres idiota —dijo Nadine siguiéndola hasta el sofá—. No puedo creer que seas tan idiota. ¿Cómo has podido engañar a una clienta? Y ahora, ¿crees que él está siendo amable invitándote a salir? Espabílate y despierta, ya es hora de que dejes de creer en lo que dicen o hacen los hombres.

—Le voy a contar la verdad mañana —dijo Roxanne sacudiendo la cabeza.

—¿Qué verdad? —preguntó Nadine.

—Que lo exageré todo porque su prometida quería creer que él le era infiel.

De esa manera, Cade se libraría de Heather y podrían explorar la química que sentían el uno por el otro. Claro que antes tendría que perdonarla.

—¿Por qué quieres contarle la verdad? ¿Para arruinar mi negocio? ¿Te imaginas cuánto costaría su boda? Me llevaría diez años pagar el dinero del depósito solamente. ¿Y pusiste todo en peligro sólo porque creías que ella no era lo suficientemente buena para él?

Roxanne se mordió el labio. Pensándolo de esa manera era

muy duro.

—Pero no puedo dejarlo solo con el problema, él es inocente.

—Pero por Dios, piensa un poco —dijo Nadine recogiendo los juguetes—. Hace unos minutos estaba siendo infiel a su prometida. Te está manipulando. Lo que él quiere es que hables con su prometida y reconozcas tu error, para luego denunciarte por tu falta de profesionalidad y por ser una mentirosa. Te denunciará por arruinar su vida.

Sintió las palabras de Nadine como puñales. Quizá fuera cierto y él tan sólo sentía lástima por ella y la besaba para ayudarla a recuperar su confianza. Aunque a lo mejor lo único que quería era estar con ella y no con Heather.

—Eso es discutible.

—¿Cómo?

—Él cree que mi corazón está roto —comentó suavemente intentando confiar en él—. Y sólo pretende ser amable conmigo y ayudarme.

—Pues está haciendo un pésimo trabajo —dijo Nadine dejando los juguetes en una cesta y sacudiendo la cabeza—. Lo que está haciendo, rodeándote con sus brazos para consolarte, es porque probablemente sólo tiene una cosa en la cabeza, como todos los hombres. ¡Típico!

—Él está lejos de ser como los demás —afirmó Roxanne intentando sonreír.

Se tocó el labio y una sensación cálida y mágica la inundó. Él era diferente al resto de los hombres que había conocido.

—¿No lo quieres, verdad? —dijo Nadine mirándola fijamente.

—Por supuesto que no —dijo Roxanne riéndose—. De ninguna manera, sabes bien que yo no me enamoro fácilmente.

De ninguna manera. Después de que su padre abandonara a su madre y la dejara sola y sufriendo y de que su hermana fuera abandonada con una hija, había jurado que nunca se enamoraría. Lo peor era que su madre había pensado que todo iba bien hasta que su padre la dejó. No era justo.

Nunca sería como su madre. ¿Quién querría exponerse a ese sufrimiento?

Odiaba a los hombres, a todos, excepto a Cade. Él parecía diferente. Pero ¿y si Nadine tenía razón? ¿Qué ocurriría cuándo él supiera la verdad? ¿Qué otra razón tendría para querer encontrarla? ¿Podría ser sólo porque quería estar con ella? Probablemente no.

—¡Estás enamorada de él! Está escrito en tu cara —dijo Nadine mirándola cara a cara.

Roxanne se mordió el labio. No podía estar enamorada, no de Cade Taylor Watson.

—Eres una romántica empedernida. ¿Crees que salvaste al príncipe de las garras de la bruja para que así él se enamorase de ti? Venga, Roxanne, despierta, sabes que va a acabar mal, siempre pasa lo mismo —dijo Nadine tomándola de la mano.

¿Se habría convencido a sí misma de que él sentía algo por ella? Tenía todo lo que quería en un hombre y estaba dispuesta a arriesgarse por él.

—¿Qué hace un hombre besándose con una mujer cuando está a punto de casarse con otra? —dijo Nadine poniéndose en pie.

—No lo sé —dijo Roxanne.

Su mente daba vueltas con todas aquellas ideas. ¿Habría interpretado mal la situación por su propio bien? ¿Tan desesperada estaba? ¿Sería ella la bruja que había separado al príncipe de su verdadero amor?

Con la mala suerte que tenía, probablemente ése fuera el caso.

Nadine apretó su mano.

—Él te está utilizando, o quizá lo estés utilizando tú a él —dijo Nadine sacudiendo la cabeza—. Tienes que acabar con este desastre, ¿de acuerdo? Si no, te va a hacer daño, como Bob a mí, o como papá a mamá. Acaba con todo antes de que sea muy tarde y si puedes mantener mi negocio al margen, te estaría muy agradecida.

Roxanne asintió con la cabeza. El sentimiento de culpa la embargaba. Nadine tenía razón. No tenían futuro y arriesgar el negocio de su hermana por un sueño era una locura.

Una cosa que las dos sabían era que no podían confiar en los hombres.

Nadine se sentó junto a ella rodeándola con su brazo.

—Si él está pasando tanto tiempo contigo para conocer la verdad, es porque debe de estar muy enamorado —dijo Nadine en tono amable.

—¿De quién? —susurró Roxanne.

—De su prometida. Él está pasando por todo esto para probar su inocencia, cuando cualquier otro hombre habría intentado recuperarla con el romanticismo de los libros, con cenas íntimas, lugares elegantes, regalos caros y tonterías de ese tipo.

Roxanne sentía cada vez más abatida. Su hermana tenía razón. Pero aquello no explicaba la intensidad de aquel beso. A no

ser que él estuviera preparado a hacer lo que fuera por obtener el resultado que quería.

Aquel beso probablemente fuera culpa de ella y de Rory, y de tanto estúpido cuento de hadas.

—Pobrecita, no tienes nada de suerte en el amor —dijo Nadine abrazándola.

No había manera de olvidarse de todo aquello. El dolor la consumiría. Sólo quedaba una cosa por hacer: despertar de su sueño. Los finales felices no eran para ella, ni para su madre ni Nadine. Ellas vivían en el mundo real.

Capítulo 12

UN DELICIOSO aroma a comida inundaba el apartamento. Cade encendió y apagó el equipo de música tres veces porque no quería que Roxanne sacara una conclusión errónea. No quería que nada saliera mal.

Aquel beso había sido mágico. El roce con sus labios había disparado sus sentidos y le había mermado lo poco que le quedaba de sentido común.

Era una mujer increíble. Quería estar con ella. No sabía cómo ni por qué, pero de una cosa estaba seguro: era su mujer ideal. Aquella idea había saltado a su cabeza, alimentando su deseo y llenando su mente de sueños acerca de un futuro que nunca antes había pensado posible.

Nunca había creído en las casualidades, al menos no antes de Roxanne. Sus ojos increíbles, sus suaves labios… Estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta para que olvidara al bastardo que le había roto el corazón.

Llevaba puesto un polo azul con pantalones negros, un aspecto informal a la vez que cuidado. Miró hacia la cocina. Todo estaba listo.

Todavía estaba asimilando el error que había cometido asumiendo que Heather y él hacían una buena pareja. Ella era maravillosa, pero ahora lo veía todo desde otra perspectiva. El deseo de conocer mejor a Roxanne era insaciable.

Los golpes en la puerta lo sobresaltaron.

Ya estaba allí.

Se pasó la mano por el pelo y se dirigió hacia la puerta con el pulso acelerado. No podía ignorar lo que sentía ahora que acababa de descubrir lo que de verdad buscaba en una pareja.

Ella era una amiga, un misterio, una necesidad para sus sentidos que no hubiera podido explicar y mucho menos entender quince días antes.

Lo que había tenido con Heather no era nada comparado con aquello. Aquello debía de ser lo mismo que sus padres habían tenido. Era lo que hacía que el mundo girara, aquella sensación de fuegos artificiales de la que tanto había oído hablar. Deseaba gritarlo a los cuatro vientos.

Había estado ciego, pero ahora lo veía todo claro y no estaba dispuesto a perder ni un minuto más para disfrutar de aquella magia.

Abrió la puerta. Roxanne llevaba un sencillo top negro brillante y una minifalda negra que acentuaba cada una de las curvas de su perfecto cuerpo, marcando la forma de su cintura y de sus caderas, tentándolo.

Su cabello castaño brillaba bajo la luz, desprendiendo reflejos rojizos, y lo llevaba recogido en una coleta.

—¡Roxanne! —exclamó Cade, conteniendo el impulso de tomarla entre sus brazos.

Respiró hondo. Tenía que ser paciente y controlarse. Tenían todo el tiempo del mundo. Esperaría una señal por su parte de que estaba interesada en él tanto como él lo estaba por ella.

Tenía que ir lentamente y hacerlo todo bien. Le habían hecho daño y no quería que se sintiera obligada a nada. Esperaría y disfrutaría de cada momento que pasara en su compañía.

—Cade —respondió Roxanne, manteniendo los brazos pegados a su cuerpo. Sus ojos se encontraron con los de él y sintió que su garganta se quedaba seca. No había pensado que le resultaría tan difícil volver a verlo sabiendo que había llegado el momento de decirle adiós.

No debería haber ido, pensó. Debería haberlo llamado por teléfono o haberle mandado una carta en lugar de enfrentarse a él cara a cara. Verlo otra vez suponía una tortura. Estaba tan guapo…

Encogió los dedos en la palma de su mano, aquélla con la que esa misma tarde había sentido los latidos de su corazón, un corazón que pertenecía a otra y con el que había dejado volar su imaginación ante la posibilidad de que fuera suyo.

Nadine tenía razón. Tenía que mantener los pies sobre la tierra. Cade no era para ella y nunca lo sería.

Respiró hondo y percibió el olor a ajo, cebolla y tomate.

—¿Comida italiana?

—Pizza —respondió él dando un paso atrás e invitándola a pasar con la mano.

Roxanne entró en el apartamento con una bolsa en la mano.

—¿Has hecho pizza?

—Bueno, yo lo único que he hecho ha sido una llamada —dijo él encogiéndose de hombros. La miró y metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. Las tareas domésticas me suponen un reto, aunque creo que no soy el único. Tengo entendido que hasta

los príncipes azules encargan la comida.

—¿De veras? —dijo Roxanne dejando el bolso en la mesa y esbozando una sonrisa. ¿Cómo era posible que la hiciera sentirse cómoda tan rápidamente?

Entró en el salón y miró a su alrededor. El apartamento era enorme. El suelo era de mármol y había alfombras blancas colocadas estratégicamente por la habitación, separando los diferentes ambientes. Unos cuantos cojines rojos descansaban en dos enormes sofás de terciopelo entre los cuales había una gran mesa de centro de cristal.

Las cortinas venecianas de color blanco estaban cerradas, dejando que las lámparas de pie de los rincones emitieran luz hacia el techo como si de grandes tulipanes se tratara.

—No tienes aspecto de que te gusten las labores domésticas —dijo ella.

La mayoría de los hombres no tenían una casa tan bien decorada y ordenada.

Él se encogió de hombros.

—Una señora viene a hacer la limpieza.

—¿Y la decoración? —preguntó ella, y se acordó de Heather, quien probablemente se habría ocupado de arreglar aquel lugar para él y, había que admitirlo, había hecho un fantástico trabajo.

—Ha sido cosa mía —afirmó Cade—. Recuerda que soy arquitecto. ¿Te gusta?

Roxanne le dirigió una larga mirada, tratando de disimular la satisfacción que sentía al saber que no había sido cosa de Heather.

Como arquitecto, seguramente sabía algo sobre equilibrio, color, gusto… y no sólo de los detalles técnicos de cómo mantener un edificio en pie.

—Estoy impresionada.

Él sonrió y se dirigió a la cocina por un lado del salón, a través de un pasillo que parecía dar acceso a varias habitaciones del piso de arriba.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo ahora?

Había una caja de pizza sobre el impecable mostrador blanco que abarcaba toda la longitud de la cocina. El fregadero y el horno estaban al otro lado.

Ella se mordió el labio. El imaginarse sentada a la mesa con el hombre más guapo del mundo, sabiendo que todo era una mentira, era demasiado para ella.

No podía hacerlo. Hacía tiempo que había dejado de engañarse a sí misma. Había sido cuando llamó a Aaron a su teléfono móvil mientras se alejaba de la iglesia. Sabía que nunca podría llegar al altar ya que nunca podría confiar en un hombre lo suficiente para dar el paso decisivo.

Se alegraba de que Nadine se lo hubiera recordado antes de que acabara enfrentándose a otro desastre.

Roxanne no pudo evitar contemplarlo mientras le ofrecía uno de los taburetes metálicos. Deseaba estar con él un rato más y dejarse llevar por sus fantasías una última vez.

Sentía que aquella mentira la oprimía haciéndole más difícil respirar. No había nada más para ella allí, excepto problemas. Sólo había una razón por la que había ido.

Se colocó frente a él con las manos entrelazadas.

—Cade, tenemos que hablar. No puedo mantener esto por más tiempo.

Cade relajó la expresión de su rostro y sus ojos centellearon.

—Sé a lo que te refieres.

Ella suspiró, aliviada.

—¿Podemos hablar honestamente de nuestros sentimientos?

—Me encantaría que lo hiciéramos —dijo él en tono suave mientras se acercaba a ella.

Roxanne tragó saliva mientras la temperatura de su cuerpo iba en aumento.

—¿Podemos decir lo que realmente pensamos y dejar de evitar la verdad?

Él se acercó más.

—Desde luego. Imaginemos que todo cuanto nos sucedió antes no pasó en realidad y que no tiene nada que ver con el aquí y ahora.

Aquello parecía una buena idea. Aquel beso había sido un error.

—Debemos quedarnos sólo con lo bueno.

—Sí, yo también pienso lo mismo.

Ella asintió. Hablar estaba bien. Así él tendría la oportunidad de explicar el motivo por el que la había necesitado y de esa manera poder contarle a Heather la verdad sobre aquella noche.

Ella levantó la barbilla.

—Sí. Y Heather…

Quizá debería hablar con aquella mujer y explicarle lo mucho que él la amaba para que las cosas entre ellos se arreglaran. Eso estaría bien, porque la idea de Cade y ella juntos era tan sólo una ilusión, un sueño que nunca se haría realidad.

Cade se detuvo frente a ella y la miró con ternura.

—Se ha acabado.

Ella cerró los ojos.

—Me lo imaginaba.

¿Por qué Heather? Ella no lo merecía, pero si él la quería, ¿quién era ella para oponerse? Su experiencia en el amor y las relaciones era un desastre.

Aun así, Cade tenía derecho a saber que aunque Heather no se diera cuenta de lo maravilloso que era, otras mujeres sí lo harían.

¿Encontraría otra mujer como Heather?

Roxanne levantó la barbilla y sus miradas se encontraron.

—Cade, tengo que decirte algo: eres el hombre más maravilloso que he conocido nunca —dijo ella. Sus ojos derrochaban una intensa calidez que la hicieron estremecerse. Él abrió la boca y Roxanne lo hizo callar poniendo un dedo sobre sus cálidos labios. Tenía que decir aquello antes de irse, antes de que se rompiera la magia y se esfumara el sueño que albergaba en su corazón—. Desde el primer momento en que te vi, me sentí atraída por tu amabilidad, tu simpatía, tu sentido del humor y tu arrebatadora sonrisa.

—Roxanne —susurró él, y besó sus dedos.

—Cade… —sentía un nudo en la garganta. Su brazo se estremeció por aquel beso de despedida—. No me lo estás poniendo fácil. Lo que intento decirte es que…

Él la estrechó entre sus brazos.

—Lo sé.

¿Un abrazo de despedida? ¿Por qué no? No era más que un reflejo más de la amabilidad que había visto en él desde el primer día.

Ella lo rodeó con sus brazos, disfrutando de su colonia y de su aroma masculino. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en su pecho y escuchó los fuertes y rápidos latidos de su corazón.

¿Por qué latía tan rápido? Levantó la mirada, confundida. ¿Porque no quería presionarla para ver a Heather? ¿Porque la echaba de menos?

—Cade…

Él se inclinó y la besó, haciendo desaparecer de su mente

todos los pensamientos. Un torbellino de sensaciones se formó en su estómago.

Quizá podía conformarse con lo que le estaba ofreciendo. Al fin y al cabo, en aquel momento no estaba comprometido. De esa manera podía demostrarle que había otras opciones, otras posibilidades de tener un futuro en el que no estuviera incluida una mujer como Heather.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Ignoró aquella sensación y se rindió al beso de Cade. Sabía lo que realmente él quería. No podía hacerle ningún mal dejarse llevar y disfrutar, aun sabiendo que ella era para él tan sólo un consuelo.

Porque al día siguiente, todo sería historia.

Capítulo 13

CADE acarició con sus dedos un mechón del suave cabello de Roxanne, con la respiración entrecortada y sintiendo la velocidad de la sangre en sus venas.

¿Por qué lo deseaba ahora?

No podía creérselo. Había tardado tiempo en darse cuenta de que había encontrado a la mujer de sus sueños y ahora, ella estaba allí, en su apartamento, diciéndole lo mucho que lo deseaba.

Ella lo miró con ojos brillantes. Cade temía que la pasión ardiente que sentía le hiciera perder el control. Era una mujer especial y se sentía agradecido por que se hubiera cruzado en su vida.

Sus gruesos labios lo llamaban. Todavía recordaba su suavidad. El fuego de su interior iba en aumento, amenazando el dominio sobre sí mismo.

Dio un paso atrás. Debía esperar, al fin y al cabo tenían tiempo. No tenían por qué apresurarse. Podían dar paseos por el parque y la playa, y hablar. Quería conocerla, saberlo todo sobre ella.

Quería saborear cada segundo con ella, cada palabra, cada sonrisa, cada caricia,…

—¿Cade? —susurró Roxanne y puso una mano sobre su pecho.

Él sintió su calor a través de la camisa y su cuerpo respondió a la invitación. Su cabeza luchaba por evitar el deseo de dejarse llevar.

—No quiero que nos precipitemos… —dijo mirando hacia el mostrador, donde se enfriaba la pizza. También había pedido pan de ajo y ensalada. Podía haber encargado comida francesa, china o india, pero le había parecido más adecuada la italiana—. ¿Por qué no hablamos mientras comemos?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero comer nada. Tampoco quiero hablar —dijo Roxanne con voz entrecortada—. Lo único que quiero es a ti.

El deseo pudo con él. La trajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos. Unió sus labios a los de ella, entregándose al deseo latente entre ambos.

Roxanne abrió sus labios y rodeó su cuello, atrayéndolo hacia sí e invitándolo a llegar más lejos. Cade luchaba contra la pasión que lo invadía, pero se estaba ahogando.

Ella deslizó las manos bajo su camisa y recorrió su piel desnuda, haciéndolo estremecerse de placer.

Cade contuvo el aliento y se separó para observarla. ¿Estaría ella sintiendo el mismo placer?

Ella sonrió con las mejillas sonrosadas y una mirada pícara mientras le quitaba la camisa.

No pudo por más que devolverle la sonrisa. Para ambos, aquélla suponía una experiencia increíble, algo especial y desconocido.

Él volvió a besarla, tratando de contener el deseo de dejarse llevar completamente. Aquello tenía que pasar al ritmo que marcara Roxanne y no al suyo.

Cade saboreó sus labios, los acarició con los suyos, los exploró y se rindió a las oleadas que recorrían su cuerpo.

Ella le devolvió el beso y mordió con suavidad su labio inferior, atrayéndolo más profundamente hacia ella.

Quería más además de sus besos. Deslizó las manos por su espalda, estrechándola contra su cuerpo y conteniendo el impulso de tomarla en sus brazos y llevarla hasta su cama.

Pero tenía que ir despacio. Era una mujer para saborear y explorar.

Se detuvo en la cintura, maravillado por sus curvas. Tenía unas caderas anchas que invitaban a ser acariciadas, una fina cintura que incitaba a ser besada y un pecho generoso digno de ser adorado. A través de la ropa que llevaba, podía sentir su calor.

La abrazó con más fuerza. El deseo embargaba todo su cuerpo.

—Eres preciosa —susurró y comenzó a besarla dulcemente desde la boca hasta la base del cuello, saboreando su piel y disfrutando de su aroma a vainilla—. Pero pienso que…

Ella deslizó las manos por su espalda hasta la cintura de los pantalones.

—Piensas demasiado.

Cade se separó lentamente. Quizá tuviera razón. No era el momento para andar pensando. La tomó por los hombros y recorrió sus curvas. Deslizó los tirantes de su top y se lo quitó, dejando al descubierto la suave piel de su torso. Tragó saliva, con la atención puesta en la perfección de sus pechos bajo el sujetador rosa que llevaba.

Roxanne sonrió. Sus ojos verdes mostraban un brillo especial que hizo que Cade sintiera cómo el corazón se le encogía.

—Roxanne —susurró con voz profunda.

La tomó en sus brazos y atravesó el salón hacia la puerta del otro lado, que abrió con el codo. La depositó cuidadosamente sobre la cama y ella lo atrajo hacia sí.

—Te deseo —dijo Roxanne.

Cade dejó escapar un gemido, dejándose llevar por el fuego que sentía en su interior. Se despojó del resto de su ropa y se entregó a sus brazos, piel con piel.

Ella lo deseaba y él la deseaba más de lo que las palabras podían expresar.

Roxanne apoyaba su cabeza en el pecho de Cade, escuchando los latidos acompasados de su corazón. No quería que aquello terminara, no podía terminar.

Todo su cuerpo se estremeció, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Quería más, mucho más. ¿Acaso estaba enamorada de él? Se mordió el labio y sintió que los ojos le ardían.

Cade la rodeaba con su brazo. Roxanne sentía sobre ella su respiración como si fuera una cálida brisa de verano. Sabía que aquello no tenía que estar pasando.

Le gustaba todo de él: su risa, la manera en que hablaba de su hermana y de sus padres, la preocupación que mostraba por ella…

Debería haberle dicho la verdad. Ahora, era demasiado tarde.

Pero en el fondo, era mejor haber vivido aquella mentira, haberlo amado y dejado escapar, antes que no haber estado con él.

Capítulo 14

ROXANNE se dio media vuelta en la cama y, con los ojos cerrados, se acercó al cuerpo caliente que había junto al suyo, tratando de alargar el momento de enfrentarse a la dura realidad que la mañana traía.

Habían pasado la noche juntos, hablando y explorándose, bajo la idea de que aquello era, y sólo podía ser, un sueño.

Ella se desperezó. Si al menos pudiera seguir durmiendo, a su lado, sabiendo que de alguna manera había pasado a formar parte de su vida,…

Sabía que no podía quedarse, ¿o tal vez sí?

¿Había cambiado en algo? ¿Podría confiar en sí misma y compartir el futuro con Cade, sabiendo que esta vez no cometería un error?

No estaba dispuesta a que le ocurriera lo mismo que a su madre, de eso estaba segura. No se comprometería con alguien que más tarde, cuando se cansara de ella, le rompiera el corazón sin ninguna misericordia. O peor aún, ser como su padre y hacer daño a otras personas sólo porque no sabía cuáles eran sus sentimientos. Nunca.

Abrió los ojos. Los primeros rayos de luz entraban por la ventana y su cabeza no dejaba de dar vueltas a aquellas palabras que no podía repetir en voz alta: amaba a Cade Taylor Watson.

Todo aquello no parecía real. Había entrado en la vida de aquel hombre convencida de que Heather no era la mujer perfecta para él. Aquello no era amor.

Debería haber evitado aquel caso y haber puesto alguna excusa a Heather. Así, ellos solos habrían aclarado su relación.

Si de verdad amaba a Cade y quería lo mejor para él, debería ayudarlo para que las cosas entre ellos se arreglaran, pero ¿eso dónde la dejaba a ella? No sabía. Lo único que sabía era que debía esperar a que todo volviera a su sitio antes de soñar con Cade y ella juntos.

Tenía que darles una oportunidad a Cade y Heather para que se aseguraran de cuáles eran sus sentimientos y comprobaran si su relación había terminado. Roxanne le haría saber que podía contar con ella y que estaría esperándolo para cuando todo se

solucionara.

¿Cómo se había siquiera atrevido a juzgar la relación que tenían? Ella, que no era capaz de elegir a alguien y mantenerlo a su lado el tiempo suficiente para valorarlo…

Probablemente, se había equivocado al elegir a Aaron, David y Steve, pero había tomado la decisión correcta al romper con ellos. Lo que sentía ahora no era comparable a nada de lo que había sentido anteriormente.

Roxanne contempló cómo Cade dormía, cómo la piel bronceada de su pecho se expandía al ritmo acompasado de su respiración. Parecía gustarle la playa más de lo que había dicho.

¿Lo sabría Heather?

Miró hacia la puerta. Debería irse antes de que él se despertara, antes de tener que hacer frente a momentos embarazosos y agrias despedidas.

Él no era para ella. Aunque lo de anoche no hubiera comenzado más que como una manera de aliviar su corazón dolido y que después él hubiera acabado sintiendo algo por ella, era imposible que Cade aceptara lo que había hecho. Incluso a ella misma le era difícil aceptarlo.

Por más vueltas que le daba, la verdad estaba ahí. No tenía ningún derecho para opinar acerca de quién era la mujer adecuada para él y quién no.

Se agarró con fuerza a las sábanas. Había sido una idiota por aceptar aquel caso y no dejar que la relación de Cade con Heather siguiera su curso y terminara por decisión de ambos. De haber sido así, habría conocido a aquel hombre tan maravilloso en otras circunstancias, se habría enamorado de él y ahora estarían juntos.

Un escalofrío la recorrió al pensar en ello. Habría sido maravilloso, pero eso ya no sería posible.

Roxanne se quedó mirando fijamente el techo. No lograría nada pensando en lo que podía haber sido. Era una decisión que le correspondía a Cade, y ella le había impedido tomarla por sí mismo. Si buscaba una mujer como Heather como esposa, ¿quién era ella para interferir? En aquel momento, lo único que quería es que él fuera feliz y que tuviera cuanto quisiera.

¿Amaba a Heather Moreton? ¿La seguiría amando después de lo que había pasado entre ellos esa noche? ¿Habría sentido él también la química que había entre ellos? ¿O era sólo su imaginación y se estaba equivocado una vez más?

Roxanne retorció la sábana entre sus manos. Cuando se

encontraron en el restaurante, estaba claro que lo único que él quería era que hablara con su prometida para arreglar las cosas entre ellos y asegurarle que no había sido infiel. Ése al menos le había parecido que había sido su objetivo hasta el día anterior.

¿Habían cambiado las cosas? ¿O se había engañado haciéndose creer que así había sido?

¿Estaría destinado a casarse con Heather?

Sintió un nudo en el estómago sólo de imaginarlo con Heather, camino del altar, y de la vida perfecta que ambos compartirían. Deseaba haberlo conocido antes que Heather y todo aquel lío.

A menos que no realmente no amase a Heather. Contuvo el aliento, contando sus latidos mientras contenía las lágrimas.

—Cade —susurró, inclinándose hacia él. Tenía una leve esperanza—. ¿Todavía amas a Heather?

Él se movió y se tumbó de espaldas con los ojos cerrados y la respiración lenta y profunda.

Roxanne se acercó todavía más a él.

—¿Todavía quieres que hable con Heather de tu parte?

Cade parpadeó.

—¿Qué? Sí —respondió desperezándose—. Heather no se merece el sufrimiento por el que debe de estar pasando.

Roxanne contuvo la respiración.

Estaba claro. Retiró las sábanas. Estaba enamorado de aquella mujer y se había rendido a la idea de que no volvería a tenerla nunca más.

Se levantó de la cama, recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta. A cada paso, sentía las piernas más pesadas. Su hermana tenía razón. Era un desastre con los hombres. No sabía jugar bien sus cartas y había vuelto a equivocarse una vez más. Había sido una idiota por creer que podía conseguir algo que no fuera sufrimiento.

Salió por la puerta, con los zapatos en la mano. La ironía volvía a repetirse: se había enamorado locamente de un hombre del que no debería haberlo hecho.

Cerró la puerta tras ella. Fueran cuales fuesen sus sentimientos eso no significaba que él tuviera que perder lo que de verdad le importaba.

Antes de que se diera cuenta, Heather le estaría rogando que volviera con ella.

Cade se dio la vuelta y descubrió que el otro lado de la cama estaba frío. Abrió los ojos y miró a su alrededor, tratando de

escuchar algún ruido.

Se había ido.

Se cubrió la cara con las manos. Tenía que haberlo imaginado. Ella necesitaba tiempo para pensar y asumir las cosas.

La noche había sido increíble. Todo había sido un sueño.

Se incorporó de la cama y se sentó al borde. Por primera vez en su vida se sentía completo.

Se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño. Se metió en la ducha y miró hacia la cama una vez más.

Roxanne era un sueño hecho realidad y lo que había pasado la noche anterior había sido la prueba. No era sólo una amiga o una mujer intrigante. Era increíble y no había nada que deseara más que estar con ella.

Se apoyó en la pared de azulejos y dejó que el agua caliente recorriera su cuello y su espalda, mientras el recuerdo de la noche invadía su mente.

Había sido una noche perfecta, excepto en algunos momentos en que un destello de tristeza había asomado a los ojos de Roxanne, como si no pudiera evitar recordar el pasado.

Empezaría por hacer todo correctamente. Roxanne se merecía un poco de romanticismo. Se lo merecía todo: flores, bombones, ir al teatro, a exposiciones, a pasear por la playa…

Su pecho se comprimió. Él sería el que le daría todo eso y le mostraría que ella también podía tener su príncipe azul, alguien que la amase y la cuidase.

Corrió las cortinas y salió de la ducha. La amaba. Era maravilloso pensar en cuánto la amaba y no podía esperar para decírselo. Deseaba tanto estar con ella…

Sólo había una cosa que tenía que hacer antes de entregarse a una relación con la mujer más increíble del planeta. Había algo que lo quemaba en su interior. Algo que sólo él podía hacer, y era hablar con Heather. Cuanto antes, mejor.

Capítulo 15

ROXANNE estaba frente al edificio de oficinas, parada en mitad del césped, a medio camino entre la calle y la entrada. Su corazón latía con fuerza.

El edificio era alto, frío y clásico, como la mujer a la que iba a ver. No quería encontrarse con ella otra vez, pero sabía que debía hacerlo.

Tenía que hacerlo por Cade.

Sólo porque ella no pudiera tenerlo no significaba que Heather tampoco pudiera. Quizá fuera una persona más agradable de lo que le había parecido en un principio y tuviera un gran corazón bajo su fría apariencia.

Algo debería tener; al fin y al cabo, Cade le había propuesto que se convirtiera en su esposa.

Tomó el ascensor a la quinta planta, mordiéndose la uña del dedo gordo. Había aceptado la traición de Cade sin más reparos. Seguramente sería una mujer insegura que ocultaba ese complejo bajo una fría apariencia. Eso no quería decir que su misión no fuera a tener éxito.

Tenía que darles la oportunidad a Heather y a Cade de que resolvieran sus problemas, con todas las consecuencias que eso pudiera tener; sólo entonces, quizá, hubiera una oportunidad para ellos.

La decoración de la oficina era exquisita. Había unos cuantos despachos de paredes color marfil frente a los ascensores, lo que daba el aspecto de unos centros comerciales. En la zona de espera, había ejemplares de revistas nuevas y tantas plantas que parecía que uno se encontrara en medio de un parque.

Era completamente diferente a la caja de cerillas en la que Nadine trabajaba. Aquella mujer podía haberse permitido contratar a la agencia más importante de detectives en vez de haber acudido a la de su hermana, a menos que no quisiera encargar el caso a los mejores de la profesión.

—Quisiera ver a la señorita Moreton, por favor —dijo a la mujer que pasaba en aquel momento por el pasillo y que resultó ser la recepcionista.

—¿Estaba citada? —preguntó la mujer, y se sentó a su

mesa.

—No —respondió Roxanne.

La mujer arqueó una ceja. Estaba claro cuál iba a ser su respuesta.

—Lo siento, señorita, pero…

—Entréguele esto. Me recibirá —dijo Roxanne entregándole una tarjeta de visita de Nadine.

Debería haber llamado antes de ir. Así no hubiera tenido que utilizar la tarjeta de Nadine para ser recibida.

Habría preferido mantener a Nadine apartada de aquello.

La recepcionista leyó la tarjeta.

—¿Es una investigadora privada?

—De momento sólo soy ayudante.

—Un momento, por favor.

La mujer marcó un número en el teléfono, girándose para hablar con discreción.

Se mascaba la tensión. ¿La recibiría Heather? ¿Sentiría curiosidad por saber de qué quería hablar con ella?

—Pensé que habíamos terminado con nuestros asuntos —dijo una voz familiar detrás de ella.

Roxanne se giró y vio a Heather Moreton, con el mismo aspecto frío que recordaba. Llevaba el pelo tirante y recogido en un moño y un impecable traje gris que se ajustaba a la perfección a su cuerpo.

Roxanne tragó saliva. ¿Cómo había podido compararse con ella?

—Señorita Moreton —comenzó. ¿Debería comenzar hablando de algo intrascendente como el tiempo o ir directamente al grano?—. ¿No preferiría que habláramos en privado?

Heather se quitó un hilo del hombro de su chaqueta.

—Quizá necesite un testigo. ¿Acaso no le pagué por sus servicios?

—Sí, pero… —dijo y se detuvo a respirar hondo. Había llegado el momento. Miró al techo, confiando en que Nadine supiera perdonarla. No podía borrar de su mente el rostro de Rory. Haría lo que hiciera falta: vender el coche, trabajar veinticuatro horas al día, entregarle todo lo que tenía… lo que hiciera falta por Cade—. El informe no era del todo preciso.

Heather se cruzó de brazos.

—¿Me estás diciendo que Cade no trató de seducirte?

—Eso es —dijo Roxanne sacudiendo la cabeza con furia—. Lo siento, pero insistió tanto… Creí que su impaciencia se debía a

que quería llegar a una determinada conclusión.

—No importa —dijo Heather agitando la mano como si tratara de ahuyentar un insecto. Miró su reloj—. ¿Quiere algo más?

—¿A qué se refiere? —dijo Roxanne dando un paso atrás y contemplando a aquella mujer como si fuera la primera vez que la veía—. Lo que le estoy diciendo es que en un esfuerzo por agradarle, exageré. La verdad es que Cade es todo un caballero —y tomando aire, añadió—: Puede volver con Cade.

—¿Volver con Cade? —rió Heather—. ¿Está loca? No. Conocí a un hombre increíble hace dos meses en Madrid y desde entonces he intentado romper mi compromiso con Cade.

Roxanne sintió una presión en el pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Pobre Cade!

—¿Me ha utilizado como excusa para romper con él?

—Desde luego. No podía permitir que mis colegas y conocidos pensaran que estaba con dos hombres a la vez —dijo Heather colocándose los puños de su camisa blanca, que asomaban por debajo de su chaqueta—. Prefería que pensaran que todo se había echado a perder por su culpa —añadió sonriendo—. Gracias a ti, todo ha salido a la perfección.

Roxanne se llevó la mano al estómago. Sin saberlo, había formado parte de aquel juego.

—¿Y qué pasa con Cade?

—No sea tonta, Cade se recuperará. De hecho, está bastante bien. Ya encontrará a alguien que llene su corazón —dijo Heather enarcando sus perfectamente perfiladas cejas—. Y ahora, si ya ha aliviado su conciencia, será mejor que se vaya. Tengo mucho trabajo.

—Pero Cade… —comenzó Roxanne. No podía terminar así, no cuando Cade había amado tanto a aquella mujer.

La mujer se quedó en silencio con los ojos entrecerrados.

Roxanne se contuvo. Ahora entendía cómo encajaban las piezas. Aquella mujer era muy astuta y se había dado cuenta de que la conciencia y el trabajo ético era lo que la habían movido a atravesar toda la ciudad un mes después de que se conocieran.

Roxanne se acarició la frente, preguntándose si aquella mujer se habría dado cuenta de lo que sentía por Cade. Confiaba en que no.

—Tiene razón —dijo Roxanne cruzando mentalmente los dedos esperando que no fuera demasiado tarde para arreglar la situación—. Un hombre tan impresionante como él acabará encontrando una mujer.

Heather asintió, con una extraña expresión en los ojos.

—Es un hombre encantador cuando quiere.

Roxanne dio un paso atrás alisándose los pantalones negros que llevaba. Deseaba no haber ido hasta allí. No había motivo para poner en riesgo el futuro de Nadine, especialmente por alguien como Heather, a la que nada parecía importarle.

Se humedeció los labios, buscando las palabras adecuadas para alejar las sospechas de aquella mujer.

—A mí misma no me importaría tener algo con él, pero no pertenece a mi mundo. Está fuera de mi alcance.

Heather desvió la mirada y se atusó el cabello.

—Eso es cierto.

Roxanne confiaba en que aquel halago fuera suficiente.

—Gracias por su tiempo, sólo quería dejar las cosas claras.

Heather asintió. Roxanne se dio media vuelta y se marchó. Sentía ganas de gritar. Cade no iba a tener un final feliz en lo que a Heather se refería.

Llamó al ascensor. No podía dejar de pensar que era libre para amarlo. ¿Sería eso posible? ¿Sería posible confesar lo que había hecho, desnudar su corazón y confiar en que no se lo rompería?

¿Podría él amarla? Cabía la posibilidad de que la razón por la que le había dedicado tiempo a ella no fuera por Heather, que fuera porque él así lo quería y que le había hecho el amor no sólo porque la deseaba, sino porque la amaba.

Había sido lo suficientemente valiente para hacer frente a aquella dama de hielo. ¿Por qué no enfrentarse al hombre que amaba, confiarle la verdad y rezar para que se convirtiera en su príncipe y vivieran felices para siempre?

No pudo por más que sonreír. Podía ser la Cenicienta que por fin había encontrado la felicidad. Quizá, después de todo, los cuentos podían convertirse en realidad.

Cade se puso de pie, dejando a un lado la hoja del ficus con la que se había entretenido jugueteando mientras esperaba.

¿Por qué demonios había esperado? Debería haber entrado directamente en el despacho de Heather para decirle que había sido demasiado inocente, pero que ya no lo era y explicarle que separarse era lo mejor para ambos.

Había sido un estúpido. Ahora se daba cuenta de que Heather se había comportado de aquella manera tan dulce sólo para conseguir lo que quería: a él. Hasta que alguien mejor se había

cruzado en su camino.

Oír la voz de Roxanne en un lugar donde no esperaba hacerlo lo había sacado de sus pensamientos. Le había sido imposible reaccionar al escuchar aquella conversación y se había quedado helado en el asiento.

Cerró los puños, enfadado. La mujer con la que iba a casarse había pagado a la mujer que amaba para que le tendiera una trampa.

Nada estaba claro. Era un idiota. Se habían aprovechado de él. Y sin duda alguna, en cuanto Roxanne acabara con él, lo abandonaría también.

Había actuado como toda una actriz, convenciéndolo de su vulnerabilidad y de su necesidad de ser amada.

Menos mal que no le había dicho lo que sentía por ella. ¿Quién sabía de qué hubiera sido capaz de haberlo sabido?

Respiró hondo y miró a Heather, que en aquel momento revisaba unos papeles con la recepcionista. Ella sabía que no le había sido infiel y aun así le había dado lo mismo. Nada había cambiado. Todo por mantener una imagen impecable.

La culpabilidad que había sentido durante las últimas semanas no había servido para nada. ¡Lo que había luchado contra la atracción que sentía por otra mujer!

Sentía que le hervía la sangre. A grandes pasos, Cade cruzó la distancia que lo separaba de la mujer con la que iba a haberse casado, que seguía hablando con la recepcionista.

—Heather.

Ella se giró con los ojos abiertos como platos.

—¡Cade! —dijo lanzando una rápida mirada hacia los ascensores—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Déjate de tonterías. Lo he oído todo —dijo él entre dientes—. Tengo una pregunta.

Ella asintió con soberbia, con el cuerpo rígido como si estuviera en mitad de un tornado.

—¿Quién era esa mujer?

Heather suspiró.

—Una profesional, ya sabes, una de esas personas a las que contratas para que se siente en la barra de un bar y seduzca a tu novio cuando él ni debería fijarse en ella.

Sintió aquellas palabras como puñales. Se había perdido el principio de la conversación.

Habían jugado con él. ¡Qué idiota había sido! Había caído en la trampa de Roxanne e incluso había sentido lástima por ella.

Ahora entendía por qué se había mostrado tan sorprendida al verlo aparecer de nuevo en su vida. Lo que pensaba que era miedo al compromiso era realmente el temor a ser descubierta.

Se quedó mirando fijamente a la mujer con la que había estado a punto de casarse, al menos hasta que había conocido a Roxanne, quien le había mostrado la vida desde otro punto de vista que nunca antes había imaginado.

—Adiós Heather —dijo sacudiendo la cabeza con tristeza. No quería saber nada más. ¿Qué más necesitaba saber?

—Mira Cade, lo siento —dijo Heather.

—Eso no es suficiente.

¿Por qué no se había dejado de farsas y le había explicado lo que sentía? Lo habría entendido y no la habría culpado de nada.

Se dio media vuelta y se dirigió a la salida. ¿Cómo había sido capaz de contratar a alguien como Roxanne, tan guapa y encantadora, además de una mentirosa manipuladora?

Tomó la escalera y bajó los escalones de tres en tres, repitiendo la conversación que había escuchado.

No lo había oído todo, pero probablemente Roxanne habría ido a facilitar a Heather la información adicional que había conseguido y que ésta había considerado innecesaria.

Tenía que haberse dado cuenta de que todo había cambiado desde que Heather había hecho su último viaje al extranjero. Cada vez se habían visto menos y ella había estado distante.

¿Por qué no había reparado en todo aquello? Ahora lo veía todo claro, incluso entendía los juegos de Roxanne. Seguro que había pensado que era un estúpido por creer que sus encuentros eran cosa del destino.

Si Roxanne no hubiera tenido tanta prisa, no habría sido necesario mentir a Heather. Habría sido una cuestión de tiempo el que se hubiera enamorado de ella. Cerró los puños, recordando la suavidad de sus caricias, el sabor de sus labios y la dulce fragancia de su piel.

Seguramente lo había hecho por dinero. Y él había sido un idiota y la había perseguido para conseguir aliviar su conciencia.

Apretó los dientes, tratando de ignorar el dolor que sentía en su corazón. Tenía que haber sido razonable y haberse quedado solo.

Atravesó el vestíbulo y salió a la calle, bajo el cielo nublado. Se dirigió hacia su oficina. El trabajo lo mantendría ocupado y distraído. Lo necesitaba más que nunca.

Cade caminó veloz calle abajo, a cada paso dándose cuenta del alcance de lo que había sucedido. Roxanne y él nunca tendrían un futuro en común. Era una actriz en busca de dinero. Había sido seducido por una ilusión. Pero se había acabado. El caso había terminado.

Era mejor haberlo sabido antes de que hubiera hecho algo más estúpido de lo que había hecho, como decirle que la amaba.

Al menos, nunca más tendría que verla.

Capítulo 16

ROXANNE salió a la escalera de entrada de casa de Nadine y se alisó el sencillo traje negro que llevaba. Miró a un lado y a otro de la calle, bajo la centelleante luz de las farolas.

No podía esperar para volver a verlo.

Por fin iba a tener una oportunidad para el amor. Una oportunidad de verdad. Había llegado a pensar que nunca sería posible. ¿Tenía ya suficientes señales de que tenía un futuro con él? Tenía que hacer aquello.

Había encontrado a un hombre al que podía amar, así que no había inconveniente en mantener una relación con él. Lo único que tenía que hacer era confiar en él.

¿Dónde estaba el taxi? Volvió a mirar hacia la casa. No le había contado a Nadine las últimas noticias. No quería arriesgarse a hacerlo y que su hermana la hiciera cambiar de opinión. Además, no quería decirle que iba a contarle todo a Cade y preocuparla innecesariamente.

Cruzó los dedos. Aquello tenía que salir bien.

Todas las señales le indicaban que tenía que arriesgarse. Podía confiar en aquel hombre y comprometerse con él, si él así lo quería. Eso era lo que tenía que averiguar. ¿Estaría todavía enamorado de ella?

Roxanne sintió que alguien la observaba y se dio la vuelta.

Rory estaba en la puerta, mirándola, con una divertida sonrisa en los labios.

—Vas al baile, ¿verdad? —dijo, y Roxanne asintió con un movimiento de cabeza—. ¿Vas a dejar que te rescate? —añadió acercándose a ella y tomándola de la mano—. Está bien que te salven. Mamá necesita que alguien la salve, pero todavía no lo sabe.

—Sí, lo sé —afirmó Roxanne, viendo el taxi que se acercaba—. Deséame suerte.

—Toma. Llévate esto. Es mejor que la suerte —dijo entregándole una pequeña varita rosa.

Roxanne sonrió y guardó la varita en su bolso. Luego, acarició la mejilla de su sobrina. —La estrella se ha caído, pero creo que todavía funciona.

Roxanne se despidió con la mano de Rory, como si fuera

Cenicienta despidiéndose de su hada madrina.

Sentía mariposas en el estómago, pero tenía un sueño que hacer realidad con la ayuda de la varita que llevaba en el bolso. La magia estaba en el aire.

Roxanne se detuvo ante la puerta del apartamento de Cade, sin saber qué decir y cómo hacer que la realidad pareciera menos dura de lo que era.

Quizá debería haber esperado a que él la hubiera llamado. ¿Qué ocurriría si lo de la noche anterior había sido tan sólo un entretenimiento para él?

No, él no era así.

Volvió a mirar al techo. Habría sido mejor esperar, dejar que fuera él el que provocara el siguiente encuentro, así habría sabido que le importaba y que arriesgarse a contarle todo merecía la pena.

Observó la puerta. Todo dependía de lo que Cade sintiera por ella y por Heather. ¿Cómo podía decirle aquello sin que eso afectara a su ex novia?

Cade tenía en alta estima a Heather. Claro que también era el hombre más comprensivo que había conocido. Seguramente, entendería que se hubiera enamorado de otro, pero no el modo en que se había desechó de él.

—Roxanne.

Se sobresaltó al oír aquella voz familiar detrás de ella y se giró. Allí estaba Cade, con un traje impecable, la corbata desanudada y el pelo revuelto.

Parecía cansado. Ella ladeó la cabeza y contuvo el impulso de arrojarse a sus brazos.

—Cade —dijo atropelladamente, mirando su reloj. Era tarde para haber trabajado hasta esas horas—. ¿Dónde has estado?

—Trabajando —respondió él sin mucho ánimo, evitando encontrarse con sus ojos y sin sacar las manos de los bolsillos—. He estado trabajando. El trabajo significa mucho para mí y a veces me dejo absorber por él.

Roxanne observó una extraña expresión en sus ojos. Además, hablaba sin entusiasmo y la sonrisa de sus labios había desaparecido. ¿Había cometido un error por irse así aquella mañana? ¿Lo había molestado?

—Lo de anoche fue maravilloso —susurró Roxanne, conteniendo la necesidad de besarlo, rodearlo con sus brazos y apoyar la cabeza en su pecho.

Él se quedó parado, mirándola como si de una extraña se tratara.

—Cade —dijo Roxanne dando un paso hacia él. ¿Qué ocurría? Tenía que entender lo extraña que había sido la situación esa mañana para ella, o mejor dicho, para ambos.

Cade pasó junto a ella y se detuvo frente a la puerta. Parecía haber olvidado los momentos de intimidad que habían compartido.

—¿Cade? —repitió Roxanne.

Él sacó un manojo de llaves.

—¿Qué quieres?

—Quería verte, hablar contigo —respondió Roxanne con lágrimas en los ojos. La cruda realidad la hizo estremecerse—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.

Él la miró.

—No por lo que a mí concierne —dijo él, y volvió la atención a las llaves—. Mira, anoche lo pasamos muy bien. Pero eso fue todo.

Roxanne se quedó mirando su espalda con la vista nublada. ¿Tanto se había equivocado?

—¿Todavía amas a Heather? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí, claro —dijo Cade introduciendo la llave en la cerradura. A continuación abrió la puerta—. Pero no te molestes. Has sido un estupendo entretenimiento después de que Heather me dejara. Me ha agradado volver a sentirme deseado.

Roxanne abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Se sentía vacía. ¿Qué otra cosa había esperado? Al fin y al cabo, era un hombre como otro cualquiera.

Sus ojos ardían. No era diferente al resto de los hombres que le habían hecho daño en su vida.

Levantó la barbilla. Fuera cual fuese la razón, no importaba. Todavía lo amaba.

—Al menos, me alegro de haber sido de ayuda —dijo Roxanne y se dio media vuelta mordiéndose el labio para evitar romper a llorar.

Le temblaban las piernas. Aquello no podía ser cierto, especialmente después de haber sido tan feliz por haberlo encontrado y menos aún llevando la varita mágica de Rory en el bolso.

Su hermana se había arriesgado, se había casado y había tenido a Rory. Su madre había encontrado la fuerza suficiente para

confiar en su padre y tener dos hijas.

Había llegado el momento de ser valiente. Tanto su madre como su hermana habían perdido el amor, pero eso no quería decir que su futuro fuera a ser el mismo.

—Cade, sólo quería decirte… —comenzó a decir y tragó saliva. Levantó los ojos y se encontró son su fría mirada—. El tiempo que hemos pasado juntos ha significado mucho para mí.

Él se apoyó en el quicio de la puerta y se cruzó de brazos.

—Sí, claro.

Ella cerró los ojos al oír sus irónicas palabras.

—Te quiero.

—¿Algo más? —dijo él mirando su reloj—. Tengo cosas que hacer.

—No —respondió ella sacudiendo la cabeza. Había confiado en obtener algún tipo de reacción por su parte: un silencio significativo o incluso una declaración de sus sentimientos. Pero a él no le importaba.

Cerró los ojos y pensó en lo afortunada que era Heather por seguir teniendo su amor.

Aquello no era más que un desastre más. Quizá no había ocurrido en el momento adecuado. Quizá más adelante…

—Si alguna vez necesitas una amiga…

Él se encogió de hombros.

—Tengo suficientes, gracias.

Sus palabras la hirieron. Roxanne lo miró unos segundos más, se dio media vuelta y se fue, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

Lo había hecho. Se había arriesgado y había desnudado su corazón, pero había perdido.

Ya no era como Cenicienta. Ella al menos sabía que su príncipe tenía su zapato de cristal y que había una oportunidad de que su sueño se hiciera realidad. Pero Roxanne no tenía nada.

Capítulo 17

CADE cerró su despacho dando un portazo y, con el abrigo en la mano, atravesó la oficina sin levantar la mirada del suelo.

Ninguno de sus empleados o socios le deseó buenas noches. No podía culparlos.

Sentía que algo lo reconcomía y eso lo irritaba, haciendo que los de su alrededor se sintieran incómodos a su lado, pero no podía evitarlo.

Cerró los puños. No podía ser por culpa de Roxanne. Eso ya había terminado hacía tres días, ocho horas y cuarenta y ocho minutos.

Apretó el botón de llamada del ascensor. Había hecho lo correcto. Le había hecho saber el buen trabajo que había hecho, lo buena actriz que era al haberlo seducido de aquella manera, además de lo estupenda que era en la cama. Pero no era tonto.

No había habido amor. Probablemente había sido parte del juego.

No quería saber nada más. Lo había usado. Tanto ella como Heather, pero Roxanne se había portado peor. Había pretendido ser su amiga, había simulado que le gustaba, incluso que lo deseaba.

Entró en el ascensor y dio al botón del garaje. ¿Qué le había pasado para querer más de aquella mujer?

Había pensado que todos sus sueños se habían hecho realidad y que por fin había encontrado a esa persona especial con la que compartir el resto de su vida.

Sacudió la cabeza. Con razón se había sentido tan confuso desde el mismo momento en que la había conocido. Había pasado de seductora a confidente, aprovechando su entusiasmo para darle la puñalada.

Las puertas del ascensor se abrieron.

El rostro de Roxanne se le vino a la mente, con el pelo descansando sobre los hombros. Recordaba la expresión triste de sus ojos y la manera en que solía morderse el labio. ¿Sería real o parte del juego?

¿Por qué seguir actuando? ¿Acaso no había terminado todo? ¿No había sido aquella reunión con Heather el punto y final de la farsa? ¿Por eso había ido hasta su apartamento?

Cade se metió en su coche. No quería sentirse así, no le gustaban las dudas ni la culpabilidad.

Aquella expresión de sus ojos lo intrigaba. Parecía como si sus palabras la hubieran herido. ¿La habría hecho daño? ¿Era posible hacer daño a una mujer de aquel modo?

¿Era Rory parte de la farsa o era la razón por la que una mujer tan guapa como Roxanne hacía un trabajo tan desagradable y manipulador?

Tenía que saberlo. De alguna manera tenía que averiguarlo. Necesitaba ayuda, alguien con experiencia. Y sabía exactamente a quién llamar.

Roxanne miraba fijamente las paredes de la galería, sin apenas reparar en las fotos. La exposición sobre edificios había terminado, al igual que sus sueños y esperanzas.

Nunca antes en su vida se había sentido tan vacía. Sentía que el cuerpo le pesaba, como si estuviera relleno de plomo, y que no tenía nada en el pecho, como si le hubieran hecho un agujero y le hubieran sacado todo lo que era importante.

Claro que siempre estaba su hermana. Nadine, tan obsesiva y controladora como de costumbre, la mantenía ocupada trabajando hasta que encontrara otro empleo. El papeleo de la agencia parecía no acabarse nunca.

Rory era una niña encantadora. Aquella noche, nada más verla regresar, le había preguntado si el baile había ido mal. Tuvo que contenerse hasta llegar a su habitación para impedir que las lágrimas se derramasen. Pero no había podido evitar llorar aquella noche, cada noche y cada vez que pensaba en él, que era muy a menudo.

No había hablado demasiado con su sobrina. De hecho, la había evitado, ya que cada vez que la veía sentía que su fracaso se hacía cada vez más grande. ¿Qué efecto tendría en los sueños de Rory?

Suspiró mirando la fotografía de una pareja sentada en un banco. Trató de respirar hondo, pero sentía una presión en el pecho. Las otras veces en que había pensado que le habían roto el corazón no eran nada en comparación con aquello. Parecía que su mundo hubiera dejado de tener color y sentido.

Con razón su madre se había dado por vencida. Con razón tenía sentido evitar las relaciones serias. ¿Se habría sentido Nadine así cuando descubrió que su marido la engañaba? ¿Habría sentido dudas al tomar la decisión de casarse con él y tener una hija? A

pesar de todo, su hermana había sobrevivido.

¿Habría sentido el mismo vacío su madre?

Sus ojos se humedecieron. Al menos ellas habían disfrutado del amor durante un tiempo, habían tenido momentos buenos a los que agarrarse para tener esperanza.

Pero ella no tenía nada. Apenas había sido una noche. Sabía que tenía que estar feliz por ello, que por breve que hubiera sido su encuentro, habían compartido en cuerpo y alma la magia del amor. Otras personas pasaban toda su vida sin experimentarlo.

Tenía que seguir viviendo.

El día anterior se había acercado hasta el bar de Harry sin motivo alguno y se había visto rodeada por otros hombres, pero ninguno era Cade. Por la noche había pasado por un restaurante italiano y se había llevado unos canelones para cenar en casa. Sin embargo, no había sido capaz de comerlos. Se había quedado sentada mirándolos hasta que Pumpkin no había podido soportar más y, tras dar un salto a la silla, se los había comido.

Roxanne se acercó a la siguiente fotografía, mirando sin ver, tratando de revivir cada instante que había compartido con Cade antes de que el sueño se esfumara.

—Oiga —dijo una joven a su lado—. Ésa no es una de las tristes. No querrá enojar al artista.

Roxanne frunció el ceño, se secó las mejillas y rápidamente ocultó su mano, con los dedos aún húmedos.

—Lo siento.

—Corríjame si me equivoco. ¿No es usted la mujer que compró una de las fotografías de edificios?

Ella asintió. La había colgado en la cabecera de su cama y se había pasado horas mirándola a la luz del resplandor que entraba por su ventana.

—¿Eres la mujer que mi hermano estaba buscando? —preguntó la joven, ladeando la cabeza. Roxanne dio un paso atrás, se giró y miró hacia la puerta. Claro, ¿cómo había podido olvidar que aquélla era la galería de su hermana?—. La mujer que le rompió el corazón.

—No, me estás confundiendo con Heather Moreton —dijo Roxanne negando con la cabeza—. ¿Ha intentado volver con ella? Debería haberle advertido que ella ya está con alguien.

—Parece que mi hermano te importa.

Roxanne sacudió la cabeza.

—Sólo como amiga —dijo—. Él se merece a alguien… Nadie se merece que le hagan daño.

—No, por supuesto —dijo la joven entrecerrando los ojos.

—Tengo que irme —dijo Roxanne, y se dio media vuelta. Salió de la galería, lejos de la hermana de Cade y de los recuerdos.

Tenía que enterrar su recuerdo junto al de aquellos hombres que habían pasado antes por su vida. No había razón alguna para que siguiera ocupando su corazón, como un sueño que podía haber sido.

Tenía que superarlo, como Nadine, y ser fuerte. Vivía en un mundo real y los caballeros de armaduras brillantes sólo existían en los cuentos.

Nadie podía salvarla de su dolor, excepto ella misma.

Tenía que poner orden en su vida, en sus miedos, y confiar en que todo iba a salir bien. Con el tiempo, el dolor que en aquel momento sentía desaparecería.

Capítulo 18

RORY estaba junto a la ventana jugando con sus muñecos: la chica llevaba un brillante vestido dorado con un velo, y el chico una capa morada.

Roxanne desvió la atención a la carta que escribía en el ordenador portátil, tratando de evitar mirar a la niña. Aquello era una tortura.

No había nada malo en creer en los cuentos de hadas si uno tenía cinco años, pero con veinticinco eso ya no tenía ningún sentido.

Trató de fijar la mirada en la pantalla, convencida de que no podía continuar viviendo en casa de Nadine para siempre. Tenía que sobreponerse y volver a levantarse. Le gustaba tener alguien con quien compartir el día a día, pero su hermana tenía su vida y ella debía rehacer la suya.

—Estás llorando otra vez —dijo Rory entregándole una caja de pañuelos.

¿Qué le estaba pasando? Ella no era así. Ella era fuerte y sabía cómo reponerse. Siempre lo había hecho.

—No te preocupes, tía Rox —dijo Rory acariciando su mano—. Él vendrá. Los príncipes siempre lo hacen. Hubo una chica que tuvo que esperar unos cien días, creo.

—Años —la corrigió Roxanne, secándose los ojos mientras trataba de sonreír a su sobrina. ¿Tendría que esperar tanto tiempo para tener otra oportunidad en el amor?

El timbre de la puerta sonó.

Rory se levantó del sofá.

—Voy yo, voy yo —gritó la niña mientras se dirigía hacia la puerta.

Roxanne no se movió de donde estaba. No quería ver a nadie y se quedó sentada mirando hacia el vestíbulo. Esperaba que fuera alguna de las amigas de Nadine para no tener que levantarse del sofá.

—Lleva esperándote desde siempre —oyó que decía Rory, tras la puerta abierta—. No ha dejado de llorar. Le presté mi varita mágica, pero creo que no sabe cómo usarla.

Roxanne sintió que su corazón daba un vuelco.

Cerró de un golpe la pantalla del ordenador, lo ocultó bajo los cojines y rápidamente se puso de pie. Sus piernas temblaban y apenas podía mantener el equilibrio. Volvió a sentarse escuchando cómo su corazón latía con fuerza dentro de su pecho.

¿Estaría Rory jugando con Pumpkin, con Nadine o con el cartero?

Rory apareció, dando saltos de alegría.

—Ha venido a verte. Está aquí.

Cade apareció detrás de Rory, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. La expresión de sus ojos era triste y llevaba el pelo alborotado. Parecía nervioso.

—He venido a hablar.

Rory sonrió, saliendo de la habitación.

—Te dije que los príncipes siempre volvían, incluso los más lentos —dijo y mirando a Cade, añadió—: Tú eres de los lentos, pero me ha dicho que te habría esperado cien años.

Roxanne sintió que sus mejillas ardían. Miró hacia el techo, parpadeando repetidamente, deseando que sus piernas fueran más fuertes y que la puerta estuviera más cerca.

Cade se acercó.

—No he podido dejar de pensar en ti, en Heather, en todo… He tratado de evitarlo, pero no he podido dejar de pensar en ti. He ido a ver a mi hermana Petra para que me aconsejara. Es la optimista de la familia. Me ha contado que estuviste en la galería.

Roxanne se quedó observándolo, intentando comprender el sentido de sus palabras, viendo cómo se pasaba la mano por el pelo y cómo su pecho subía y bajaba al compás de su respiración.

—Necesito saber en qué consiste tu juego —continuó Cade.

—¿Juego? —repitió ella. ¿Estaba ante un sueño o ante una pesadilla que sólo le causaría más dolor?

Él resopló.

—Sé que Heather te pagó para que me sedujeras y que tuviera así un motivo para dejarme.

Ella se quedó mirándolo, con un nudo en el estómago. ¿Acaso había ido hasta allí para denunciarla por destrozarle la vida?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó curiosa.

Él cruzó la habitación y se detuvo junto a la ventana.

—Estaba allí, Roxanne, en la sala de espera, oculto tras todas aquellas estúpidas plantas.

Ella se llevó la mano a la boca. ¿Había oído aquella conversación? Sintió un nudo en la garganta.

—Cade, tan sólo estaba tratando de persuadir a Heather para que no demandara a mi hermana.

—¿De veras?

—Sí —respondió ella sacudiendo la cabeza, tratando de buscar una excusa para no confesarle lo estúpida que había sido ni lo mucho que lo amaba—. Ella no te convenía, no es una buena persona. Le dije lo que quería escuchar para salvarte de un destino peor que la muerte.

Él apretó los labios y se cruzó de brazos.

—Sé que no ha estado bien, que Heather y tú teníais que haber llegado a una solución sin interferencia alguna, pero ella no quería escucharme. Por más que se lo sugerí, ella insistió en usar nuestros servicios. No pude evitarlo. Tú eres una persona maravillosa y no te merecías lo que Heather estaba haciendo.

—Pero le contaste una mentira —dijo él serio.

Roxanne bajó la mirada, con las manos entrelazadas en su regazo.

—Le dije lo que quería oír, pero sin ninguna intención de sacar ventaja y quedarme contigo. Pero entonces apareciste, dolido y en busca de la verdad… y cuanto más tiempo pasaba contigo, más deseaba quedarme a tu lado.

—¿De verdad? —preguntó Cade, aproximándose a ella.

Roxanne levantó la barbilla y miró al único hombre que sabía que no sería un error más. Respiró hondo, tratando de olvidar los errores del pasado y sus miedos.

—Sí, me he enamorado de ti. Sé que no significo nada para ti, que mentí y que te hice daño con esa mentira, pero no puedo evitar lo que siento por ti.

—¿Me amas?

—Sé que lo he estropeado todo. La relación de mis padres no era un buen ejemplo, ni la ruptura del matrimonio de Nadine. Todos los hombres con los que no quise comprometerme probablemente me odien, como tú. Pero es que me resulta muy difícil confiar en los demás, ¿sabes? Creía que tenía miedo de acabar convirtiéndome en alguien como mi madre, pero no es eso. Temía acabar siendo como mi padre y hacer daño a otras personas como hizo él —dijo Roxanne e hizo una pausa para tomar aire—. Sé que lo he estropeado todo. Apenas te conocía y te hice daño echando a perder tu relación con Heather. Y ahora que ya lo sabes todo, ¿qué piensas hacer?

—No amo a Heather.

—¿No?

¿Por qué no la quería? ¿Porque ella tampoco lo amaba ya? ¿Porque la odiaba? ¿Acaso odiaba a todas las mujeres?

—No —dijo Cade tomándola por los hombros—. Pero lo entiendo.

Se quedó sin aliento. ¿Qué era lo que entendía? Ella estaba muy confusa.

Cade acarició con el dorso de la mano la mejilla de Roxanne.

—Acabas de decir que me quieres —dijo él pausadamente —. Ya me lo habías dicho antes, el lunes por la noche.

Ella lo miró a los ojos, sin atreverse a respirar.

—Sí.

—¿Quiere eso decir que confías en mí?

Roxanne asintió con la cabeza y respiró hondo.

—Estoy dispuesta a arriesgar mi corazón por ti, porque tú me complementas. Cada minuto contigo es una eternidad.

Los ojos de Cade brillaron satisfechos y sonrió.

Rory se acercó a Cade y tiró de su manga ofreciéndole una zapatilla de Roxanne.

—Esto te servirá.

Cade frunció el ceño y aceptó el ofrecimiento de la niña, quien sonreía abiertamente.

Roxanne se dejó caer en el asiento que había tras ella, sintiendo alivio. Entonces, no la odiaba. Sería más fácil continuar con su vida sabiendo que no la odiaba.

Cade se puso de rodillas ante ella, que lo miraba sorprendida. ¿Qué estaba haciendo?

Él le sonrió, se inclinó y tomó su pie derecho.

—He sido un príncipe lamentable. No he escuchado a mi corazón ni estaba dispuesto a dejar que me contaras la verdad —dijo poniéndole la zapatilla—. Lo siento. ¿Podrás perdonarme?

Roxanne le acarició la barbilla con la punta de los dedos, sin dejar de mirar aquellos ojos que pensó que nunca volvería a ver. Sintió que su vista se nublaba y que un nudo apretaba su garganta.

¿Podía estar ocurriendo aquello?

—Mi mundo se vino abajo cuando me dijiste que me habías visto en tus sueños —dijo Cade acariciando el cuello de Roxanne. Ella respiró hondo, sintiendo una cálida sensación en el pecho—. Me has enseñado lo que es el amor, lo que es desear locamente estar con alguien. Te quiero tanto que me muero por abrazarte.

Roxanne no pudo evitar sonreír.

—Entonces, abrázame —susurró.

Roxanne no tenía que preocuparse por sufrir como su madre, o de hacer daño a otras personas como había hecho su padre. Y tampoco estaba dispuesta a pasar por el mismo dolor que su hermana. Ella tenía su propia vida e iba a entregarse al amor.

Tenía su caballero de brillante armadura, un hombre que había demostrado que los cuentos de hadas podían hacerse realidad y que había que tener fe en los sueños y perseguirlos.

Cade tomó a Roxanne y la rodeó con sus brazos, estrechándola fuertemente. La temperatura de su cuerpo aumentó al volver a sentir su contacto después de lo mucho que lo había deseado.

—Bésala —susurró Rory.

Cade obedeció. Inclinó la cabeza y besó los labios de Roxanne, la mujer que le había enseñado lo que era el amor. Ella había sido la que lo había rescatado de Heather y de sí mismo, porque hasta entonces había sido un idiota. Además, se había sacrificado por el amor que sentía por él.

—¿Sabrás perdonarme el que haya sido un príncipe torpe que debería haber escuchado a su corazón antes que a su cabeza? —preguntó él mirándola.

Ella asintió, con los ojos centelleando y los labios húmedos y ansiosos.

—Sólo si tú me perdonas por haberme entrometido en tu vida.

—Hecho —dijo atrayéndola hacia él y besándola otra vez, saboreando su calidez y su dulce aroma a vainilla, la esencia que lo había atraído desde la primera vez que se habían visto.

—¿Amigos? —preguntó Roxanne.

—No —respondió él retirándole un mechón de pelo de la cara, sin dejar de mirar sus ojos color esmeralda que tanto amor transmitían—. Más que amigos. Tú eres mi princesa.

—Yo también soy una princesa —dijo Rory.

Cade sonrió a la niña.

—Claro que sí. Y algún día encontrarás a tu caballero de reluciente armadura.

—No —dijo la niña sacudiendo la cabeza—. Quiero un sapo, es más divertido. Así cuando quiera un príncipe sólo tendré que besarlo y no perderé el tiempo buscando a uno.

Cade rió.

—Es una buena idea.

—Me habría gustado que se me hubiera ocurrido antes a mí —comentó Roxanne sonriendo.

—He llegado tarde, pero aquí estoy —dijo Cade mirando a la mujer que tenía entre sus brazos—. ¿Quieres que veamos juntos la puesta de sol?

Ella acarició la mejilla de Cade, con una tierna sonrisa y un brillo especial en sus ojos.

—¿Cómo podría resistirme?